3 1761 09545807 1

LA ESPUMA

NOVELAS DE ARMANDO PALACIO VALDÉS

	Pesetas
El Señorito Octavio. — Un tomo. . . .	3
Marta y María. — Un tomo.	3
El Idilio de un Enfermo. — Un tomo.. .	4
Aguas fuertes *(novelas y cuadros)*. — Un tomo.	3
José. — Un tomo.	3'50
Riverita. — Dos tomos.	6
Maximina. — Dos tomos.	6
El Cuarto Poder. — Dos tomos.	6
La Hermana San Sulpicio. — Dos tomos. .	6

LS
P1536e

HENRICH Y Cía EN COMANDITA — EDITORES
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y Cía

ARMANDO PALACIO VALDÉS

LA ESPUMA

NOVELA

DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS

ILUSTRACIÓN DE

M. ALCÁZAR Y JOSÉ CUCHY

TOMO I

37864
20/7/96.

BARCELONA — 1890
IMPRENTA DE HENRICH Y COMPía EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y COMPía
Pasaje de Escudillers, núm. 4.

Es propiedad de los Editores

I

PRESENTACIÓN DE LA FARÁNDULA

A las tres de la tarde el sol enfilaba todavía sus rayos por la calle de Serrano bañándola casi toda de viva y rojiza luz, que hería la vista de los que bajaban por la acera de la izquierda más poblada de casas. Mas como el frío era intenso, los transeuntes no se apresuraban á pasar á la acera contraria en busca de los espacios sombreados: preferían recibir de lleno en el rostro los dardos solares, que al fin, si molestaban, también calentaban. A paso lento y menudo, con el manguito de rica piel de nutria puesto delante de los ojos á guisa de pantalla,

bajaba á tal hora y por tal calle una señora elegantemente vestida, dejando tras sí una estela perfumada que los tenderos plantados á la puerta de sus comercios aspiraban con delicia, siguiendo extasiados con la vista el foco de donde partían tan gratos efluvios. Porque la calle de Serrano, con ser la más grande y hermosa de Madrid, tiene un carácter marcadamente provincial; poco tráfago, tiendas sin lujo y destinadas en su mayoría á la venta de los artículos de primera necesidad, los niños jugando delante de las casas, las porteras sentadas formando corrillos, departiendo en voz alta con los ociosos mancebos de las carnicerías, pescaderías y ultramarinos. Así que, no era fácil que la gentilísima dama pasara inadvertida como en las calles del centro: las miradas de los que cruzaban como de los que se estaban quietos posábanse con complacencia en ella; se hacían comentarios sobre los primores de su traje por las comadres, y se decían chistes espantosos por los nauseabundos mancebos, que hacían prorrumpir en rugidos de gozo bárbaro á sus compañeros. Uno de los más salvajes y pringosos vertió en su oído, al cruzar, una de esas brutalidades que enrojecería súbito el cutis terso de una *miss* inglesa y le haría llamar al *policeman* y hasta quizá pedir una indemnización. Pero nuestra valiente española, curada de melindres, no pestañeó siquiera, y con el mismo paso menudo y vacilante de quien pisa pocas veces el polvo de la calle, continuó su carrera triunfal. Porque lo era á no dudarlo. Nadie podía mirarla sin sentirse poseído de admiración, más aún que por su lujoso arreo, por la belleza severa

de su rostro y la gallardía de la figura. Llegaría bien á los treinta y cinco años. El tipo de su rostro era extremadamente original: la tez morena bronceada, los ojos azules, los cabellos de un rubio ceniciento. Pocas veces se ve tan extraña mezcla de razas opuestas en un semblante: si á alguna se inclinaba era á la italiana, donde tal que otra, suelen aparecer esta clase de figuras que semejan *ladies* inglesas cocidas por el sol de Nápoles. En ciertos cuadros de Rafael hay algunas que pueden dar idea de la de nuestra dama.

La expresión predominante de su rostro en aquel momento era la de un orgulloso desdén, á lo cual contribuía quizá la luz del sol, que le obligaba á fruncir su frente tersa y delicada. Hay que confesarlo, en aquel rostro no había dulzura: debajo de sus líneas correctas y firmes se adivinaba un espíritu altivo, sin ternura: aquellos ojos azules no eran los serenos y límpidos que sirven de complemento adorable á ciertas fisonomías virginales que pueden admirarse alguna vez en nuestro país y más á menudo en el norte de Europa. Estaban hechos, sin duda, para expresar un tropel de vivas y violentas pasiones, entre las cuales quizá alguna vez le tocara su turno al amor ardiente y apasionado, pero nunca al humilde y mudo que se resigna á morir ignorado. Llevaba en la cabeza un sombrero apuntado, de color rojo, con un pequeño y claro velo, rojo también, que le llegaba solamente hasta los labios. Los reflejos de este velo contribuían á dar al rostro el matiz extraño que impresionaba á los que á su lado cruzaban. Vestía un rico abrigo de pieles, con traje

de seda del color del sombrero, cubierta la falda por otra de tul ó granadina, que era por entonces la última moda.

Llevaba, como hemos dicho, el manguito levantado á la altura de los ojos, y éstos posados en el suelo, como quien nada tiene que ver ni partir con lo que á su alrededor acaece. Por eso, hasta llegar á la calle de Jorge Juan, no advirtió la presencia de un joven que desde la acera contraria y caminando á la par con ella la miraba con más admiración aún que curiosidad. Al llegar aquí, sin saber por qué, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de su admirador. Un movimiento bien perceptible de disgusto siguió á tal encuentro; la frente de la dama se frunció con más severidad y se acentuó la altiva expresión de sus ojos. Apretó un poco el

paso, y al llegar á la calle de Villanueva se detuvo y miró hacia atrás, con objeto sin duda de ver si llegaba un tranvía. El mancebo no se atrevió á hacer lo mismo y siguió su camino, no sin dirigirla vivas y codiciosas ojeadas, á las que la gentil señora no se dignó corresponder. Llegó al fin el coche, montó en él dejando ver, al hacerlo, un primoroso pie calzado con botina de tafilete, y fué á sentarse en el rincón del fondo. Como si se contemplase segura y libre de miradas indiscretas, sus ojos se fueron serenando poco á poco y se posaron con indiferencia en las pocas personas que en el carruaje había; mas no desapareció del todo la sombra de preocupación esparcida por su rostro, ni el gesto de desdén que hacía imponente su hermosura.

El juvenil admirador no había renunciado á perderla de vista. Siguió, cierto, por la calle de Villanueva abajo; mas en cuanto vió cruzar el tranvía se agarró bonitamente á él y subió sin ser advertido. Y procurando que la dama no echase de ver su presencia, ocultándose detrás de otra persona que había de pie en la plataforma, se puso con disimulo á contemplarla con un entusiasmo que haría sonreir á cualquiera. Porque era grande la diferencia de edad que había entre ambos. Nuestro muchacho aparentaba unos diez y ocho años; su rostro imberbe, fresco y sonrosado como el de una damisela; el cabello rubio; los ojos azules, suaves y tristes. Aunque vestido con americana y hongo, por su traje revelaba ser una persona distinguida: iba de riguroso luto, lo cual realzaba notablemente la blancura de su tez. Por esa influencia magnética que

los ojos poseen y que todos han podido comprobar, nuestra dama no tardó mucho tiempo en volver los suyos hacia el sitio donde el joven vibraba rayos de admiración apasionada. Tornó á nublarse su rostro y volvió á advertirse en sus labios un movimiento de impaciencia, como si el pobre chico la injuriase con su adoración. Y ya desde entonces empezó claramente á dar señales de hallarse molesta en el coche, moviendo la hermosa cabeza ora á un lado, ora á otro, con visibles deseos de apearse. Mas no lo hizo hasta llegar á San José, frente á cuya iglesia hizo parar y bajó, pasando por delante de su perseguidor con una expresión de fiero desdén capaz de anonadarle.

O muy temerario era ó muy poca vergüenza debía de tener éste cuando saltó á la calle en pos de ella y comenzó á seguirla por la del Caballero de Gracia, caminando por la acera contraria para mejor disfrutar de la figura que tanto le apasionaba. La dama seguía lentamente su marcha haciendo volver la cabeza á cuantos hombres cruzaban á su lado. Era su paso el de una diosa que se digna bajar por un momento del trono de nubes para recrear y fascinar á los mortales, que al mirarla se embebían y daban fuertes tropezones.

—¡Madre mía del Amparo, qué mujer!—exclamó en voz alta un cadete agarrándose á su compañero como si fuese á desmayarse del susto.

La hermosa no pudo reprimir una levísima sonrisa, á cuya luz se pudo percibir mejor la peregrina belleza de que estaba dotada. En carruaje descubierto bajaban dos caballeros que le dirigieron

un saludo reverente, al cual contestó ella con una imperceptible inclinación de cabeza. Al llegar á la esquina, en la misma red de San Luis, se detuvo vacilante, miró á todas partes, y percibiendo otra vez al rubio mancebo le volvió la espalda con ostensible desprecio y comenzó á descender con más prisa por la calle de la Montera, donde su presencia causó entre los transeuntes la misma emoción. Tres ó cuatro veces se detuvo delante de los escaparates, aunque se advertía que más que por curiosidad se paraba por el estado nervioso en que la persecución tenaz del jovencito la había puesto. Cerca de la Puerta del Sol, sin duda para huirla, resolvióse á entrar en la joyería de Marabini. Sentóse con negligencia en una silla, levantó un poquito el velo del sombrero y se puso á examinar con distracción las joyas recién llegadas que el dependiente de la tienda le fué exhibiendo. Era lo peor que pudo hacer para librarse de las miradas de su adolescente adorador; porque éste, con toda comodidad, sobre seguro, se las enfilaba por los cristales del escaparate con una insistencia que la encolerizaba cada vez más.

La verdad es que aquella tiendecita primorosamente adornada, donde brillaban por todas partes los metales y las piedras preciosas, era digno aposento para la bella; el estuche que mejor convenía á joya tan delicada. Así debió de pensarlo el joven rubio, á juzgar por el éxtasis apasionado de sus ojos y la inmovilidad marmórea de su figura. Al fin la dama, no pudiendo vencer la irritación que esto le producía, alzóse bruscamente de la silla, y despi-

diéndose con una frase seca del dependiente, que le guardaba extraordinarias consideraciones, salió del comercio y llegó hasta la Puerta del Sol á toda prisa. Aquí se detuvo; luego dió algunos pasos hacia un coche de punto, como si fuese á entrar en él; pero de pronto cambió de rumbo, y con paso firme se dirigió hacia la calle Mayor, escoltada siempre y no de lejos por el joven. Al llegar á la mitad de ella próximamente entró en una casa de suntuosa apariencia, no sin echar antes una rápida y furibunda mirada á su perseguidor, que la recibió con entera y rara serenidad.

El portero, que estaba plantado en el umbral atusándose gravemente sus largas patillas negras, despojóse vivamente de la gorra galoneada, le hizo una profunda reverencia y corrió á abrir la puerta de cristales que daba acceso á la escalera, apretando en seguida el botón de un timbre eléctrico. Subió lentamente la escalera alfombrada, y al llegar al principal la puerta estaba ya abierta y un criado con librea al pie de ella esperando.

La casa pertenecía al Excmo. Sr. D. Julián Calderón, jefe de la casa de banca *Calderón y Hermanos,* el cual ocupaba todo el principal de ella, sirviéndose por escalera distinta de los demás pisos que tenía alquilados. Este Calderón era hijo de otro Calderón muy conocido en el comercio de Madrid, negociante al por mayor en pieles curtidas, que con ellas había hecho una buena fortuna y que en los últimos años de su vida la había acrecentado extraordinariamente, dedicándose, á la par que al comercio, al giro y descuento de letras. Fallecido

él, su hijo Julián continuó su obra sin apartarse un punto, manejando con el suyo el haber de sus dos hermanas casadas, la una con un médico, la otra con un propietario de la Mancha. A su vez estaba casado, bastantes años hacía, con la hija de un rico comerciante de Zaragoza, llamado D. Tomás Osorio, padre también del conocido banquero madrileño del mismo nombre, que tenía su hotel con honores de palacio en el barrio de Salamanca, calle de D. Ramón de la Cruz. La hermosa dama que acaba de entrar en la casa es la esposa de este banquero, y hermana política, por lo tanto, de la señora de Calderón.

Pasó por delante del criado, y sin aguardar á que éste la anunciase, avanzó resueltamente como quien tiene derecho á ello, atravesó tres ó cuatro grandes estancias lujosamente decoradas, y alzando ella misma la rica cortina de raso con franja bordada, entró en una habitación más reducida donde se hallaban congregadas varias personas. En el sillón más próximo á la chimenea estaba arrellanada la señora de la casa, mujer de unos cuarenta años, gruesa, de facciones correctas, ojos negros, grandes y hermosos, pero sin luz, la tez blanca, los cabellos de un castaño claro excesivamente finos. Al lado de ella, en otra butaquita, estaba otra señora, que formaba contraste con ella; morena, delgada, menuda, de extraordinaria movilidad, lo mismo en sus ojillos penetrantes que en toda su figura. Era la marquesa de Alcudia, de la primer nobleza de España. Las tres jóvenes que sentadas en sillas seguían la fila, eran sus hijas, muy semejantes á ella en el tipo

físico, si bien no la imitaban en la movilidad, antes permanecían rígidas y silenciosas, los ojos bajos, con modestia y compostura tan afectadas, que pronto se echaba de ver el régimen severo á que las tenía sometidas su viva y nerviosa mamá. Con una de ellas hablaba de vez en cuando en voz baja la hija de los señores de Calderón, una niña de catorce ó quince años, carirredonda, de ojos pequeños, nariz arremolachada y algunos costurones en el cuello, pregoneros de un temperamento escrofuloso. Esta niña gastaba aún los cabellos trenzados, con un lacito en la punta de la trenza, lo mismo que la última de las de Alcudia, con quien sostenía tímida é intermitente conversación. Esta, y sus hermanas, llevaban en la cabeza sendos y caprichosos sombreros, mientras Esperancita (que así nombraban á la hija de los amos), andaba con su cabecita redonda al descubierto: el traje una *matinée* azul, demasiadamente corta para sus años. Los señores de Calderón sólo tenían esta hija y un niño de dos años. Frente á la señora, reclinado en una butaca igual, estaba el general Patiño, conde de Morillejo. Hállase entre los cincuenta y sesenta, pero conserva en sus ojos el fuego de la juventud; sus cabellos grises están esmeradamente peinados; los largos bigotes á lo Víctor Manuel, la perilla apuntada, la nariz aguileña le dan un aspecto simpático y gallardo. Es el tipo perfecto del veterano aristócrata. A su lado, en otra butaca, estaba Calderón, hombre de unos cincuenta años, grueso, de cara redonda y sonrosada, adornada por cortas patillas grises; los ojos redondos, vagos y morteci-

nos. Cerca de él estaba sentada una señora anciana, que era la madre de la esposa de Calderón, aunque mucho se diferenciaba de ella en el rostro y la figura: delgada al punto de no tener más que la piel sobre los huesos, morena, ojos hundidos y penetrantes, revelando en todos los rasgos de su fisonomía inteligencia y decisión. Hablando con ella está Pinedo, el inquilino del cuarto tercero. Aunque su bigote no tiene canas, se adivina fácilmente que está teñido: su rostro es el de un hombre que anda cerca de los sesenta; fisonomía bonachona, ojos saltones que se mueven con viveza, como los que poseen un temperamento observador; viste con elegancia y manifiesta extraordinaria pulcritud en toda su persona.

Al ver en la puerta á nuestra bellísima dama, la tertulia se conmovió: todos se alzaron del asiento excepto la señora de Calderón, en cuyo rostro parado se dibujó una vaga sonrisa de placer.

—¡Ah, Clementina! ¡Qué milagro el verte por aquí, mujer!

La dama se adelantó sonriente, y mientras besaba á las señoras y daba la mano á los caballeros, respondía á la cariñosa reprensión de su cuñada.

—¡Anda! Aplícate la venda, hija, tú que no pareces por mi casa más que por semestres.

—Yo tengo hijos, querida.

—¡Miren Vds. qué disculpa! Yo también los tengo.

—En Chamartín.

—Bueno; el tener hijos no te priva de ir al Real y al paseo.

Clementina se sentó entre su cuñada y la marquesa de Alcudia; los demás volvieron á ocupar sus asientos.

—¡Ay, hija! —exclamó aquélla contestando á la última frase. —¡Si vieras qué catarrazo he pillado

la otra noche en el teatro! El tonto de Ramoncito Maldonado es el que ha tenido la culpa. Con tanto saludo y tanta ceremonia, no acababa de cerrar la puerta del palco. Aquel aire colado se me metió en los huesos.

—Ha tenido fortuna ese aire, —manifestó con sonrisa galante el general Patiño.

Todos sonrieron menos la interesada, que le miró con sorpresa abriendo mucho los ojos.

—¿Cómo fortuna?

Fué necesario que el general le diese la galantería mascada y sólo entonces la pagó con una sonrisa.

—¿No es verdad que ha estado muy bien Gayarre? — dijo Clementina.

—¡Admirable! como siempre, — respondió su cuñada.

—Yo le encuentro falto de maneras, — expresó el general.

—¡Oh! no, general... permítame V....

Y se empeñó una discusión sobre si el famoso tenor poseía ó no poseía el arte escénico, si era ó no elegante en su vestir. Las señoras se pusieron de su parte. Los caballeros le fueron adversos.

Del tenor pasaron á la tiple.

—Es toda una hermosa mujer, — dijo el general con la seguridad y el acento convencido de un inteligente.

—¡Oh! — exclamó Calderón.

—Pues yo encuentro á la Tosti bastante ordinaria, ¿no le parece á V., Clementina?

Esta corroboró la especie.

—No diga V. eso, marquesa; el que una mujer sea alta y gruesa no indica que sea ordinaria, si tiene arrogancia en el porte y distinción en las maneras, — se apresuró á decir el general, echando al mismo tiempo una miradita á la señora de Calderón.

—Ni yo sostengo eso, general; no tome V. el rábano por las hojas, — manifestó la marquesa con extraordinaria viveza, atacando después con brío y un poquillo irritada la gracia y buen talle de la tiple.

Generalizóse la disputa, y sucedió lo contrario que en la anterior. Los caballeros se mostraron benévolos con la cantante mientras las señoras le fueron hostiles. Pinedo la resumió, diciendo en tono grave y solemne, donde se notaba, sin embargo, la socarronería:

—En la mujer, las buenas formas son más esenciales que en el hombre.

Clementina y el general cambiaron una sonrisa y una mirada significativas. La marquesa miró al pulcro caballero con dureza y después se volvió rápidamente hacia sus hijas, que permanecían con los ojos bajos, en la misma actitud rígida y silenciosa de siempre. Pinedo permaneció grave é indiferente, como si hubiese dicho la cosa más natural del mundo.

—Pues yo, amigo Pinedo, creo que los hombres deben tener también buenas formas,—manifestó la pánfila señora de Calderón.

Al decir esto se oyó un resuello débil, como de risa reprimida con trabajo. Era la última niña de la marquesa de Alcudia, á quien su mamá dirigió una mirada pulverizante. La fisonomía de la niña volvió instantáneamente á su primitiva expresión tímida y modesta.

—Es una opinión...—respondió Pinedo inclinándose respetuosamente.

Este Pinedo, que ocupaba uno de los cuartos terceros de la misma casa propiedad de Calderón, desempeñaba un empleo de bastante importancia en la Administración pública. Los vaivenes de la política no lograbran arrancarle de él. Tenía amigos en

todos los partidos sin que se hubiese jamás decidido por ninguno. Hacía la vida del hombre de mundo; entraba en las casas más aristocráticas de la corte; trataba familiarmente á la mayoría de los personajes de la banca y la política; era socio antiguo del *Club de los Salvajes*, donde se placía en bromear todas las noches con los jóvenes aristócratas que allí se reunían, quienes le trataban con harta confianza que no pocas veces degeneraba en grosería. Era hombre afable, inteligente, muy corrido y experto en el trato de los hombres; tolerante con toda clase de vanidades por el mismo desprecio que sentía hacia ellas: no obstante, con la apariencia de hombre cortés é inofensivo, guardaba en el fondo de su alma un fondo satírico que le servía para vengarse lindamente, con alguna frase incisiva y oportuna, de las demasías de sus amiguitos los sietemesinos del *Club*, los cuales le profesaban una mezcla de afecto, desprecio y miedo. Nadie sabía su procedencia, aunque se daba por seguro que había nacido en humilde cuna. Unos le hacían hijo de un carnicero de Sevilla, otros le declaraban granuja de la playa de Málaga en su juventud. Lo que se sabía de positivo, era que hacía ya muchos años había aparecido en Madrid como parásito de un título andaluz, el cual, después de haber disipado su fortuna, se saltó los sesos. En la compañía de éste, nuestro Pinedo adquirió gran número de relaciones útiles, llegó á conocer y tratar á toda la gente que hacía viso, entre la cual era popular. Tenía el buen tacto de echarse á un lado cuando tropezaba con un hombre inflado y soberbio, dejándole paso. No exci-

taba los celos de nadie y esto es medio seguro de no ser aborrecido. Al mismo tiempo su ingenio, su carácter socarrón, que procuraba mantener siempre dentro de ciertos límites, despertaba á menudo la alegría en las tertulias y bastaba para darle en ellas cierta significación, que de otro modo no hubiera disfrutado.

No tenía más familia que una hija de diez y ocho años llamada Pilar. Su mujer, á quien nadie conoció, había muerto muchos años hacía. Su sueldo era de cuarenta mil reales, y con él vivían económicamente padre é hija, en el tercero que Calderón les dejaba por veintidós duros al mes. Los gastos mayores de Pinedo eran de representación; esto es, como frecuentaba una sociedad muy superior á la que, dada su posición, le correspondía, necesitaba vestir con elegancia y asistir á los teatros. Comprendiendo la necesidad absoluta de seguir cultivando sus relaciones, que eran las pilastras en que su empleo se sustentaba, imponíase tales dispendios sin vacilar, ahorrándolo en otras partidas del presupuesto doméstico. Vivía, pues, en situación permanente de equilibrio: el empleo le permitía frecuentar la sociedad de los prepotentes, mientras éstos le ayudaban inconscientemente á mantenerse en el empleo. Ningún ministro se atrevía á dejar cesante á un hombre con quien iba á tropezar en todas las tertulias y saraos de la corte. Luego Pinedo tenía el honor de hablar alguna vez con las personas reales; ciertas frases suyas corrían por los salones y se celebraban más quizá de lo que merecían, por lo mismo que en los salones suele haber

poco ingenio; tiraba bastante bien con carabina y con pistola y era inteligentísimo y poseía una copiosa biblioteca tocante al arte culinario. Los más altos personajes se sentían lisonjeados cuando oían decir que Pinedo elogiaba á su cocinero.

—¿Cuándo has estado en el colegio, Pacita? —le preguntó en voz baja Esperanza á la menor de la marquesa de Alcudia.

—Pues el viernes; ¿no sabes que mamá nos lleva todos los viernes á confesar? ¿Y tú?

—Yo hace lo menos tres semanas que no he estado. Mamá y yo nos confesamos cada mes.

—¿Y se conforma con eso el padre Ortega?

—A mí no me dice nada... No sé si á mamá...

—No le dirá, no: ya sabe muy bien dónde pone el pie. ¿Has visto á las de Mariani?

—Sí; hace pocos días, en el Retiro.

—¿No sabes que María se ha echado un novio?

—No me ha dicho nada.

—Sí, de caballería... hijo del brigadier Arcos... ¡Un tío más desgalichado! Feo no es, pero le tiemblan las piernas cuando anda, como si saliese del hospital... Ya ves, como la mamá es querida del brigadier... todo queda en casa.

—Y tú, ¿sigues con tu primo?

—No te lo puedo decir. El lunes se marchó enfadado y no ha vuelto por casa. Mi primo no es lo que parece; no es una mosquita muerta, sino un pillo muy largo, que si le dan el pie se toma la mano... ¡Anda! pues si no anduviera yo con ojo, no sé adónde hubiera parado con la marcha que llevaba... ¿Sabes dónde estaba empeñado en darme un beso el otro día?

Esperanza la miró sonriente y curiosa. Pacita le metió la boca en el oído y le dijo unas palabras.

—¡Jesús! — exclamó la niña de Calderón poniéndose roja.

—Lo que oyes, hija... Por supuesto, que yo le puse de sucio y de gorrino que no había por dónde cogerle... Se marchó muy amoscado, pero ya volverá.

—Tu primo monta muy bien. Le he visto ayer á caballo.

—Lo único que sabe hacer. Las letras le estorban. Se ha examinado ya seis veces de Derecho romano y siempre ha salido suspenso.

—¡Qué importa!—exclamó la niña de Calderón con un desprecio que hubiera estremecido á Heinecio en su tumba. Y añadió en seguida:

—¿Esos sombreros os los ha hecho Mme. Clement?

—No, los ha encargado mamá á París por la señora de Carvajal, que ha llegado el sábado.

—Son muy bonitos.

—Más que los que hace Mme. Clement ya son.

Y se enfrascaron por breves momentos en una plática de moda.

La niña de Calderón, que era bastante fea, poseía, no obstante, cierto atractivo que provenía acaso de sus cortos años, acaso también de una boca de labios gruesos y frescos y dientes iguales y blancos, donde la sensualidad había dejado su sello. La última de Alcudia era una chicuela de temperamento enfermizo, que no tenía más que huesos y ojos.

—Oye, —le dijo Esperanza cuando se hubieron cansado de hablar de sombreros.—¿Sabes que el

último día que he estado en el colegio les llevé el retrato de mi hermanito?... Verás qué paso más gracioso. Lo han retratado desnudo y como tiene aquello descubierto, la hermana María de la Saleta no quería enseñarlo á las niñas. Las chicas comenzaron á gritar: «¡queremos verlo! ¡queremos verlo!» ¿Sabes lo que hizo entonces? Pues lo fué enseñando con la mano puesta encima, dejando sólo ver el pecho y la cabeza.

—¡Chica, qué gracia tiene eso!—exclamó Pacita soltando la carcajada.

Esperanza la secundó, riendo ambas de tan buena gana que concluyeron por llamar la atención de la tertulia, sobre todo de la marquesa, que volvió á dirigir á su hija una mirada severísima.

Entraba en aquel momento una señora que representaba cuarenta y tantos años; el rostro, hermoso aún, pintado, con señales impresas más que de los años, de una vida agitada y galante.

—Aquí está Pepa Frías,—dijo sonriendo Mariana, la esposa de Calderón.

—Eso es; aquí está Pepa Frías,—respondió con afectado mal humor la misma.—Una mujer que no tiene pizca de vergüenza al poner los pies en esta casa.

Los tertulios rieron.

—¿Tú te crees por lo visto que soy de la Inclusa? ¿que no tengo casa? Pues sí que la tengo, Salesas, 60, principal...; es decir, la tiene el casero... pero le pago, lo que no harán seguramente todos tus inquilinos. Perdone V., Pinedo; no le había visto... y también tengo mis sábados... y no hay tanto calor

como aquí ¡uf! y doy chocolate y te, y conversación y todo... lo mismo que aquí.

Mientras decía esto, iba saludando á los circunstantes con semblante furioso. Pero como todos sabían á qué atenerse respecto á su carácter, lo tomaban á broma y reían.

Era una mujer metida en carnes, los cabellos artificialmente rubios, los ojos un poco saltones, pero hermosos, la boca fresca y sensual; una mujer agradable, en suma, que había tenido y que seguía teniendo, á pesar de sus años, muchos apasionados.

—Lo que no hay,—añadió acercándose á la señora de Calderón y dándole dos sonoros besos en las mejillas,—es una mujer tan ingrataza y tan insignificante como tú... Por supuesto, que yo no vengo ya á verte á ti, sino á mi señor D. Julián, que alguna vez que otra sube á darme las buenas tardes y á decirme cómo anda la cotización... Y á propósito de cotización, Clementina, dile á tu marido que suspenda aquello hasta que le avise... Mejor dicho, no le digas nada: yo pasaré esta noche por tu casa.

—¡Pero hija, qué líos traes siempre con el papel y la Bolsa y las acciones!—exclamó Mariana.

—Pues los mismos que tú traerías si no tuvieses un marido tan activo que se encarga de calentarse la cabeza para que tú la tengas fresca y descansada...

—Vaya, Pepa, no me eche V. piropos, que voy á ponerme colorado,—dijo Calderón.

—No digo más que la verdad. ¡Si creerán que es plato de gusto estar pensando en si baja ó si sube el papel, escribir cartas y endosos y andar camino del Banco!

—Imagino yo, Pepa, — manifestó el general con sonrisa galante, — que por más que diga, V. tiene afición á los negocios.

— ¿Imagina V.? ¡Qué raro!

— No tengo tanta imaginación como V., pero alguna sí, — respondió el general un poco molestado por la risa que la frase de Pepa había producido.

Esta Pepa era una mujer que gozaba fama de chistosa en sociedad, aunque realmente su gracia se confundía á menudo con la desvergüenza. Hablar siempre con rostro enojado, llamar á las cosas por su nombre, por crudo que fuese, decir una fresca al lucero del alba, tales eran las cualidades que habían logrado darle popularidad en los salones. Había quedado viuda bastante joven, con dos hijos, un varón que había seguido la carrera de marino y que á la sazón estaba navegando, y una hija á quien había casado hacía un año. Su marido había sido comerciante, y en los últimos años jugaba en la Bolsa con fortuna. En esta temporada, Pepa contrajo la misma pasión, y una vez viuda siguió alimentándola. La prudencia ó por mejor decir la timidez que caracteriza á las mujeres en los negocios, la habían librado de la ruina que suele ser tarde ó temprano inevitable para los apasionados al juego. Algo se había mermado su fortuna, pero aún disfrutaba de un envidiable bienestar.

— Pepa, el asunto marcha admirablemente, — dijo Pinedo. — De Zaragoza han pedido un volcán y en la Coruña ha resuelto el Ayuntamiento establecer dos, al oriente y al poniente de la ciudad.

—Me alegro, me alegro muchísimo. ¿De manera que no suelto las acciones?

—Nunca; el sindicato tiene seguridad de que antes de un mes subirán á trescientos.

Los pocos que estaban en la broma rieron. Los demás fijaron en ellos sus ojos con curiosidad.

—¿Qué es eso de los volcanes, Pinedo?—preguntó la esposa de Calderón.

—Señora, se ha formado una sociedad para establecer volcanes en las poblaciones.

—¡Ah! ¿y para qué sirven esos volcanes?

—Para la calefacción, y además como objeto de adorno.

Todos comprendieron ya la burla menos la linfática señora, que siguió preguntando con interés los pormenores del negocio: los tertulios reían hasta que Calderón, entre risueño y enojado, exclamó:

—¡Pero mujer, no seas tan cándida! ¿No ves que es una guasa que se traen Pepa y Pinedo?

Estos protestaron afectando gran formalidad. Pero la primera dijo al oído del segundo:

—Si será pánfila esta Mariana, que hace ya tres meses que el general Cruzalcobas le está haciendo el amor y aún no se ha enterado.

Así llamaba Pepa al general Patiño, y no sin fundamento. A pesar de su apuesta figura un tanto averiada, y de su continente marcial, Patiño era un veterano falsificado. Sus grados habían sido ganados sin derramar una gota de sangre. Primero como ayo instructor del arte militar de una persona real; miembro después de algunas comisiones científicas, y empleado últimamente en el ministerio de la Gue-

rra, cultivando la amistad de todos los personajes políticos; diputado varias veces; senador por fin y ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, no había estado en el campo de batalla sino persiguiendo á un general revolucionario, y eso con firme propósito de no alcanzarle nunca. Como había viajado un poco y se jactaba de haber visto todos los adelantos del arte de la guerra, pasaba por militar instruído. Estaba suscrito á dos ó tres revistas científicas; citaba en las tertulias, cuando se tocaba á su profesión, algunos nombres alemanes; para discutir empleaba un tono enfático y sacaba voz de gola que imponía respeto á los oyentes. Pero la verdad es que las revistas se quedaban siempre por abrir sobre la mesa de noche, y los nombres alemanes, aunque bien pronunciados, no eran más que sonidos en su boca. Preciábase de militar á la moderna por esto y por vestir siempre de paisano. Amaba las artes, sobre todo la música: era abonado constante al teatro Real y á los cuartetos del Conservatorio. Amaba también las flores y á las mujeres, muy especialmente á la mujer del prójimo: era catador insaciable de la fruta del cercado ajeno. Su vida se deslizaba modesta y feliz, regando las gardenias de su jardincito de la calle de Ferraz y seduciendo á las esposas de los amigos. Hacía esto último por vocación, como se deben hacer las cosas, y ponía en ello todo el empeño y concentraba todas las fuerzas de su lúcida inteligencia, lo cual es de absoluta necesidad para hacer algo grande y provechoso en el mundo. Sus conocimientos estratégicos, que no había tenido ocasión de aplicar en el campo de batalla, servíanle

admirablemente para entrar á saco en el corazón de las bellas damas de la corte. Bloqueaba primero la plaza con miradas lánguidas, acudiendo á los teatros, al paseo, á las iglesias que ellas frecuentaban; en todas partes el sombrero flamante y reluciente de Patiño se agitaba en el aire declarando la ardiente y respetuosa pasión de su dueño. Estrechaba después el cerco intimando en la casa, trayendo confites á los niños, comprándoles juguetes y libros de estampas, llevándoles alguna vez á almorzar; se hacía querer de los criados con regalos oportunos. Venía después el asalto; la carta ó la declaración verbal. Aquí desplegaba nuestro general una osadía y un arrojo singulares que contrastaban notablemente con la prudencia y habilidad del cerco. Esta complejidad de aptitudes es lo que ha caracterizado siempre á los grandes capitanes, Alejandro, César, Hernán Cortés, Napoleón.

Los años no conseguían ni calmar su pasión por las altas empresas ni mermar sus extraordinarias facultades. O por mejor decir, lo que perdía en vigor ganábalo en arte, con lo que se restablecía el equilibrio en aquel privilegiado temperamento. Mas como la fortuna, según ha tenido á bien comunicar á varios filósofos, se niega á ayudar á los viejos, el insigne capitán había experimentado en los últimos tiempos algunos descalabros que no podían atribuirse á falta de previsión ó valor, sino á la versatilidad de la suerte. Dos jóvenes casadas le habían dado calabazas consecutivamente. Como sucede á todos los hombres de verdadero genio en quien los reveses no producen desmayos femeniles, antes sir-

ven para concentrar y vigorizar las fuerzas de su espíritu, Patiño no lloró como Augusto sobre sus legiones. Pero meditó, y meditó largamente. Y su meditación fué de fecundos resultados: un nuevo plan estratégico, asombroso como todos los suyos, surgió del torbellino de sus pensamientos elevados. Dándose cuenta perfecta del estado y cantidad de sus fuerzas de ataque y calculando con admirable precisión el grado de resistencia que podían ofrecerle sus dulces enemigos, comprendió que no debía atacar las plazas nuevas, cuyas fortificaciones son siempre más recias, sino aquellas que por su antigüedad empezasen ya á desmoronarse. Tal viva penetración del arte y tal destreza en la ejecución como el general poseía, anunciaban desde luego la victoria. Y en efecto, á consecuencia del nuevo y acertado plan de ataque, comenzaron á rendirse una en pos de otra, á sus armas, no pocas bellezas de las mejor sazonadas y maduras de la capital. Y en los brazos de estas Venus de plateados cabellos siguió recogiendo el merecido premio á su prudencia y bravura.

Como el cartaginés Aníbal, Patiño sabía variar en cada ocasión de táctica, según la condición y temperamento del enemigo. Con ciertas plazas convenía el rigor, desplegar aparato de fuerza. En otras era necesario entrar solapadamente sin hacer ruido. A una dama le gustaba el aspecto marcial y varonil del conquistador; se deleitaba escuchando las memorables jornadas de Garrovillas y Jarandilla, cuando iba persiguiendo á los sublevados. A otra le placía oirle disertar en estilo correcto, con su hermosa voz de gola, acerca de los problemas políticos y milita-

res. A otra, en fin, le extasiaba oirle interpretar alguna famosa melodía de Mozart ó Schuman en el violoncelo. Porque nuestro héroe tocaba el violoncelo con rara perfección, y fuerza es confesar que este delicadísimo instrumento le ha ayudado poderosamente en las más de sus preciadas y famosas conquistas. Arrastraba las notas de un modo irresistible, indicando bien claramente que á pesar de su arrojado y belicoso temperamento, poseía un corazón sensible á las dulzuras del amor. Y por si este arrastre oportunísimo de las notas no lo decía con toda claridad, corroborábalo un alzar de pupilas y meterlas en el cogote, dejando descubierto sólo el blanco de los ojos, cuando llegaba al punto álgido ó patético de la melodía, que realmente era para impresionar á cualquier belleza por áspera que fuese.

La maliciosa insinuación de Pepa Frías tenía fundamento. El bravo general hacía ya algún tiempo «que estaba poniendo los puntos» á la señora de Calderón, aunque ésta no daba señales de advertirlo. Jamás en sus muchas y brillantes campañas se le había presentado un caso semejante. Disparar contra una plaza durante algunos meses cañonazos y más cañonazos, meter dentro de ella granadas como cabezas y permanecer tan sosegada, durmiendo á pierna suelta como si le echasen bolitas de papel. Cuando el general le soltaba algún requiebro á quemarropa, Mariana sonreía bondadosamente.

—Cállese V., pícaro. ¡Buen pez debió V. de haber sido en sus buenos tiempos!

Patiño es mordía los labios de coraje. ¡Los buenos tiempos! ¡Él, que pensaba que nunca los había tenido

mejores! Pero con su inmenso talento diplomático sabía disimular y sonreía también como el conejo.

—¿Cuándo te han comprado esa pulsera?—preguntó Pacita á Esperanza, reparando en una muy caprichosa y elegante que ésta traía.

—Me la ha regalado el general hace unos días.

—¡Ah! ¿El general, por lo visto, te hace muchos regalos?—dijo la de Alcudia con leve expresión irónica que su amiga no entendió.

—Sí; es muy bueno. Siempre nos está trayendo regalos. A mi hermanita le ha comprado una medalla preciosa que trae al cuello.

—¿Y á tu mamá no le hace regalos?

—También.

—¿Y qué dice tu papá?

—¿Mi papá?—exclamó la niña levantando los ojos con sorpresa,—¿qué ha de decir?

Pacita, sin contestar, llamó la atención de una de sus hermanas.

—Mercedes, mira qué pulsera tan bonita le ha regalado el general á Esperanza.

La segunda de Alcudia perdió su rigidez por un momento, y tomando el brazo de Esperanza la examinó con curiosidad.

—Es muy bonita. ¿Te la ha regalado el general?—preguntó cambiando al mismo tiempo con su hermana una mirada maliciosa.

—Aquí está Ramoncito,—dijo Esperanza volviendo los ojos á la puerta.

—¡Ah! Ramoncito Maldonado.

Un joven delgado, huesudo, pálido, de patillas negras que tocaban en la nariz, como las gastaba

entonces el rey, y á su imitación muchos jóvenes aristócratas, entró sonriente y comenzó á saludar con desembarazo á todos, dándoles la mano con una ligera sacudida y acercándola al pecho, del modo extravagante que se estilaba hace algunos años entre los pisaverdes madrileños. En cuanto él entró esparcióse por la habitación un perfume penetrante.

—¡Jesús, qué peste!—exclamó por lo bajo Pepa Frías después de darle la mano.—¡Qué afeminado es este Ramoncito!

—¡Hola, barbián!—dijo el joven tomando de la barba con gran familiaridad á Pinedo.—¿Qué te has hecho ayer? Pepe Castro ha preguntado por ti...

—¿Ha preguntado por mí Pepe Castro? ¡Tanto honor me confunde!

Causaba cierta sorpresa ver á Maldonado tutear á un hombre ya entrado en años y de venerable aspecto. Todos los mozalbetes del *Club de los Salvajes* hacían lo mismo, sin que Pinedo se diese por ofendido.

—Ahí tienes á Mariana—siguió éste—que acaba de hablar perrerías de ti, y con razón.

—Pues.

—No haga V. caso, Ramoncito,—exclamó la señora de Calderón asustada.

—Y Pepa también.

—¿Usted, Pepa?—preguntó el mancebo queriendo mostrar desembarazo, pero inquieto en realidad, porque la de Frías era con razón temida.

—Yo, sí. Vamos á cuentas, Ramoncito, ¿qué se propone V. echando sobre sí tanto perfume? ¿Es que pretende V. seducirnos á todas por el órgano del olfato?

—Por cualquier órgano me agradaría seducir á usted, Pepa.

La tertulia celebró la respuesta. Se oyó una espontánea carcajada: Pacita la había soltado. Su mamá se mordió los labios de ira y encargó á la hija que tenía más cerca que hiciese presente á la otra, para que á su vez lo comunicase á la menor, que era una desvergonzada y que en llegando á casa se verían las caras.

—¡Hombre, bien! choque V., —exclamó la de Frías dando la mano á Ramoncito.—Es la única frase regular que le he oído á V. en mi vida. Generalmente no dice V. más que tonterías.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—Ya hemos leído la pregunta que V. hizo en el Ayuntamiento, Ramoncito, —dijo la señora de Calderón mostrándose amable para desvirtuar la acusación de Pinedo.

—¡Ps! cuatro palabrejas.

—Por ahí se empieza, joven, —manifestó Calderón con acento protector.

—No; no se empieza por ahí, —dijo gravemente Pinedo.—Se empieza por *rumores*. Luego vienen las *interrupciones*... (¡Es inexacto! ¡Pruébelo su señoría! La culpa es de los amigos de su señoría). En seguida llegan los ruegos y las preguntas. Después la explicación de un voto particular ó la defensa de una proposición incidental. Por último, la intervención en los grandes debates económicos... Pues bien, Ramón se encuentra ya en la tercer categoría, en la de los ruegos.

— Gracias, Pinedito, gracias, —respondió el joven algo amoscado. — Pues ya que he llegado á esa categoría, *te ruego* que no seas tan guasón.

— Hombre, tampoco está mal eso! — exclamó Pepa Frías con asombro. — Ramoncito, va usted echando ingenio.

El joven concejal fué á sentarse entre la niña de la casa y la menor de Alcudia, que se apartaron de mala gana para dejarle introducir su silla. Este Maldonado, muchacho de buena familia, no enteramente desprovisto de bienes de fortuna y elegido recientemente concejal por la Inclusa, dirigía desde hace algún tiempo sus obsequios á la niña de Calderón. Era un matrimonio bastante proporcionado al decir de los amigos. Esperanza sería más rica que Ramoncito, porque la hacienda de D. Julián era sólida y considerable; pero aquél, que tampoco estaba en la calle, tenía ya comenzada con buenos auspicios su carrera política. Los padres de la chica ni se oponían ni alentaban sus pretensiones. Con el aplomo y la superioridad que da el dinero, Calderón apenas fijaba la atención en quién requería de amores á su hija, abrigando la seguridad de que no le faltarían buenos partidos cuando quisiera casarla. Y en efecto, cinco ó seis pollastres de lo más elegante y perfilado de la sociedad madrileña zumbaban en los paseos, en las tertulias y en el Teatro Real alrededor de la rica heredera, como zánganos en torno de una colmena. Ramoncito tenía varios rivales, algunos de consideración. No era lo peor esto, sino que la niña, tan apagada de genio, tan tímida y silenciosa ordinariamente, sólo con él era

atrevida y desenfadada, autorizándose bromitas más ó menos inocentes, respuestas y gestos bruscos que mostraban bien claro que no le tomaba en serio. Por eso le decía á menudo Pepe Castro, su amigo y confidente, que se hiciese valer un poco más, que no se manifestase tan rendido ni ansioso, que á las mujeres hay que tratarlas con un poco de desdén.

Este Pepe Castro no sólo era el amigo y el confidente de Maldonado, pero también su modelo en todos los actos de la vida social y privada. Los juicios que pronunciaba acerca de las personas, los caballos, la política (de esto hablaba pocas veces), las camisas y los bastones eran axiomas incontrovertibles para el joven concejal. Imitábale en el vestir, en el andar, en el reir. Si el otro compraba una jaca española cruzada, ya estaba Ramoncito vendiendo la suya inglesa para adquirir otra parecida; si le daba por saludar militarmente llevándose la mano abierta á la sien, á los pocos días Ramoncito saludaba á todo el mundo como un recluta; si tomaba una chula por querida, no tardaba mucho nuestro joven en pasear por los barrios bajos en busca de otra. Pepe Castro se peinaba echando el pelo hacia adelante, para ocultar cierta prematura calva; Ramoncito, que tenía un pelo hermoso, se peinaba también hacia adelante. Hasta la calva hubiera imitado con gusto por parecerle más *chic*. Pues bien, á pesar de tan devota imitación no había podido obedecerle en lo tocante á sus incipientes amores. Y esto porque, aunque parezca raro, Ramoncito había llegado á interesarse de verdad por la niña. El amor pocas veces es un sentimiento simple:

á menudo contribuyen á formarle y darle vida otras pasiones, como la vanidad, la avaricia, la lujuria, la ambición. Así formado apenas se distingue del verdadero amor: inspira el mismo vigilante cuidado y causa las mismas zozobras y penas: la piedra de toque de éste está en el sacrificio y la constancia; mientras tanto es muy fácil confundirlos. Ramoncito se creía sinceramente enamorado de Esperancita, y acaso tuviera razón para ello, pues la apetecía, pensaba en ella á todas horas, buscaba con afán los medios de agradarla y aborrecía de muerte á sus rivales. Por más que se esforzaba en seguir los consejos del admirado Pepe Castro, procurando ocultar su inclinación ó al menos la vehemencia con que la sentía, no lo lograba. Había empezado por cálculo á festejarla, con el dominio sobre sí de un hombre que tiene libre el corazón, y había llegado pronto, gracias á la resistencia desdeñosa de la chica, á preocuparse vivamente, á sentirse aturdido y fascinado en su presencia. Luego la competencia de otros pollos le encendía la sangre y los deseos de hacerse pronto dueño de la mano de la niña. En obsequio á la verdad, hay que decir que se había olvidado «casi» de los millones de Calderón, que amaba ya á la hija «casi» desinteresadamente.

—¿Conque ha hablado V. en el Ayuntamiento, Ramón?—le preguntó Pacita.—¿Y qué ha dicho V.?

—Nada, cuatro palabras sobre el servicio de alcantarillas,—respondió con afectado aire de modestia el joven.

—¿Pueden ir las señoras al Ayuntamiento?

—¿Por qué no?

—Pues yo quisiera mucho oirle hablar un día... Y Esperancita tiene más ganas que yo, de seguro.

—¡No, no!... yo no,—se apresuró á decir la niña.

—Vamos, chica, no lo disimules. ¿No has de tener ganas de oir hablar á tu novio?

Esperanza se puso como una amapola y exclamó precipitadamente:

—Yo no tengo novio, ni quiero tenerlo.

Ramoncito también se puso colorado.

—¡Pero qué cosas tan horribles tienes, Paz!—siguió, aturdida y confusa.—No vuelvas hablar así porque me marcho de tu lado.

—Perdona, hija,—dijo la maliciosa niña, que se gozaba en el aturdimiento de su amiga y del concejal.—Yo creía... Hay muchos que lo dicen... Entonces si no es Ramón será Federico...

Maldonado frunció el entrecejo.

—Ni Federico ni nadie... ¡Déjame en paz!... Mira, aquí está el padre Ortega; levántate.

II

MÁS PERSONAJES

Un clérigo alto, de rostro pálido y redondo, joven aún, con ojos azules y mirada vaga de miope, apareció en la puerta. Todos se levantaron. La marquesa de Alcudia avanzó rápidamente y fué á besarle la mano; detrás de ella hicieron lo mismo sus hijas, Mariana y las demás señoras de la tertulia.

—Buenas tardes, padre.—Buenos ojos le vean, padre.—Siéntese aquí, padre.—No, ahí no, padre; véngase cerca del fuego.

El sexo masculino le fué dando la mano con afectuoso respeto. La voz del sacerdote, al preguntar ó responder en los saludos, era suave, casi de falsete,

como si en la pieza contigua hubiese un enfermo; su sonrisa era triste, protectora, insinuante. Parecía que le habían arrancado á su celda y á sus libros con gran trabajo, que entraba allí con repugnancia, sólo por hacer algún bien con el contacto de su

sabia y virtuosísima persona á aquellos buenos señores de Calderón, de quienes era director espiritual. Sus hábitos y sotana eran finos y elegantes; los zapatos de charol con hebilla de plata; las medias de seda.

Lé dieron la enhorabuena calurosamente por una oración que había pronunciado el día anterior en el Oratorio del caballero de Gracia. Él se contentó con sonreir y murmurar dulcemente:

—Dénsela á Vds., señoras, si han sacado algún fruto.

El padre Ortega no era un clérigo vulgar, al

menos en la opinión de la sociedad elegante de la corte, donde tenía mucho partido. Sin pecar de entremetido frecuentaba las casas de las personas distinguidas. No le gustaba hacer ruido ni llamar la atención de las tertulias sobre sí: no daba ni admitía bromas, ni tenía el temperamento abierto y jaranero que suele caracterizar á los sacerdotes que gustan del trato social. Si era intrigante debía de serlo de un modo distinto de lo que suele verse en el mundo. Discreto y afable, humilde, grave y silencioso cuando se hallaba en sociedad, procurando borrar y confundir su personalidad entre las demás, adquiría relieve cuando subía á la cátedra del Espíritu Santo, lo que hacía á menudo. Allí se expresaba con desenfado y verbosidad sorprendentes: no lograba conmover al auditorio ni lo pretendía, pero demostraba un talento claro y una ilustración poco común en su clase. Porque era de los poquísimos sacerdotes que estaban al tanto de la ciencia moderna ó al menos semejaba estarlo. En vez de las pláticas morales que se usan y de las huecas y disparatadas declamaciones de sus colegas contra la ciencia y la razón, los sermones de nuestro escolapio trascendían fuertemente á lecturas modernísimas: en todos ellos procuraba demostrar directa ó indirectamente que no existe incompatibilidad entre los adelantos de la ciencia y el dogma. Hablaba de la evolución, del transformismo, de la lucha por la existencia, citaba á Hegel alguna vez, traía á cuento la teoría de Malthus sobre la población, el antagonismo del trabajo y el capital: de todo procuraba sacar partido en defensa de la doctrina católica: para rechazar

los nuevos ataques era necesario emplear nuevas armas. Hasta se confesaba, en principio, partidario de las teorías de Darwin, cosa que tenía sorprendidos é inquietos á algunos de sus timoratos amigos y penitentes, aunque esto mismo contribuía á infundirles más respeto y admiración. Cuando hablaba para las señoras solamente, prescindía de toda erudición que pudiera parecerles enfadosa; adoptaba un lenguaje mundano, les hablaba de sus tertulias, de sus saraos, de sus trajes y caprichos, como quien los conoce perfectamente; sacaba comparaciones y argumentos de la vida de sociedad, y esto encantaba á las damas y las postraba á sus pies. Era el confesor de muchas de las principales familias de la capital. En este ministerio demostraba una prudencia y un tacto exquisitos; á cada persona la trataba según sus antecedentes, posición y temperamento. Cuando tropezaba con una devota, escrupulosa, viva y ardiente como la marquesa de Alcudia, el buen escolapio apretaba de firme las clavijas, se mostraba exigente, tiránico, entraba en los últimos pormenores de la vida doméstica y los reglamentaba. En casa de Alcudia no se daba un paso sin su anuencia. Y en estos sitios, como si se gozase en mostrar su poder, adoptaba un continente grave y severo que en otras partes no se le conocía. Cuando daba con alguna familia despreocupada, con poca afición á la iglesia, ensanchaba la manga, se hacía benigno y tolerante, procurando nada más que guardasen las formas y no diesen mal ejemplo á los otros. Hacía cuanto le era posible por afianzar esa alianza dichosa establecida de poco tiempo á esta parte entre la

religión y el «buen tono» en nuestro país; cada día sacaba una moda que á ello contribuyese, traducidas unas del francés, otras nacidas en su propio cerebro. En la capilla ú oratorio de alguna familia ilustre, reunía ciertos días del año por la tarde á las damas conocidas: eran unas agradabilísimas *matinées,* donde se oraba, tocaba el órgano expresivo la más hábil pianista, decía el padre una plática familiar, departía después amigablemente con las señoras acerca de asuntos religiosos, se confesaba la que quería y, por último, pasaban al comedor donde se tomaba te, cambiando de conversación. Cuando fallecía alguna persona de estas familias, el padre Ortega se hacía poner en las papeletas de defunción como director espiritual, rogando que la encomendasen á Dios: luego repartía entre todos los amigos unos papelitos impresos ó memorias, con oraciones, donde se pedía al Supremo Hacedor con palabras encarecidas y melosas, que por tal ó cual mérito que resplandeció en su sagrada pasión, perdonase al conde de T*** ó á la baronesa de M*** el pecado de soberbia ó de avaricia, etc.: generalmente no era aquel en que más había sobresalido el difunto, lo cual hacía el padre con buen acuerdo para evitar el escándalo y una pena á la familia. También se encargaba de gestionar la adquisición del mayor número posible de indulgencias, la bendición papal *in articulo mortis,* las preces de algún convento de monjas, etc. Siendo su amigo y penitente se podía tener la seguridad de no ir al otro mundo desprovisto de buenas recomendaciones. Lo que no sabemos es el caso que Dios hacía de ellas,

si escribía encima de las memorias con lápiz azul, como los ministros, «hágase», ó si preguntaba al padre Ortega como la señora del cuento: «¿Y á V. quién le presenta?»

Cuando hubo cambiado algunas palabras corteses con casi todos los tertulios, haciendo á cada cual la reverencia que dada su posición le correspondía, la marquesa de Alcudia le tomó por su cuenta, y llevándole á uno de los ángulos del salón y sentados en dos butaquitas, comenzó á hablarle en voz baja como si se estuviese confesando. El clérigo, con el codo apoyado en el brazo del sillón, cogiendo con la mano su barba rasurada, los ojos bajos en actitud humilde, la escuchaba: de vez en cuando decía también alguna palabra en voz de falsete, que la marquesa escuchaba con profundo respeto y sumisión, lo cual no impedía que al instante volviese á la carga gesticulando con viveza, aunque sin alzar la voz.

Había entrado poco después que el padre un joven gordo, muy gordo, rubio, con patillitas que le llegaban poco más abajo de la oreja, mucha carne en los ojos y fresco y sonrosado color en las mejillas. La ropa le estallaba: su voz era levemente ronca y la emitía con fatiga. Al entrar nublóse la descolorida faz de Ramoncito Maldonado. El recién llegado era hijo de los condes de Casa-Ramírez y uno de los pretendientes á la mano de la primogénita de Calderon. Jacobo Ramírez ó Cobo Ramírez, como se le llamaba en sociedad, pasaba por chistoso por el mismo motivo que Pepa Frías, aunque con menos razón. Caracterizábale una libertad grosera en el hablar,

un desprecio cínico hacia las personas, aun las más respetables, y una ignorancia que rayaba en lo inverosímil. Sus chistes eran de lo más burdo y soez que es posible tolerar entre personas decentes. Alguna vez daba en el clavo, esto es, tenía alguna ocurrencia feliz; mas, por regla general, sus chuscadas eran pura y lisamente desvergüenzas.

La tertulia, no obstante, se regocijó con su entrada. Una sonrisa feliz se esparció por todos los rostros, menos el de Ramoncito.

—Oiga usted, Calderón,—entró diciendo, sin saludar.—¿Cómo se arregla usted para tener siempre unos criados tan guapos?... A uno de ellos, el de la entrada, con la poca luz que había y la voz de mezzo-soprano que me gasta, le he confundido con una muchacha.

—¡Hombre, no!—exclamó riendo el banquero.

—¡Hombre, sí! A mí no me importa nada que V. traiga todos los Romeos que guste... ¿Viene por aquí su amigo Pinazo?

Los que entendieron adónde iba á parar, que eran casi todos, soltaron la carcajada.

— ¡No viene! ¡no viene! — dijo Calderón casi ahogado por la risa.

— ¿De qué se ríen? — preguntó Pacita por lo bajo á Esperanza.

— No sé, — respondió ésta con acento de sinceridad, encogiéndose de hombros.

— De seguro Cobo ha dicho una barbaridad. Se lo preguntaré después á Julia que no dejará de haberla cogido.

Volvieron ambas la vista hacia la mayor de Alcudia y la vieron inmóvil, rígida, con los ojos bajos como siempre. En el ángulo de sus labios, sin embargo, vagaba una leve sonrisa maliciosa que mostraba que no sin razón su hermana menor fiaba en sus profundos conocimientos.

— Hola, Ramoncillo, — dijo acercándose á Maldonado y dándole una palmada en la mejilla con familiaridad. — Siempre tan guapote y tan seductor.

Estas palabras fueron dichas en tono entre afectuoso é irónico, que le sentó muy mal al joven.

— No tanto como tú..., pero en fin, vamos tirando, — respondió Ramoncito.

— No, no, tú eres más guapo... y si no que lo digan estas niñas... Un poco flacucho estás, sobre todo desde hace una temporada, pero ya doblarás en cuanto se te pase eso.

— No tiene que pasarme nada... Ya sé que nunca podré ser de tantas libras como tú, — replicó más picado.

— Pues tienes más hierbas.

— Allá nos vamos, chico; no vengas echándotelas de *fanciullo,* porque es muy cursi, sobre todo delante de estas niñas.

— ¡Pero hombre, que siempre han de estar ustedes riñendo! — exclamó Pepa Frías. — Acaben ustedes pronto por batirse, ya que los dos no caben en el mundo.

— Donde no caben los dos, — le dijo por lo bajo Pinedo, — es en casa de Calderón.

— Nada de eso, — manifestó Cobo en tono ligero y alegre. — Los amigos más reñidos son los mejores amigos. ¿Verdad, barbián?

Al mismo tiempo tomó la cabeza de Ramoncito con ambas manos y se la sacudió cariñosamente. Éste le rechazó con mal humor.

— Quita, quita, no seas sobón.

Cobo y Maldonado eran íntimos amigos. Se conocían desde la infancia: habían estado juntos en el colegio de San Antón: luego en la sociedad siguieron manteniendo relaciones estrechas, principalmente en el *Club de los Salvajes,* adonde ambos acudían asiduamente. Como ambos ejercían la misma profesión, la de pasear á pie, en coche y á caballo; como ambos frecuentaban las mismas casas y se encontraban todos los días en todas partes, la confianza era ilimitada. Siempre había habido entre ellos, sin embargo, una graciosa hostilidad, pues Cobo despreciaba á Ramoncito, y éste, que lo adivinaba, manteníase constantemente en guardia. Esta hostilidad no excluía el afecto: se decían mil insolencias, disputaban horas enteras; pero en seguida salían juntos en coche como si no hubiera pasado nada, y se

citaban para la hora del teatro. Maldonado tomaba las cosas de Cobo en serio, y éste se gozaba en llevarle la contraria en cuanto decía, hasta que conseguía irritarlo, ponerlo fuera de sí. Mas el afecto desapareció en cuanto ambos pusieron los ojos en la chica de Calderón: no quedó más que la hostilidad. Sus relaciones parecía que eran las mismas; reuníanse en el club diariamente, paseaban á menudo juntos, iban á cazar al Pardo como antes: en el fondo, sin embargo, se aborrecían ya cordialmente. Por detrás decían perrerías el uno del otro; Cobo con más gracia, por supuesto, que Ramoncito, porque le tenía, fundada ó infundadamente, un desprecio verdadero.

—Vamos, les pasa á Vds. lo que á mi hija y su marido...—dijo la de Frías.

—¡No tanto! ¡no tanto, Pepa!—interrumpió Ramírez afectando susto.

—¡Pero qué sin vergüenza es V., hombre!—exclamó aquélla tratando de contener la risa, que no cuadraba á su mal humor característico.—Se parecen ustedes en que siempre están regañando y haciendo las paces.

Y se puso á describir con bastante gracia la vida matrimonial de su hija. Lo mismo ella que el marido eran un par de chiquillos mimosos, insoportables. Sobre si no la había pasado el plato á tiempo ó no la había echado agua en la copa, sobre los botones de la camisa, ó si no cepillaron la ropa, ó tenía la ensalada demasiado aceite, armaban caramillos monstruosos. Los dos eran igualmente susceptibles y quisquillosos. A veces se pasaban seis

ú ocho días sin hablarse: para entenderse en los menesteres de la vida se escribían cartitas y en ellas se trataban de V.— «Asunción me ha pasado un recado diciéndome que vendrá á las ocho para llevarme al teatro. ¿Tiene V. inconveniente en que vaya?» — escribía ella dejándole la carta sobre la mesa del despacho.— «Puede V. ir adonde guste», —respondía él por el mismo procedimiento.— «¿Qué platos quiere V. para mañana? ¿Le gusta á V. la lengua en escarlata?» — «Demasiado sabe V. que no como lengua. Hágame el favor de decir á la cocinera que traiga algún pescado, pero no boquerones como el otro día, y que no fría tanto las tortillas». Ninguno de los dos quería humillarse al otro: así que, esta tirantez se prolongaba ridículamente, hasta que ella, Pepa, los agarraba por las orejas, les decía cuatro frescas y les obligaba á darse la mano. Luego, en las reconciliaciones, eran extremosos.

—¿Sabe V., Pepa, que no quisiera estar yo allí en el momento de la reconciliación?— dijo Cobo haciendo alarde nuevamente de su malignidad brutal.

—Tampoco yo, hijo, —respondió dando un suspiro de resignación que hizo reir.— Pero ¡qué quiere V.! Soy suegra, que es lo último que se puede ser en este mundo, y tengo esa penitencia y otras muchas que V. no sabe.

—Me las figuro.

—No se las puede V. figurar.

—Pues querida, á mí me gustaría muchísimo ver á mis hijos reconciliados. No hay cosa más fea que un matrimonio reñido,—dijo la bendita de Mariana con su palabra lenta, arrastrada, de mujer linfática.

—También á mí... pero después que pasa la reconciliación,—respondió Pepa cambiando miradas risueñas con Cobo Ramírez y Pinedo.

—¡De qué buena gana me reconciliaría yo con V., Mariana, del mismo modo que esos chicos!—dijo en voz muy baja el almibarado general Patiño, aprovechando el momento en que la esposa de Calderón se inclinó para hurgar el fuego con un hierro niquelado. Al mismo tiempo, como tratase de quitárselo para que ella no se molestase, sus dedos se rozaron, y aun puede decirse, sin faltar á la verdad, que los del general oprimieron suave y rápidamente los de la dama.

—¡Reconciliarse!—dijo ésta en voz natural.—Para eso es necesario antes estar enfadados y, á Dios gracias, nosotros no lo estamos.

El viejo tenorio no se atrevió á replicar. Rió forzadamente, dirigiendo una mirada inquieta á Calderón. Si insistía, aquella pánfila era capaz de repetir en voz alta la atrevida frase que acababa de decirle.

—Por supuesto,—siguió Pepa,—que yo me meto lo menos posible en sus reyertas. Ni voy apenas por su casa. ¡Uf! ¡Me crispa el hacer el papel de suegra!

—Pues yo, Pepa, quisiera que fuese V. mi suegra,—dijo Cobo mirándola á los ojos codiciosamente.

—Bueno, se lo diré á mi hija, para que se lo agradezca.

—¡No; si no es por su hija!... Es porque... me gustaría que V. se metiese en mis cosas.

—¡Bah, bah!, déjese V. de músicas,—replicó la de Frías medio enojada.

Un amago de sonrisa que plegaba sus labios pregonaba, no obstante, que la frase la había lisonjeado.

Ramoncito volvió á sacar la conversación del teatro Real, la liebre que sale y se corre en todas las tertulias distinguidas de la corte. La ópera, para los abonados, no es un pasatiempo, sino una institución. No es el amor á la música, sin embargo, lo que engendra esta constante preocupación, sino el no tener otra cosa mejor en qué ocuparse. Para Ramoncito Maldonado, para la esposa de Calderón y para otros muchos, los seres humanos se dividen en dos grandes especies: los abonados al teatro Real y los no abonados. Los primeros son los únicos que expresan realmente de un modo perfecto la esencia de la humanidad. Gayarre y la Tosti fueron puestos otra vez á discusión. Los que habían llegado últimamente dieron su opinión, tanto sobre el mérito como sobre la disposición física de los dos cantantes.

Ramoncito se puso á contar en voz baja á Esperanza y á Paz, que la noche anterior había sido presentado á la Tosti en su *camerino*. «Una mujer muy amable, muy fina: le había recibido con una gracia y una amabilidad sorprendentes. Ya había oído hablar mucho de él, de Ramoncito, y tenía deseos vivos de conocerle personalmente. Cuando supo que era concejal, quedó asombrada por lo joven que había llegado á ese puesto. ¡Ya ven Vds. qué tontería! Por lo visto, en otros países se acostumbra á elegir sólo á los viejos. De cerca era aún mejor que

de lejos. Un cutis que parece raso; una dentadura preciosa: luego una arrogante figura; el pecho levantado y ¡unos brazos!...»

La vanidad hacía á Ramoncito no sólo torpe, porque es regla bien sabida que cuando se galantea á una mujer no debe alabarse con demasiado calor á otra, sino un tantico atrevido dirigiéndose á niñas. Estas se miraban sonrientes, brillándoles los ojos con fuego malicioso y burlón que el joven concejal no observaba.

—Y diga V., Ramón, ¿no se ha declarado V. á ella?—le preguntó Pacita.

—Todavía no,—respondió haciéndose cargo ya de la intención burlona de la pregunta.

—Pero se declarará.

—Tampoco. Yo estoy ya enamorado de otra mujer.

Al mismo tiempo dirigió una miradita lánguida á Esperanza. Esta se puso repentinamente seria.

—¿De veras? Cuente V...., cuente V.

—Es un secreto.

—Bien, pero nosotras lo guardaremos... ¿Verdad Esperanza que tú no dirás nada?

Y la escuálida chiquilla miraba maliciosamente á su amiga gozándose en su mal humor y en la inquietud de Ramoncito.

—Yo no tengo gana de saber nada.

—Ya lo oye V., Ramón... Esperanza no tiene gana de oir hablar de sus novias... Yo bien sé por qué es, pero no lo digo...

—¡Qué tonta eres, chica!—exclamó aquélla con verdadero enojo.

El joven concejal, lisonjeado por tal advertencia que venía de una amiga íntima, creyó, sin embargo, que debía cambiar la conversación á fin de no echar á perder su pretensión, pues veía á Esperanza seria y ceñuda.

—Pues no crean Vds. que es tan difícil declararse á la Tosti y que ella conteste que sí... Y si no, ahí tienen Vds. á Pepe Castro, que puede dar fe de lo que digo.

—Es que Pepe Castro, no es V.,—manifestó la niña de Calderón con marcada displicencia.

Maldonado cayó de la región celeste donde se mecía. Aquella frase punzante dicha en tono despreciativo le llegó al alma. Porque cabalmente la superioridad de Pepe Castro era una de las pocas verdades que se imponían á su espíritu de modo incontrastable. Pudiera ofrecer reparos á la de Homero, pero á la de Pepito, no. La seguridad de no poder llegar jamás, por mucho que le imitase, al grado excelso de elegancia, despreocupación, valor desdeñoso, y hastío de todo lo creado, que caracterizaba á su admirado amigo, le humillaba y le hacía desgraciado. Esperanza había puesto la mano en la llaga que minaba su preciosa existencia. No pudo contestar; tal fué su emoción.

Clementina estaba triste, inquieta. Desde que había entrado en casa de su cuñada, buscaba pretexto para irse. Pero no lo hallaba. Era forzoso resignarse á dejar transcurrir un rato: los minutos le parecían siglos. Había charlado unos momentos con la marquesa de Alcudia, mas ésta la había dejado en cuanto entró el padre Ortega. Su cuñada

estaba secuestrada por el general Patiño, que le explicaba minuciosamente el modo de criar y cuidar á los ruiseñores en jaula. Las dos chicas de Alcudia que tenía al lado parecían de cera, rígidas, tiesas, contestando por monosílabos á las pocas preguntas que las dirigió. Una sorda irritación se iba apoderando poco á poco de ella: dado su temperamento, no se hubieran pasado muchos minutos en echar á rodar todos los miramientos y largarse bruscamente. Mas al oir el nombre de Pepe Castro levantó la cabeza vivamente y se puso á escuchar con ávida atención. La reticencia de Ramoncito la puso súbito pálida: se repuso no obstante en seguida, y, entrando en la conversación con amable sonrisa, dijo:

—Vaya, vaya, Ramón; no sea V. mala lengua... ¡Pobres mujeres en boca de Vds.!

—No se habla mal sino de la que lo merece, Clementina,—respondió éste animado por el cable que impensadamente recibía.

—De todas hablan Vds. Me parece que su amiguito Pepe Castro no es de los que se muerden la lengua para echar por el suelo una honra.

—Pues mire V., Clementina, hasta ahora no le he cogido tras de ninguna mentira. Todo Madrid sabe que es hombre de mucha suerte con las mujeres.

—¡No sé por qué!—replicó con un mohín de desdén la dama.

—Yo no soy inteligente en la hermosura de los hombres,—manifestó el joven riendo mucho su frase,—pero todos dicen que Pepito es guapo.

—¡Ps!... Eso será según el gusto de cada cual... y que me dispense Pacita, que es su pariente: Yo formo parte de esos *todos* y no lo digo.

—Pues la verdad es,—apuntó Esperancita tímidamente,—que Pepito no pasa por feo... Luego, es muy elegante y distinguido, ¿verdad tú?

Y se dirigió á Pacita, poniéndose al mismo tiempo levemente colorada.

Clementina le dirigió una mirada penetrante y singular que concluyó de ruborizarla.

—¿De qué se habla?—preguntó Cobo Ramírez acercándose al corro.

Casi nunca se sentaba en las tertulias. Le placía andar de grupo en grupo, resollando como un buey, soltando alguna frase atrevida en cada uno. La faz de Ramoncito se nubló al aproximarse su rival. Este no dejó de notarlo y le dirigió una mirada burlona.

—Vamos, Ramoncillo, di; ¿cómo te arreglas para tener tan animadas á las damas? Me acaba de decir Pepa que vas echando ingenio.

—No, hombre; ¿cómo voy á echarlo si lo tienes tú todo?—dijo con irritación el concejal.

—Vaya, chico, si es que te azaras porque yo me acerco, me voy.

Una sonrisa irónica, amarga y triunfal al mismo tiempo, dilató el rostro anguloso de Ramoncito. Había cogido á su enemigo en la trampa. Ha de saberse que pocos días antes averiguó casualmente, por medio de un académico de la lengua, que no se decía *azararse*, sino *azorarse*.

—Querido Cobo,—dijo echándose hacia atrás con la silla y mirándole con fijeza burlona.—Antes

de hablar entre personas ilustradas, creo que debieras aprender el castellano... Digo... me parece...

—¿Pues?—preguntó el otro sorprendido.

—No se dice azarar, sino *azorar*, queridísimo Cobo. Te lo participo para tu satisfacción y efectos consiguientes.

La actitud de Ramoncito al pronunciar estas palabras era tan arrogante, su sonrisa tan impertinente, que Cobo, desconcertado por un momento, preguntó con furia:

—¿Y por qué se dice azorar y no azarar?

—¡Porque sí!... ¡Porque lo digo yo!... ¡Eso!... —respondió el otro sin dejar de sonreir cada vez con mayor ironía y echando una mirada de triunfo á Esperanza.

Se entabló una disputa animada, violenta, entre ambos. Cobo se mantuvo en sus trece sosteniendo con brío que no había tal *azorar*, que á nadie se lo había oído en su vida y eso que estaba harto de hablar con personas ilustradas. El joven y perfumado concejal le respondía brevemente sin abandonar la sonrisilla impertinente, seguro de su triunfo. Cuanto más furioso se ponía Cobo, más se gozaba en humillarle delante de la niña por quien ambos suspiraban.

Pero la decoración cambió cuando Cobo irritadísimo, viéndose perdido, llamó en su auxilio al general Patiño.

—Vamos á ver, general, V. que es una de las eminencias del ejército, ¿cree que está bien dicho azorarse?

El general, lisonjeado por aquella oportuna

dedada de miel, dijo dirigiéndose á Maldonado en tono paternal:

—No, Ramoncito, no: está V. en un error. Jamás se ha dicho en España azorar.

El concejal dió un brinco en la silla. Abandonando súbito toda ironía, echando llamas por los ojos, se puso á gritar, que no sabían lo que se decían, que parecía mentira que personas ilustradas, etc., etc..., que estaba seguro de hallarse en lo cierto y que inmediatamente se buscase un diccionario.

—El caso es, Ramoncito, —dijo D. Julián rascándose la cabeza, —que el que había en casa hace ya tiempo que ha desaparecido. No sé quién se lo ha llevado... Pero á mí me parece también, como al general, que se dice azarar...

Aquel nuevo golpe afectó profundamente á Maldonado, que, pálido ya, tembloroso, lanzó con voz turbada un último grito de angustia.

—¡Azorar viene de *azor*, señores!

—¡Qué azor, ni qué coliflor, hombre de Dios,—exclamó Cobo soltando una insolente carcajada.—Confiesa que has metido la patita y di que no lo volverás á hacer.

El despecho, la ira del joven concejal no tuvieron límites. Todavía luchó algunos momentos con palabras y ademanes descompuestos; pero como se contestase á sus enérgicas protestas con risitas y sarcasmos, concluyó por adoptar una actitud digna y despreciativa, masticando palabras cargadas de hiel, los labios trémulos, la mirada torva: de vez en cuando dejaba escapar por la nariz un

leve bufido de indignación. Cobo estuvo implacable, aprovechando todas las ocasiones que se ofrecieron para dirigirle indirectamente alguna pullita envenenada que causaba el regocijo de las niñas y hacía sonreir discretamente á las personas graves. Nadie en el mundo padeció más hambre y sed de justicia que Ramoncito en aquella ocasión.

La llegada de un nuevo personaje, puso fin ó suspendió por lo menos su tormento. Anunció el criado al señor duque de Requena. La entrada de éste produjo en la tertulia un movimiento que indicaba bien claramente su importancia. Calderón salió á recibirle dándole las dos manos con efusión. Los hombres se levantaron apresuradamente y se apartaron de los asientos para salir á su encuentro sonrientes, expresando en su actitud la veneración que les inspiraba. Las damas volvieron también sus rostros hacia él con curiosidad y respeto, y Pepa Frías se levantó para saludarle. Hasta el padre Ortega abandonó á su marquesa y se adelantó inclinado, sumiso, dirigiéndole un saludo almibarado, sonriéndole con sus ojos claros al través de los fuertes cristales de miope que gastaba. Por algunos instantes apenas se oyó en la estancia más que «señor duque», «señor duque». «¡Oh, señor duque!»

El objeto de tanta atención y acatamiento era un hombre bajo, gordo, la faz amoratada, los ojos saltones y oblicuos, el cabello blanco, y el bigote entrecano, duro y erizado como las púas de un puerco-espín. Los labios eran gruesos y sinuosos, manchados por el zumo del cigarro puro que traía apagado y mordía paseándolo de un ángulo á otro

de la boca sin cesar. Podría tener unos sesenta años, más bien más que menos. Venía envuelto en un magnífico gabán de pieles que no había querido quitarse á la entrada por hallarse acatarrado. Mas al poner los pies en el saloncito de Calderón, sintióse malamente impresionado por el calor que allí hacía, y sin contestar apenas á los saludos y sonrisas que á porfía le dirigían, murmuró en tono brutal, con la voz gruesa y ronca á la vez que caracteriza á los hombres de cuello corto:

—Puf! Esto echa bombas...!

Y lo acompañó de una interjección valenciana que principia por *f*. Al mismo tiempo hizo ademán de despojarse del abrigo. Veinte manos cayeron sobre él para ayudarle y esto retrasó un poco la operación.

Representóse en la tertulia de Calderón la es-

cena de los israelitas en el desierto que más se ha repetido en el mundo, la adoración del becerro de oro. El recién llegado era nada menos que don Antonio Salabert, duque de Requena, el célebre Salabert rico entre los ricos de España, uno de los colosos de la banca y el más afamado, sin disputa, por el número y la importancia de sus negocios. Había nacido en Valencia: nadie conocía á su familia. Decían unos que había sido granuja del mercadal, otros que empezó de lacayo de un banquero y luego fué cobrador de letras y zurupeto, otros que había sido soldado de Cabrera en la primera guerra civil, y que el origen de su fortuna estuvo en una maleta llena de onzas de oro que robó á un viajero. Algunos llegaban hasta á afiliarle en una de las célebres partidas de bandoleros que infestaron á España poco después de la guerra. Pero él explicaba del modo más sencillo y gráfico la procedencia de su fortuna, que no bajaba de cuatrocientos millones de reales. Cuando se enfadaba con los empleados de su casa, lo cual sucedía á menudo, y notaba que se ofendían con sus palabrotas injuriosas, solía decirles gritando como un energúmeno:

—¿Sabéis, f...., cómo he llegado yo á tener dinero?... Pues recibiendo muchas patadas en el trasero. Sólo á fuerza de puntapiés se consigue subir arriba. ¿Estamos?

Hay que confesar que este dato adolece de ser un poco vago; pero la perfecta autenticidad de que se halla revestido, le da un valor inapreciable. Tomándolo como base de la investigación, acaso se

pueda llegar á definir el carácter y á historiar la vida y las empresas del opulento banquero.

—Hola, chiquita,—dijo avanzando hacia Clementina y tomándole la barba como se hace con los niños.—¿Estás aquí? No he visto tu coche abajo.

—He salido á pie, papá.

—Es un milagro. Si quieres, puedes llevarte el mío.

—No; tengo deseos de caminar. Estoy estos días muy pesada.

El duque de Requena había prescindido de todos los presentes y hablaba á su hija con toda la afabilidad de que era susceptible. La veía pocas veces. Clementina era su hija natural, habida allá en Valencia, cuando joven, de una mujer de la ínfima clase social, como él lo era al parecer. Luego se había casado en Madrid, ya en camino de ser rico, con una joven de la clase media, de la cual no tuvo familia. Esta señora, extremadamente delicada de salud desde su matrimonio, había cedido, ó por mejor decir, había ella misma propuesto que la hija de su marido viniese á habitar la misma casa. Clementina se educó, pues, aquí y fué amada de la esposa de su padre como una verdadera hija: ella la quiso y la respetó también como á una madre. Después que se casó solía visitarla á menudo; pero como su padre estaba siempre muy ocupado no entraba en sus habitaciones, y desde las de su madre (así la llamaba) se iba á la calle. Sólo en los días de banquete ó recepción, ó cuando casualmente le tropezaba en las casas ó en la calle departía un rato con él.

Después de preguntarle por su marido y por sus hijos, el duque se puso á hablar, sin sentarse, con Calderón y Pepa Frías. Era un hombre rudo y campechanote en la apariencia: sonreía pocas veces, y cuando lo hacía era de modo tan leve que aun podía dudarse de ello. Acostumbraba á llamar las cosas por su nombre y á dirigirse á las personas sin fórmulas de cortesía, diciéndoles en la cara algunas cosas que pudieran pasar por groserías: no lo eran porque sabía darles un tinte entre rudo y afectuoso que les quitaba el aguijón. No era muy locuaz. Generalmente se mantenía silencioso mordiendo su cigarro y examinando al interlocutor con sus ojos oblicuos, impenetrables. Mostraba al hablar una inocencia falsa y socarrona que no le hacía antipático. Detrás se veía siempre al antiguo granuja del mercadal de Valencia, diestro, burlón, receloso y marrullero.

Pepa Frías le habló de negocios. La viuda era incansable en esta conversación. Quería enterarse de todo, temiendo ser engañada, ávida siempre de ganancias y temblando con terror cómico ante la perspectiva de la baja de sus fondos. Se hacía repetir hasta la saciedad los pormenores. «¿Soltaría las acciones del Banco y compraría *Cubas?* ¿Qué pensaba hacer el Gobierno con el amortizable? Había oído rumores. ¿Se haría en alza la próxima liquidación? ¿No sería mejor liquidar en el momento con treinta céntimos de ganancia que aguardar á fin de mes?»

Para ella las palabras de Salabert eran las del oráculo de Delfos. La fama inmensa del banquero

la tenía fascinada. Por desgracia, el duque, como todos los oráculos antiguos y modernos, se expresaba siempre que se le consultaba, de un modo ambiguo. Respondía muchas veces con gruñidos que nadie sabía si eran de afirmación, de negación ó de duda; las frases que de vez en cuando se escapaban de su boca entre el cigarro y los labios húmedos y sucios eran oscuras, cortadas, ininteligibles en muchos casos. Además, todo el mundo sabía que no era posible fiarse de él, que se gozaba en despistar á sus amigos y hacerles caer de bruces en un mal negocio. Sin embargo, Pepa insistía aspirando á arrancar de aquel cerebro luminoso el secreto de la mina: bromeaba tomándole de las solapas de la levita, llamándole viejo, cazurro, zorro, haciendo gala de una desvergüenza que en ella había llegado á ser coquetería. El banquero no daba fuego; le seguía el humor respondiendo con gruñidos y con tal cual frase escabrosa que hacía reir á Calderón, aunque no tenía muchas ganas de hacerlo viéndole echar sin miramiento alguno tremendos escupitajos en la alfombra. Porque el duque con el picor del tabaco salivaba bastante y no acostumbraba á reparar dónde lo hacía, á no ser en su casa donde cuidaba de ponerse al lado de la escupidera. Calderón estaba inquieto, violento, lo mismo que si se los echase en la cara. A la tercera vez, no pudiendo contenerse, fué él mismo á buscar la escupidera para ponérsela al lado. Salabert le dirigió una mirada burlona y le hizo un guiño á Pepa. Ya tranquilo Calderón se mostró locuaz y pretendió sustituirse al duque dando consejos á Pepa sobre

los fondos. Pero aunque hombre prudente y experto en los negocios, la viuda no se los apreciaba ni aun quería oirlos. Al fin y al cabo, entre él y Salabert existía enorme distancia: el uno era un negociante vulgar, el otro un genio de la banca. Sin embargo, éste asentía con sonidos inarticulados á las indicaciones bursátiles del dueño de la casa. Pepa no se fiaba.

Salabert se apartó un poco del grupo y se dejó caer sobre el brazo de un sillón adoptando una postura grosera, para lo cual sólo él tenía derecho. En vez de ser mal vistos sus modales libres y rudos, contribuían no poco á su prestigio y al respeto idolátrico que en sociedad se le tributaba. Lejos nuevamente de la escupidera volvió á salivar sobre la alfombra con cierto goce malicioso, que á pesar de su máscara indiferente y bonachona se le traslucía en la cara. Calderón tornó igualmente á nublarse y fruncirse hasta que, resolviéndose á saltar por encima de ciertos miramientos sociales, le acercó otra vez la escupidera sin tanto valor como antes, pues lo hizo con el pie. Pepa sentóse en el otro brazo y siguió haciendo carocas al duque. Éste comenzaba á fijar más la atención en ella. Sus miradas frecuentes la envolvían de la cabeza á los pies notándose que se detenían en el pecho, que era alto y provocador. Pepa era una mujer fresca y apetitosa. Al cabo de algunos minutos el banquero se inclinó hacia ella con poca delicadeza, y acercando el rostro á su cara, tanto que parecía que se la rozaba con los labios, le dijo en voz baja:

—¿Tiene V. muchas Osunas?

—Algunas, sí, señor.

—Véndalas V. á escape.

Pepa le miró á los ojos fijamente, y dándose por advertida calló. Al cabo de unos momentos fué ella quien acercando su rostro al del banquero le preguntó discretamente:

—¿Qué compro?

—Amortizable, —respondió el famoso millonario con igual reserva.

Entraban á la sazón un caballero y una dama, ambos jovencitos, menudos, sonrientes, y vivos en sus ademanes.

—Aquí están mis hijos, —dijo Pepa.

Era un matrimonio grato de ver: ambos bien parecidos, de fisonomía abierta y simpática, y tan jóvenes, que realmente parecían dos niños. Fueron saludando uno por uno á los tertulios. En todos los rostros se advertía el afecto protector que inspiraban.

—Aquí tienes á tu suegra, Emilio, ¡qué encuentro tan desagradable! ¿verdad?...—dijo Pepa al joven.

—Suegra, no: mamá... mamá, —respondió éste apretándole la mano cariñosamente.

—¡Dios te lo pague, hijo!—replicó la viuda dando un suspiro de cómico agradecimiento.

Volvió la tertulia á acomodarse. Los jóvenes casados sentáronse juntos al lado de Mariana. Clementina había dejado aquel sitio y charlaba con Maldonado: el nombre de Pepe Castro sonaba muchas veces en sus labios. Mientras tanto Cobo aprovechaba el tiempo, haciendo reir con sus des-

vergüenzas á Pacita; pero aunque intentaba que Esperanza acogiese los chistes con igual placer, no lo conseguía. La niña de Calderón, seria, distraída, parecía atender con disimulo á lo que Ramoncito y Clementina hablaban. Pinedo se había levantado y hacía la corte al duque; y el general, viendo á su ídolo en conversación animada con los jóvenes casados, fatigado de que sus laberínticos requiebros no fuesen comprendidos, ni tampoco sus restregones poéticos, vino á hacer lo mismo. La marquesa y el sacerdote seguían cuchicheando vivamente allá en un rincón, ella cada vez más humilde é insinuante, sentada sobre el borde de la butaca, inclinando su cuerpo para meterle la voz por el oído; él más grave y más rígido por momentos, cerrando á largos intervalos los ojos como si se hallase en el confesonario.

—¡Qué par de bebés, eh!—dijo Pepa en voz alta á Mariana, aludiendo al joven matrimonio.—¿No es una vergüenza que esos mocosos estén casados? ¡Cuánto mejor sería que estuviesen jugando al trompo!

Los chicos sonrieron mirándose con amor.

—Ya jugarán... en los momentos de ocio,—dijo Cobo Ramírez con retintín.

—¡Hombre, cá!—exclamó Pepa, volviéndose furiosa hacia él.—¿Le han dado á V. cuenta ellos de sus juegos?

Aquél y Emilio cambiaron una mirada maliciosa. Irenita, la joven casada, se ruborizó.

—Te están haciendo vieja, Pepa. Acuérdate que eres abuela,—respondió la señora de Calderón.

—¡Qué abuela tan rica! —exclamó por lo bajo Cobo, aunque con la intención de que lo oyese la interesada.

Esta le echó una mirada entre risueña y enojada, demostrando que había oído y lo agradecía en el fondo. Cobo se hizo afectadamente el distraído.

—¿Os ha pasado ya la berrenchina? —siguió la viuda dirigiéndose á sus hijos. —¿Cuánto durarán las paces?... ¡Jesús, qué criaturas tan picoteras!... Mirad, yo no voy á vuestra casa porque cuando os encuentro con morro me apetece coger la escoba y romperla en las costillas de los dos...

Los tertulianos se volvieron todos hacia los jóvenes esposos sonriendo beatíficamente. Esta vez se pusieron ambos fuertemente colorados. Después, por la seriedad que quedó bien señalada en el rostro de Emilio, se pudo comprender que no le hacían maldita la gracia aquellas salidas harto desenfadadas de su suegra.

El general Patiño, por orden de la bella señora de la casa, puso el dedo en el botón de un timbre eléctrico. Apareció un criado; le hizo el ama una seña: no se pasaron cinco minutos sin que se presentase nuevamente y con él otros dos con sendas bandejas en las manos colmadas de tazas de te, pastas y bizcochos. Momento de agradable expansión en la tertulia: todos se ponen en movimiento y brilla en los ojos el placer del animal que va á satisfacer una necesidad orgánica. Esperancita deja apresuradamente á su amiga y á Ramírez y se pone á ayudar con solicitud á su madre en la tarea de servir el te á los tertulios. Ramoncito aprovecha el instante en

que la niña le presenta una taza, para decirla en voz baja y alterada «que le sorprende mucho que se complazca en escuchar las patochadas y frases atrevidas de Cobo Ramírez». Esperanza le mira confusa, y al fin dice «que ella no ha oído semejantes patochadas, que Cobo es un chico muy amable y gracioso». Ramoncito protesta con voz débil y lúgubre entonación contra tal especie y persiste en desacreditar á su amigo, hasta que éste, oliendo el torrezno, se acerca á ellos bromeando según costumbre. Con lo cual, á nuestro distinguido concejal se le encapota aun más el rostro y se va retirando poco á poco: no sea que al insolente de Cobo se le ocurra cualquier sandez para hacer reir á su costa.

Llegó el momento de hablar de literatura, como acontece siempre en todas las tertulias nocturnas ó vespertinas de la capital. El general Patiño habló de una obra teatral recién estrenada con felicísimo éxito y le puso sus peros, basados principalmente en algunas escenas subidas de color. Mariana manifestó que de ningún modo iría á verla entonces. Todos convinieron en anatematizar la inmoralidad de que hoy hacen gala los autores. Se dijeron pestes del naturalismo. Cobo Ramírez, que había tomado te y luego unos emparedados y se había comido una cantidad fabulosa de ensaimadas y bizcochos, expuso á la tertulia que recientemente había leído una novela titulada *Le journal d'une dame* (en francés y todo), preciosa, bonitísima, la más espiritual que él hubiera leído nunca. Porque Cobo, en literatura, —¡caso raro!— estaba por lo espiritual, lo delica-

do. No le vinieran á él con esas novelotas pesadas donde le cuentan á uno las veces que un albañil se despereza al levantarse de la cama (ó los bizcochos y ensaimadas que se come un chico de buena sociedad), ni le hablaran de partos y otras porquerías semejantes. En las novelas deben ponerse cosas agradables, puesto que se escriben para agradar. Esto decía con notable firmeza, resollando al hablar como un caballo de carrera. Los demás asentían.

La entrada de un caballero ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo, alzado de hombros y cogido de cintura, la color baja, la barba negra y tan espesa y recortada que parecía postiza, cortó rápidamente la plática literaria. Nada menos era que el señor ministro de Fomento. Por eso llevaba la cabeza tan erguida que casi daba con el cerebelo en las espaldas, y sus ojos medio cerrados despedían por entre las negras y largas pestañas relámpagos de suficiencia y protección á los presentes. Hasta los veintidós años había tenido la cabeza en su postura natural; pero desde esta época en que le nombraron vicepresidente de la sección de derecho civil y canónico en la Academia de Jurisprudencia, había comenzado á levantarla lenta y majestuosamente como la luna sobre el mar en el escenario del teatro Real, esto es, á cortos é imperceptibles tironcitos de cordel. Le hicieron diputado provincial; un tironcito. Luego diputado á Cortes; otro tironcito. Después gobernador de provincia; otro tironcito. Más tarde Director general de un departamento; otro. Presidente de la Comisión de presupuestos; otro. Ministro: otro. La cuerda estaba agotada; aunque le hicieran prín-

cipe heredero, Jiménez Arbós ya no podía levantar un milímetro más su gran cabeza.

Su entrada produjo movimiento, pero no tanto como la del duque de Requena. Este, cuyo rostro carnoso, sensual, no podía ocultar el desprecio que aquella asamblea le inspiraba, corrió á él sin embargo, y le saludó con un rendimiento y servilismo que á cualquiera sorprendería, mucho más teniendo en cuenta la rusticidad y grosería con que generalmente se comportaba en el trato social. El ministro comenzó á repartir apretones de manos de un modo tan distraído que ofendía. Únicamente cuando saludó á Pepa Frías dió señales de animación. Ésta le preguntó en voz baja tuteándole:

—¿Cómo vienes de frac?

—Voy á comer á la embajada francesa.

—¿Vas luego á casa?

—Sí.

Este diálogo rapidísimo en voz imperceptible fué observado por el duque, quien acercándose á Pinedo le preguntó con reserva y haciendo una seña expresiva:

—Diga V., ¿Arbós y Pepa Frías?...

—Hace ya lo menos dos meses.

La mirada que el banquero le echó entonces á la viuda no fué de la calidad de las anteriores. Era ahora más atenta, más respetuosa y profunda, quedándose después un poco pensativo. Calderón se había acercado al ministro y le hablaba con acatamiento. Salabert hizo lo mismo. Pero el personaje no tenía ganas de hablar de negocios ó por ventura le inspiraba miedo el célebre negociante: la prensa

hacía reticencias malévolas sobre los negocios de éste con el Gobierno. Por eso, á los pocos momentos, se fué en pos de Pepa Frías y se pusieron á cuchichear en un ángulo de la estancia.

Clementina estaba cada vez más impaciente, con unos deseos atroces de marcharse. Dejaba de hacerlo por el temor de que su padre la acompañase. El ministro se fué á los pocos minutos, repartiendo previamente otros cuantos apretones de manos con la misma distracción imponente, mirando no á la persona á quien saludaba, sino al techo de la estancia. Entonces el duque se apoderó de Pepa Frías, mostrándose con ella tan galante y expresivo, que parecía que iba á hacerle una declaración de amor. El general, observándolo, le dijo á Pinedo:

—Mire V. el duque qué animado se ha puesto. De fijo le está haciendo el amor á Pepa.

—No,—respondió gravemente el empleado.—A lo que está haciendo el amor ahora es al negocio de las minas de Riosa.

La viuda anunció al cabo en voz alta que se iba.

—¿Adónde va V., Pepa, en este momento?—le preguntó el banquero.

—A casa de Lhardy á encargar unas mortadelas.

—La acompaño á V.

—Vamos; le convidaré á tomar unos pastelitos.

Al duque le hizo mucha gracia el convite.

—¿Vienes, chiquita?—le dijo á su hija.

Clementina aun pensaba quedarse un rato. Pepa, al tiempo de salir del brazo del banquero, dijo en alta voz volviéndose á los presentes:

—Conste que no vamos en coche.

Lo cual les hizo reir.

—Conste—dijo el duque riendo—que esto lo dice por adularme.

—Que se explique eso; no hemos comprendido... —gritó Cobo Ramírez.

Pero ya el duque y Pepa habían desaparecido detrás del portier. Clementina aguardó sólo cinco minutos. Cuando presumió que ya no podía tropezar en la escalera á su padre, se levantó, y pretextando un quehacer olvidado, se despidió también.

III

LA HIJA DE SALABERT

Bajó con ansia la escalera, y al poner el pie en la calle dejó escapar un suspiro de consuelo. A paso vivo tomó la del Siete de Julio, entró en la plaza Mayor y luego en la de Atocha. Al llegar aquí quizá vino á su pensamiento la imagen del joven que la había seguido y volvió la cabeza con inquietud. Nada; no había que temer. Ninguno la seguía. En la puerta de una de las primeras casas y mejores de la calle, se detuvo, miró rápida y disimuladamente á entrambos lados y penetró en el portal. Hizo una seña casi imperceptible de interrogación

al portero y éste contestó con otra de afirmación llevándose la mano á la gorra. Lanzóse por la escalera arriba y subió tan de prisa, sin duda para evitar encuentros importunos, que al llegar al piso segundo le ahogaba la fatiga y se llevó una mano al corazón. Con la otra dió dos golpecitos en una de las puertas. Al instante abrieron silenciosamente, y se arrojó dentro con ímpetu, cual si la persiguiesen.

—Más vale tarde que nunca, —dijo el joven que había abierto, tornando á cerrar con cuidado.

Era un hombre de veintiocho á treinta años, de estatura más que regular, delgado, rostro fino y correcto, sonrosado en los pómulos, bigote retorcido, perilla apuntada y los cabellos negros y partidos por el medio con una raya cuidadosamente trazada. Guardaba semejanza con esos soldaditos de papel con que juegan los niños; esto es, era de un tipo militar afeminado. También se parecía su rostro al que suelen poner los sastres á sus figurines, y era tan antipático y repulsivo como el de ellos. Vestía un batín de terciopelo color perla con muchos y primorosos adornos; traía en los pies zapatillas del mismo género y color con las iniciales bordadas en oro. Advertíase pronto que era uno de esos hombres que cuidan con esmero del aliño de su persona; que retocan su figura con la misma atención y delicadeza con que el escultor cincela una estatua; que al rizarse el bigote y darle cosmético creen estar cumpliendo un sagrado é ineludible deber de conciencia; que agradecen, en fin, al Supremo Hacedor, el haberles otorgado una presencia gallarda y procuran en cuanto les es dado mejorar su obra.

—¡Qué tarde!—volvió á exclamar el apuesto caballero dirigiéndola una mirada fija y triste de reconvención.

La dama le pagó con una graciosa sonrisa, diciendo al mismo tiempo con acento burlón:

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

Y le tomó la mano y se la apretó suavemente, y le condujo luego sin soltarle al través de los corredores, hasta un gabinete que debía de ser el despacho del mismo joven. Era una pieza lujosa y artísticamente decorada, las paredes forradas con cortinas de raso azul oscuro, prendidas al techo por anillos que corrían por una barra de bronce; sillas y butacas de diversas formas y gustos, una mesa-escritorio de nogal con adornos de hierro forjado, al lado de ella una taquilla con algunos libros, hasta dos docenas aproximadamente. Suspendidos del techo por cordones de seda y adosados á la pared veíanse algunos arneses de caballo, sillas de varias clases, comunes, bastardas y de jineta con sus estribos pendientes, frenos de diferentes épocas y también países, látigos, sudaderos de estambre fino bordados, espuelas de oro y plata; todo riquísimo y nuevo. Las aficiones hípicas del dueño de aquel despacho se delataban igualmente en los pasillos, que desde la puerta de la casa conducían á allí; por todas partes monturas colgadas y cuadros representando caballos en libertad ó aparejados. Hasta sobre la mesa de escribir, el tintero, los pisapapeles y la plegadera estaban tallados en forma de herraduras, estribos ó látigos. Al través de un arco con columnas, mal cerrado por un portier hecho de rico tapiz

en el que figuraban un joven con casaca y peluca de rodillas delante de una joven con traje Pompadour, veíase un magnífico lecho de caoba con dosel.

Así que llegaron á esta cámara, la dama se dejó caer con negligencia en una butaquita muy linda y volvió á decirle con sonrisa burlona:

—¡Qué! ¿no te alegras de verme?

—Mucho; pero me alegraría de haberte visto primero. Hace hora y media que te estoy esperando.

—¿Y qué? ¿Es gran sacrificio esperar hora y media á la mujer que se adora? ¿Tú no has leído que Leandro pasaba todas las noches el Helesponto á nado para ver á su amada?... No, tú no has leído eso ni nada... Mejor; yo creo que te sentaría mal la ciencia. Los libros disiparían esos colorcitos tan lindos que tienes en las mejillas, te privarían de la agilidad y la fuerza con que montas á caballo y guías los coches... Además, yo creo que hay hombres que han nacido para ser guapos, fuertes y divertidos, y uno de ellos eres tú.

—Vamos, por lo que estoy viendo me consideras como un bruto, que no conoce ni la A,—respondió triste y amoscado el joven, en pie frente á ella.

—¡No, hombre, no!—exclamó la dama riendo; y apoderándose de una de sus manos la besó en un repentino acceso de ternura.—Eso es insultarme. ¿Te figuras que yo podría querer á un bruto?... Toma,—añadió despojándose del sombrero,—pon ese sombrero con cuidado sobre la cama. Ahora ven aquí, so canalla; ya que eres tan susceptible, ¿no consideras que has principiado diciéndome una grosería?... ¡Hora y media!... ¿Y qué?... Acércate;

ponte de rodillas; deja que te tire un poco de los pelos.

El joven, en vez de hacerlo, agarró una silla-fumadora y se montó en ella frente á su querida.

—¿Sabes por qué he tardado tanto?... Pues por el dichoso niño, que me ha seguido hoy también.

Al decir esto, se puso repentinamente seria: una arruga bien pronunciada cruzó su linda frente.

—¡Es insufrible! —añadió.— Ya no sé qué hacer. A todas horas, salga por la mañana ó por la tarde, traigo aquel fantasma detrás de mí. He tenido que refugiarme en casa de Mariana; luego, una vez allí, no hubo más remedio que aguantar un rato. Vino papá y porque no saliese conmigo esperé otro poquito á que se fuese... ¡Ahí ves!

—¡Tiene gracia ese chico! —dijo riendo el caballero.

—¡Mucha! ¡Si es muy divertido que le averigüen á una dónde va, y lo sepa en seguida todo el mundo y llegue á oídos de mi marido! ¡Ríete, hombre, ríete!

—¿Por qué no? ¿A quién se le ocurre más que á ti tomarse un disgusto por tener un admirador tan platónico? ¿Has recibido alguna carta? ¿Te ha dicho alguna palabra al paso?

—Eso es lo que menos importaba. Lo que me excita los nervios es la persecución... Luego es un mocoso capaz por despecho, si averigua mis entradas en esta casa, de escribir un anónimo... Y tú ya sabes la situación especial en que me encuentro respecto á mi marido.

—No es de presumir: los que escriben anónimos

no son los enamorados, sino las amigas envidiosas... ¿Quieres que yo me aviste con él y le meta un poco de miedo?

—¡Eso no se pregunta, hombre!—exclamó la dama con voz irritada.—Mira, Pepe; tú eres hombre de corazón y tienes inteligencia, pero te hace muchísima falta un poco más de refinamiento en el espíritu, para que comprendas ciertas cosas. Debieras dedicar menos horas al club y á los caballos y procurar ilustrarte un poco.

—¡Ya pareció aquello!—dijo el joven con despecho, muy molestado por la agria reprensión.

—Pues si quieres que no te diga ciertas cosas procura callarte otras.

Pepe Castro se encogió de hombros con superior desdén y se alzó de la silla. Dió algunas vueltas distraídamente por la estancia y paró al fin delante de un cuadrito, que descolgó para sacudirle el polvo con el pañuelo. Clementina le miraba en tanto con ojos coléricos. Se puso en pie vivamente, como si la alzara un resorte: luego, refrenando su ímpetu y adquiriendo calma, avanzó lentamente hacia la alcoba, penetró en ella, recogió su sombrero de la cama y comenzó á ponérselo frente al espejillo de una cornucopia, con ademanes lentos, donde se adivinaba, sin embargo, en el levísimo temblor de las manos, la sorda irritación que la embargaba.

—¡Bueno!—exclamó por último en tono distraído é indiferente.—Me voy, chico... ¿Quieres algo para la calle?

El joven dió la vuelta y preguntó con sorpresa:

—¿Ya?

—Ya,—repuso la dama con exagerada firmeza.

El joven avanzó hacia ella, le echó suavemente un brazo al cuello, y levantando con la otra mano el velito rojo le dió un beso en la sien.

—¡Que siempre ha de pasar lo mismo! Yo soy el descalabrado y tú te apresuras á ponerte la venda.

—¿Qué estás diciendo ahí?—replicó ella algo confusa.—Me voy porque tengo que hacer una visita antes de comer.

—Vamos, Clementina, aunque quieras no puedes disimular... Debes comprender que no se pueden escuchar con risa los insultos... y tú me estás insultando á cada momento.

—Te digo que no te comprendo; no sé á qué insultos ni á qué disimulos te refieres,—replicó la dama con afectación.

Pepe intentó con mimo y dulzura quitarle de nuevo el sombrero: ella le detuvo con gesto imperioso. Tomóla entonces por la cintura y la condujo hacia el diván: sentóse, y cogiéndole las manos se las besó repetidas veces con apasionado cariño. Ella siguió en pie sin dejarse ablandar. Tan extremado estuvo, sin embargo, en sus caricias y tan sumiso, que al cabo, arrancando con violencia sus manos de las de él, Clementina dijo medio riendo, medio enojada aún:

—Quita, quita, que ya estoy hastiada de tus lametones de perro de Terranova... ¡Eres un bajo!... Primero que yo me humillase de tal modo me harían rajas.

Volvió á quitarse el sombrero, y fué ella misma á colocarlo sobre la cama.

—Cuando se está tan enamorado como yo,—replicó el joven un poco avergonzado,—no puede llamarse nada humillación.

—¿Es de veras eso, chico?—dijo acercándose á él sonriente y tomándole con sus dedos finos sonrosados, la barba.—No lo creo... Tú no tienes temperamento de enamorado... Y si no, vamos á probarlo... Si yo te mandase hacer una cosa que pudiera costarte la vida, ó lo que es aún peor, la honra... algunos años de presidio... ¿lo harías?

—¡Ya lo creo!

—¿Sí?... Pues mira, quiero que mates á mi marido.

—¡Qué barbaridad!—exclamó asustado, abriendo los ojos desmesuradamente.

La dama le miró algunos segundos fijamente, con expresión excrutadora, maliciosa. Luego, soltando una sonora carcajada, exclamó:

—¿Lo ves, infeliz, lo ves?... Tú eres un señorito madrileño, un socio del *Club de los Salvajes*... Ni yo, ni mujer ninguna te harían cambiar el frac y el chaleco blanco por el uniforme de presidiario.

—¡Qué ideas tan extrañas!

—Sigue, sigue por donde te arrastra tu naturaleza de sietemesino y no te metas en honduras. Ya comprenderás que te he hablado en broma: así y todo me has confirmado en lo que ya pensaba.

—Pues si tienes formada esa idea tan pobre de mi cariño, no sé por qué razón me quieres,—expresó el joven volviendo á amoscarse.

—¿Por qué te quiero?... Pues por lo que yo hago casi todas mis cosas... por capricho. Un día te he

visto en el Retiro revolviendo un caballo admirablemente y me gustaste. Luego, á los dos meses, en Biarritz, te ví en el asalto del casino tirando con un oficial ruso y concluí de encapricharme. Hice que me fueses presentado, procuré agradarte, te agradé en efecto... y aquí estamos.

Pepe concluyó por sufrir con paciencia aquel tono entre cínico y burlón de su querida, y á fuerza de charlar logró hacerlo desaparecer. Clementina, cuando estaba tranquila, era afectuosa, alegre, pronta á compadecerse y á los rasgos de generosidad; su rostro, tan bello como extraño, no adquiría nunca dulzura, pero sí una expresión bondadosa y maternal que lo hacía muy simpático. Mas por poco que sus nervios se excitasen ó se viese contrariada en sus pensamientos y deseos, el fondo de altivez, de obstinación y aun crueldad que su alma guardaba, subía á la superficie y agitaba sus ojos azules con relámpagos de feroz sarcasmo ó de cólera.

Pepe Castro, que no era hombre ilustrado ni ingenioso, sabía no obstante entretenerla agradablemente con cuentecillos de salón, murmuraciones casi siempre de las personas por quienes ella sentía marcada antipatía. El recurso era burdo, pero surtía admirable efecto. «La condesa de T***, señora á quien Clementina odiaba de muerte por un desaire que en cierta ocasión le había dado, andaba necesitada de dinero; se lo pidió al viejo banquero Z*** y éste se lo había otorgado mediante un rédito muy poco apetitoso para la deudora. Los marqueses de L***, á quienes también ella profesaba aversión, cuando no estaban en el poder daban reuniones

allá en su finca de la Mancha y ofrecían espléndido *buffet* á sus electores: cuando el marqués era ministro daban también reuniones, pero suprimían el *buffet*. Julita R***, una jovencita muy linda, que tampoco inspiraba simpatías á la altiva dama, había sido arrojada de casa de los señores de M*** por haberla hallado encerrada en el cuarto del primogénito, un chico de quince años». Estas y otras noticias del mismo jaez dejábalas caer el gallardo mancebo de sus labios con cierta displicencia cómica que despertaba el buen humor de la bella. Era todo el talento de Pepe Castro en el orden moral. Los demás que poseía referíanse enteramente al físico.

Se habían disipado las nubes que cubrían la frente de Clementina. Mostróse locuaz y risueña: fué pródiga de caricias con su amante en la hora que con él estuvo. Quedó bien compensado de los alfilerazos que de ella había recibido al principio de la entrevista, gozando de toda la dicha que una mujer hermosa y enamorada puede proporcionar cuando la soledad y la ocasión convidan.

La noche había cerrado ya, tiempo hacía. El joven encendió las dos lámparas de la chimenea sin llamar al criado, que era su único servidor y el único ser viviente asimismo que habitaba con él en aquel cuarto. Pepe Castro era hijo de una ilustre familia de Aragón: su hermano mayor llevaba un título conocido y tenía una hermana además casada con otro título. Se había educado en Madrid: á los veinte años quedó huérfano. Vivió con su hermano primogénito una temporada; no tardaron en reñir porque éste, que era económico hasta la avaricia,

no podía sufrir con paciencia su despilfarro. Trasladóse entonces á casa de su hermana; pero á los pocos meses, existiendo incompatibilidad de caracteres entre él y su cuñado, chocaron de modo tan violento, que se contaba en el club y en los salones de la corte que se habían abofeteado y aporreado bravamente: no llegó á efectuarse un duelo entre ambos por la intervención de algunos respetables miembros de la familia. Después de vivir en fonda un poco de tiempo, decidióse á poner casa. Tomó un criado, se hizo traer el almuerzo de un restaurant y comía cuándo en Lhardy, cuándo en casa de alguno de sus muchos amigos. Su cuadra la tenía muy cerca, en la calle de Urosas, y no estaba mal provista: dos jacas de silla, inglesa y cruzada, un tiro extranjero y otro español, berlina, *charrette, milord*, *break:* era un chorro por donde se escapaba rápidamente su hacienda, aunque no el más copioso. La mayor parte la había dejado sobre el tapete de la mesa de juego del club, y una porción, no insignificante por cierto, entre las uñas de algunas lindísimas chulas transformadas por él de la noche á la mañana en espléndidas y llamativas cortesanas. Esto último lo negaba con arrogancia pensando que su gloria de seductor podía con ello menoscabarse; pero no importa: es exacto como todo lo que aquí se puntualiza.

Quiere decir esto que Pepe Castro se hallaba arruinado á la hora presente: á pesar de lo cual, seguía viviendo con la misma comodidad y aparato que antes. Su trabajo y sus vueltas le costaba. Empréstitos á su hermano hipotecándole alguna finca

trasconejada en las ventas y subastas, pagarés á algunos arrojados usureros sobre la herencia de un tío viejo y enfermo reconociendo tres veces la cantidad recibida, joyas que su hermana le regalaba no pudiendo regalarle dinero, cuentas exorbitantes con el importador de coches y caballos, con el sastre, con el perfumista, con Lhardy, con el conserje del club, con todo el mundo. Parecía imposible que un hombre pudiera vivir tranquilo en tal estado de trampas y enredos. Sin embargo, nuestro gallardo joven vivía con la misma admirable serenidad de espíritu é idéntica alegría de corazón, y como él otros muchos de sus amigos y consocios según tendremos ocasión de ver, tan arruinados aunque no tan gallardos.

—Te preparo una sorpresa,—dijo Clementina concluyendo de ponerse el sombrero y arreglarse el cabello frente al espejo.

El bello *gomoso* olfateó el aire como un perro que recibe vientos y se acercó á la dama.

—Si es agradable, veamos.

—Y si es desagradable lo mismo, groserazo. Todo lo que proceda de mí debe serte agradable.

—Convenido, convenido. Veamos,—repuso disimulando mal su afán.

—Bueno, tráeme aquel manguito.

Castro se apresuró á obedecer el mandato. Clementina, cuando lo tuvo entre las manos se sentó con afectada calma en el diván, y agitándolo luego en el aire exclamó:

—¿A que no adivinas lo que contiene este manguito?

Sus ojos resplandecían de alegría y orgullo al mismo tiempo. Los de Castro chispearon de anhelo; sus mejillas se colorearon y respondió con voz alterada entre dudando y afirmando:

— Quince mil pesetas.

La expresión alegre y triunfal del rostro de la dama se trocó instantáneamente en otra de cólera y despecho:

— ¡Quita!, ¡quita allá, puerco!—exclamó furiosa dándole un fuerte golpe en la cara con el lujoso manguito.— No piensas más que en el dinero... No tienes ni pizca de delicadeza.

— ¡Yo pensaba!...

También hubo cambio de decoración en la fisonomía de Castro: se puso más triste que la noche.

— En la guita, sí; ya acabo de decírtelo... Pues no, señor; aquí no viene nada de eso. Sólo hay un alfilerito de corbata que yo ¡tonta de mí! he comprado al pasar en casa de Marabini, como una prueba de que te tengo siempre en el pensamiento.

— Y yo te la agradezco en el alma, pichona, — manifestó el joven haciendo un esfuerzo supremo sobre sí mismo para vencer el repentino abatimiento y resultando de él una sonrisa forzada y amarga.— ¿Por qué te disparas de ese modo?... Dame eso... Bien se conoce que tienes muy mala idea formada de mí.

Clementina se negó á entregar el recuerdo. El joven insistió humildemente. Había, no obstante, en sus ruegos, un tinte de frialdad que dejaba traslucir, para el espíritu penetrante de una mujer,

el sordo disgusto y la tristeza que en el fondo del alma sentía.

—Nada, nada; mi pobre alfilerito que estás despreciando horriblemente... (¡se te conoce en la cara!)... irá á la cajita donde guardo los recuerdos de los muertos.

Alzóse del diván; bajó el velo del sombrero. Pepe

aun insistía por mostrarse galante y desagraviarla. Al fin, cuando ya estaba cerca de la puerta, volvióse repentinamente y sacó del fondo del manguito una primorosa carterita que le presentó, mirándole al mismo tiempo fijamente á la cara. Los ojos del joven, después de posarse en la cartera con ávida expresión de gozo, chocaron con los de su amada.

Contempláronse unos instantes, ella con expresión maliciosa y triunfante, él con gratitud y gozo reprimidos.

—¡Si siempre lo he dicho yo! ¡Si no hay otra como mi nena para saber querer!... Ven aquí, deja que te dé las gracias, rica mía; deja que te adore de rodillas.

Y la arrastró, embargado por el entusiasmo, hacia el diván, la obligó á sentarse de nuevo y se dejó caer de rodillas besando con fervor sus manos enguantadas.

—¡Jesús, qué locura!—exclamó la dama un tanto confusa.—¡Vaya una cosa para hacer tales extremos!

—No es por el dinero, nena mía; no es por el dinero: es porque tienes una manera de hacer las cosas original; porque tienes la gracia de Dios; porque eres una barbiana... ¡Toma, toma, retemonísima!

Y le abrazaba las rodillas y se las besaba con calurosos ademanes. No contento se prosternó aun más y le besó los pies ó por mejor decir el tafilete de sus zapatos.

—¡Qué bajo eres, Pepe!—exclamaba ella riendo.

—No importa que me llames lo que quieras. Soy tuyo, ¡tuyo hasta la muerte! Te quiero más que á Dios. Quiero á estos piececitos tan ricos y los beso ¿lo ves? A ver; que venga alguien á decirme que no debo hacerlo.

Clementina le miraba risueña, y no era fácil averiguar si gozaba en realidad ó se divertía simplemente con aquella adoración ó más bien aquel rego-

cijo estrepitoso de perro que se arrastra al sentirse acariciado y lame los pies de su señor.

—No sólo te debo la felicidad sino también la honra. No sabes lo que he sufrido desde anteayer por la maldita deuda,—decía él con voz conmovida.

—¿Volverás á jugar, eh? ¿volverás á jugar, perdido?—preguntaba ella tirándole de los cabellos, borrando aquella primorosa raya que los partía tan lindamente.

—No... particularmente sobre mi palabra te aseguro...

—Ni sobre tu palabra, ni sobre tu dinero, grandísimo trasto... Me voy, me voy,—añadió con un gesto de mimo, levantándose y corriendo á mirar la hora al reloj de la chimenea.—¡Uf, qué tarde!... Adiós, chiquillo.

Y se precipitó á la puerta extendiendo la mano á su amante sin mirarle. Éste no pudo besarle más que la punta de los dedos. Corrió á abrir, pero ya ella había echado mano al cerrojo; por cierto que se encolerizó porque resistía á sus débiles tirones.

—Adiós, adiós; hasta el sábado,—dijo en voz de falsete.

—Hasta pasado mañana.

—No, no; hasta el sábado.

Bajó la escalera con la misma precipitación con que la había subido, hizo otro gesto imperceptible de despedida al portero y salió á la calle. Siguió á pie hasta la plaza del Angel y allí detuvo un coche de punto y se metió en él.

Eran más de las seis; hacía una hora que estaban encendidas las luces de los comercios. Ocultóse

cuanto pudo en un rincón y dejó vagar su mirada distraída sin curiosidad por las calles que iba atravesando. Su fisonomía adquirió la expresión altiva, desdeñosa, que la caracterizaba, á la cual se añadía ahora leve matiz de hastío y preocupación. Por su elegancia refinada, por su arrogante porte y sobre todo por aquella severa majestad de su rostro peregrino, nadie vacilaría en diputar á Clementina por una de las más altas y nobles damas de la corte. No obstante, si lo era de hecho, dado que figuraba en todos los salones aristocráticos, en todas las listas de personas distinguidas que los periódicos publicaban al día siguiente de cualquier sarao, carreras de caballos, ú otra fiesta cualquiera, de derecho distaba mucho de serlo por su origen. No podía ser más humilde. Su padre la había tenido en una inglesa, manceba de un tonelero irlandés que había llegado á Valencia en busca de trabajo. Llamábase Rosa Coote; era espléndidamente bella y lo hubiera sido más á cuidar algo del adorno ó aliño de su persona. La miseria, en que ordinariamente vivía aquel hogar ilícito, la había hecho sucia y andrajosa. El granuja del mercadal de Valencia y la bella inglesa se entendieron á espaldas del tonelero, dueño temporal de las gracias de ésta. Salabert era más joven, más gallardo; el vicio de la borrachera no le tenía dominado como á aquél. Rosa le siguió á su zaquizamí abandonando al primer amante. A los pocos meses de vivir juntos, Salabert, á quien se presentó ocasión de partir á Cuba como camarero de un vapor, la abandonó á su vez. La inglesa, que llevaba ya en sus entrañas

el fruto de aquella pasajera unión, rodó algún tiempo sin protección, sin recursos, por las calles de la ciudad, hasta que entró en relaciones con un carpintero del Grao que la recogió y llegó á hacerla su legítima esposa. Clementina se crió como una intrusa en aquel nuevo hogar. Su madre era una mujer violenta, irascible, con ráfagas de ternura que sólo guardaba para sus hijos legítimos. A ella, por todas las señales, la aborrecía y en ella vengó injustamente el agravio de su padre. ¡Qué terrible infancia la de Clementina! Si en Madrid se supiesen ciertos pormenores, si en rápida visión pudiesen ofrecerse á los ojos de la sociedad elegante las escenas por las que aquella altiva y encopetada dama pasó, pocos envidiarían su existencia. ¡Qué torturas, qué refinamientos de crueldad! A los cuatro ó cinco años ya estaba obligada á ser la vigilante guardadora de otros dos hermanitos: si en esta vigilancia decaía un punto, el castigo venía inmediatamente; pero no el castigo como quiera, el golpe pasajero, el estirón de orejas; no: el castigo era meditado con ensañamiento, procurando herir donde más doliera y donde más durase el dolor: la azotaba con correas y luego lavaba sus tiernas carnes rotas con vinagre, la ponía de rodillas horas enteras sobre guisantes duros, la obligaba á traer zapatos que la apretasen, la privaba de agua, la restregaba con ortígas... Los vecinos habían acudido más de una vez á los lamentos de la infeliz criatura; habían increpado á la madre desnaturalizada. De ello no resultaba más que alguna reyerta fragorosa en que la feroz irlandesa,

chapurrando el valenciano, se despachaba á su gusto contra las comadres del barrio, y con mayor encono después contra la causante de aquel disgusto. A todas horas gritaba que iba á meterla en la Inclusa. A esto se oponía el carpintero, que se jactaba de ser hombre de bien y compasivo, que alguna vez intervenía en los castigos para aplacarlos, pero que la mayor parte de las veces dejaba á su esposa «que enseñase á su hija», como él decía á los vecinos que le recriminaban. Sus ideas pedagógicas chocaban con sus instintos piadosos, y cuando lograban sobreponerse ¡ay de la desgraciada niña!

Algunas etapas de este repugnante martirio fueron horribles. En cierta ocasión, Clementina fué á la fuente por agua y rompió el jarro. Era el tercero que hacía pedazos en el mes. La niña no quiso venir á casa y se refugió en la de una vecina. Esta la llevó á su madre, pero no se la dejó sino después de hacerla prometer que no la castigaría. Y en efecto; no la castigó por los medios que antes empleaba: sus lamentos podrían atraer á la protectora y producir una reyerta. Se le ocurrió la idea diabólica de tenerla con la cabeza metida en el agujero del retrete hasta que, medio asfixiada, se desmayó. Los días más aciagos para nuestra criatura eran aquellos en que el cansancio la rendía á la hora del rosario. La cruel inglesa era fanática: para el delito de dormirse rezando no había perdón. Una vez, al tiempo de acostarse, por repetir medio dormida las oraciones que le hacía pronunciar, de tal manera la golpeó, que el carpintero, que cenaba tranquilamente en la cocina, harto de oir tanto gemido subió al dormito-

rio y se la arrancó de las manos, sin lo cual acaso hubiera muerto entre ellas.

Aquella serie de inauditas crueldades terminaron al fin con otra mayor que trajo consigo la intervención de la justicia. La madre desnaturalizada, no sabiendo ya de qué modo atormentar á su hija, la hizo algunas quemaduras en el trasero con una bujía. Una vecina averiguó el hecho casualmente, lo comunicó á otras vecinas, se armó el consiguiente escándalo en el barrio, dieron parte al juez, se instruyó causa, y, probado el delito, la inglesa fué condenada á seis meses de cárcel y la niña recogida en un establecimiento de beneficencia.

Un año después llegó á Valencia Salabert, si no hecho un potentado, con alguna hacienda. Enteráronle de lo ocurrido, fué á ver á su hija al colegio de niñas pobres, la sacó de allí y la puso en otro de pago, adonde por rara casualidad iba á visitarla. En la población, sin embargo, fué loado su rasgo de generosidad, que él sabía hacer valer en la conversación ofreciéndose á los ojos de sus conocidos como un ejemplo vivo de amor paternal y contraste notable frente á la perversidad de su antigua querida. Poco más tarde se casó en Madrid. Fué su esposa la hija de un comerciante en camas de hierro y colchones metálicos de la calle Mayor. Era una joven bastante feíta y enfermiza; pero buena, afectuosa y con cincuenta mil duros de dote. Llamábase Carmen. A los tres ó cuatro años de casados, ésta, viéndose cada vez más delicada de salud, perdió la esperanza de tener familia: sabiendo que su marido tenía una hija natural en un convento de Valencia, le propuso,

con una generosidad no muy frecuente, traerla á casa y considerarla como hija de ambos. Salabert aceptó con gusto la proposición, fué á buscar á Clementina, y desde entonces cambió por entero la suerte de esta infeliz niña.

Tenía entonces catorce años y era ya un portento de hermosura, mezcla dichosa del tipo inglés correcto y delicado y de la belleza severa de la mujer valenciana. Su tez guardaba los reflejos suaves, nacarados, de la raza sajona; en su mirada azul y sombría había la misma profundidad y misterio que en los ojos negros de las valencianas. Poco desarrollada aún por virtud de su crudelísima infancia, por la vida sedentaria, después, del convento, en cuanto cambió de clima y de forma de vida adquirió en dos ó tres años la elevada estatura y las majestuosas proporciones con que hoy la vemos. Sus partes morales dejaban bastante más que desear. Era su temperamento irascible, obstinado, desdeñoso y sombrío. Si nació con estas propiedades enteramente determinadas ó fueron el resultado de sus bárbaros martirios, de su tristísima infancia, no es fácil resolverlo. En el convento, donde nadie la trataba mal, no fué bien querida de sus maestras y compañeras por su carácter receloso, por la ausencia de cariño que se notaba en su corazón. Los disgustos de sus compañeras no sólo no la conmovían, sino que despertaban en sus labios una sonrisa cruel, que las dejaba yertas. Luego tenía, de vez en cuando, accesos de furor que la habían hecho temible y odiosa. En cierta ocasión, á una niña que le había dicho algunas palabras ofensivas le echó las manos al cuello y

estuvo muy próxima á asfixiarla. Nunca fué posible después que le pidiese perdón, según exigía la superiora: prefirió estar recluída un mes, á humillarse.

Los primeros meses que pasó en casa de su padre fueron de prueba para la buena de D.ª Carmen. En vez de una niña alegre y agradecida al inmenso favor que la hacía, se encontró frente á frente de una fierecilla, un ser antipático sin afecto ni sumisión, extravagante y caprichosa hasta un grado sorprendente, cuya risa no brotaba ruidosa sino cuando algún criado se caía ó el lacayo recibía una coz de los caballos. Pero no se desanimó. Con el instinto infalible de los corazones generosos, comprendió que si aquella tierra no daba amor era porque hasta entonces sólo se había sembrado odio. Los afectos dulces residen en todo ser humano, como en todo cuerpo la electricidad: mas para determinar su existencia, para hacerlos vibrar, precisa someterlos á una fuerte corriente de cariño por algún tiempo. Y esto fué lo que hizo D.ª Carmen con su hijastra. Durante seis meses la tuvo envuelta en una atmósfera tibia de afecto, en una red espesa de atenciones delicadísimas, de testimonios constantes de vivo y afectuoso interés. Al fin, Clementina, que principió por mostrarse desdeñosa y luego indiferente á aquel cariño, que pasaba horas y horas encerrada en su cuarto y sólo iba á las habitaciones de su madrastra cuando la llamaba, que no tenía jamás con ésta una expansión viviendo en absoluta reserva, sucumbió repentinamente, sintió vibrar en su corazón ese algo maravilloso que une á las criaturas humanas como á todos los cuerpos del Universo. Cambió de un

modo extraño, violento, como todo lo que procedía de su temperamento singular. Cayó, cuando menos se pensaba, de hinojos ante D.ª Carmen, dedicándola un respeto tan profundo, un cariño tan apasionado, que la buena señora quedó estupefacta y le costó gran trabajo creer en su sinceridad. En su alma se había operado al fin la revelación de la ternura: al calor maternal de aquella bondadosa señora, su corazón de hielo se había derretido: la esencia divina del amor penetró donde, hasta entonces, sólo había entrado la esencia de Satanás.

Fué un verdadero milagro. En vez de pasar la vida en su cuarto, no sabía salir del de su madrastra á quien llamaba mamá, con un gozo, con un fuego, con una pronunciación tan decidida, como sólo se observa en los devotos sinceros al dirigirse á la Virgen. Devoción podía llamarse también lo que Clementina sentía por la esposa de su padre. Asombrada de que en el mundo existiese un ser tan dulce, tan tierno, no se hartaba de mirarla como si acabase de bajar del cielo. Quería adivinarla los pensamientos en los ojos, quería adelantarse á sus menores deseos, quería que nadie la sirviese más que ella, quería, en fin, como todo enamorado, la posesión exclusiva del objeto de su amor. Una levísima señal de descontento de D.ª Carmen bastaba para confundirla y sumirla en el más acerbo dolor. Aquella criatura tan altanera, que había llegado á hacerse odiosa á todos, se humillaba con un placer intenso á su madrastra. Era su humillación la del místico que se postra por una necesidad invencible del espíritu. Cuando sentía la mano de la señora acariciándole el

rostro, pensaba sentir la de Dios mismo, y apenas se atrevía á rozar con sus labios aquellos dedos flacos y transparentes.

Sólo para su madrastra había cambiado tan radicalmente. Con los demás, incluso con su mismo padre, seguía mostrando la misma frialdad despreciativa, el mismo carácter obstinado y altivo. Si aparecía alguna vez más dulce y tratable, no había que achacarlo á su voluntad, sino al mandato expreso de D.ª Carmen. En cuanto este mandato cesaba ó se olvidaba, volvía á su primitivo ser malévolo. Los criados la aborrecían por el orgullo insufrible que comenzó á manifestar así que se dió cuenta de su estado de princesa heredera; por no encontrar tampoco en ella ninguna compasión para sus faltas. La que más padeció en su servicio fué la institutriz inglesa que su padre la había traído. Era ya entrada en años, pero tenía gusto en vestirse y aliñarse como una damisela. Esta inocente manía sirvió tantas veces de burla á la niña, que sólo la necesidad le pudo obligar á tolerarlo. ¡Pobre mujer! Todos sus secretos técnicos de tocador fueron entregados sin piedad á la befa de los criados: sus imperfecciones físicas servían, contrahechas por la doncella de la señorita, de algazara en la cocina. En cierta solemne ocasión, un día de banquete, Clementina le escondió la dentadura, que tenía sobre el tocador para limpiarla. Cualquiera puede figurarse la desazón que esto produjo á la vieja *miss*. La cual se vengaba cándidamente de ella llamándola *señorita Capricho* y poniéndole por temas, en los ejercicios de inglés y francés, algunas máximas y aforismos que le escocie-

sen, verbigracia: «La soberbia es la lepra del alma. La niña soberbia es una leprosa de quien todos deben apartarse con horror.»— «Quien no respeta á los mayores nunca llegará á ser respetado», etc. Clementina se reía de estos desahogos: alguna vez llegó su insolencia hasta cambiar la sentencia de la profesora por otra de su invención. Donde decía: «Nada hay tan feo y despreciable como una joven altanera», ponía la discípula: «Nada hay tan ridículo y digno de risa como una vieja presumida». Alborotábase la *miss,* daba parte á D.ª Carmen, llamaba ésta á su hijastra, la reprendía dulcemente, y al verla triste y acongojada desarrugaba el ceño y la besaba cariñosamente. Y hasta otra. La verdad es que tenían razón *miss* Ana y los demás criados al decir que la señora era quien echaba á perder á la chica. D.ª Carmen, viviendo en una espantosa soledad moral, estaba tan cautivada y agradecida al vivo cariño que á todas horas le demostraba su hijastra, que no tenía ojos para ver sus faltas, y si los tenía carecía de fuerzas para corregirlas.

A los diez y ocho años era Clementina una de las mujeres más bellas y uno de los mejores partidos de Madrid. El caudal de su padre había crecido como la espuma: estaba considerado como uno de los banqueros importantes de la villa y no se le conocía otro heredero ni era ya de presumir que lo tuviese. Comenzaron los jóvenes de la aristocracia de la sangre y el dinero, los socios más eminentes del *Club de los Salvajes*, á festejarla apremiándola con vivas y calurosas declaraciones. Si iba á una tertulia, un grupo de muchachos la tenía constantemente amu-

rallada; si iba á la iglesia, otro grupo mayor la esperaba en correcta formación á la salida; si al paseo de la Castellana, apuestos caballeros galopaban en las inmediaciones de su coche sirviéndola de escolta; en el teatro veinte pares de gemelos estaban sin cesar posados sobre ella. El nombre de Clementina Salabert salía en todas las conversaciones de la juventud elegante, se veía impreso en todas las crónicas de salones, sonaba en Madrid como el de una de las más brillantes estrellas del firmamento aristocrático. Tuvo buena porción de amoríos ó noviazgos que no produjeron huella alguna en su corazón. Tomaba y dejaba los novios inconsideradamente, con lo cual adquirió fama de coqueta y casquivana. Pero esto no es obstáculo para que una muchacha encuentre adoradores: al contrario, el amor propio de los hombres les incita á dedicar sus lisonjas á tal clase de mujeres, siempre con la esperanza vanidosa de ser el clavo que fije la rueda de la veleta. Tampoco fué serio inconveniente para ella cierto murmullo grosero y malicioso que se levantó y corrió por todo Madrid con motivo de la amistad inusitada que entabló con un joven y célebre torero. La inocencia y debilidad de D.ª Carmen tuvo buena parte en ello. No sólo consintió esta buena señora que el torero entrase en la casa y se sentase á su mesa, sino también que las acompañase en público en más de una ocasión. Con esto y con brindarle la muerte de algunos toros, la maledicencia, que anda suelta en la capital como en las provincias, tuvo suficiente pretexto para ensañarse ferozmente con la envidiada beldad. Mas como no pudo aportar otra cosa que

sospechas atrevidas y vagas conjeturas, y como por otra parte existían dos datos positivos que las contrapesaban sobradamente, á saber, la hermosura y la riqueza excepcionales de la joven, la calumnia no produjo merma en los adoradores: sólo sirvió para que algún desengañado escupiese con más facilidad su bilis.

Clementina ofrecía en sus modales y discursos, en esta edad, y la ofreció siempre después, cierta tendencia al *flamenquismo,* ó sea á las formas desenvueltas, á la serenidad burlona, al desgarro especial de las chulas de Madrid. Semejante tendencia se hallará más ó menos exagerada en toda la alta sociedad madrileña; es un signo que la caracteriza y la distingue de la de otros países. Hay en esta inclinación que se observa en Madrid, en el alcázar como en la zahurda, algo de bueno: no es todo malo. Por lo pronto significa una protesta contra esa continua mentira que el refinamiento y la complicación de las fórmulas sociales trae siempre consigo. Es muy loable la corrección en los modales y la medida en las palabras; pero exageradas producen la frialdad tediosa que nuestros diplomáticos observan en los salones extranjeros. Las damas y los caballeros, abrumados bajo el peso de tanto miramiento, se convierten en seres artificiales, en maniquíes cuyos actos y dichos están de antemano trazados en un programa. Excluir la libertad y la familiaridad de las relaciones sociales es atentar á la misma naturaleza humana. Prohibir la franqueza en el trato es destruir el encanto que debe tener toda reunión de hombres civilizados. Además, en la inclinación mencionada,

existe un sentimiento igualitario que no podrá menos de ser simpático á los amantes de la naturaleza y la verdad. Una dama no es un manojo de trapos brillantes, de preocupaciones y de frases hechas, es ante todo una mujer, donde la educación puede y debe templar las impetuosidades del genio y los alardes de la vanidad, pero no destruir su carácter nativo, transformándola, mientras se halla en sociedad, en un ser frío, seco, sin gracia y sin iniciativa. Y no es que en Madrid se desconozcan la exquisita finura y la corrección propias de los sitios donde se reunen las clases elevadas; las señoras españolas las practican casi siempre escrupulosamente: mas, por dicha, á esta práctica va unida la viveza, la gracia, la espontaneidad del genio español, haciendo de ellas, según atestiguan observadores imparciales, las damas más cumplidas, más graciosas y más agradables de la sociedad europea, si se exceptúan las francesas.

Clementina exageraba un poco su afición á las palabras y á los gestos flamencos. El gusto le había venido no se sabe cómo, por contagio tal vez de la atmósfera, pues que las señoras de su categoría no suelen alternar mucho tiempo con las chulas. Había tenido una doncellita nacida y criada en Maravillas: ésta fué en sus ratos de expansión quien le proporcionó mayor cantidad de vocablos y modismos. Luego su amistad con el torero que hemos mencionado; las relaciones que mantuvo después con algunos señoritos cultivadores del género; los teatros por horas, donde se copian, no sin gracia, las costumbres de la plebe madrileña; la amistad con Pepa Frías y

otras aristocráticas *manolas* fueron iniciándola poco á poco y la introdujeron al cabo en pleno flamenquismo. Fué entusiasta admiradora de los toros. Por milagro dejaba de asistir á una corrida desde su palco, ataviada con la consabida mantilla blanca y los consabidos claveles rojos. Y discutía las suertes, y fulminaba censuras, y tributaba aplausos, y era tenida entre los aficionados por acérrima y fervorosa *lagartijista*. El espectáculo nacional, animado y sangriento, estaba muy conforme con su naturaleza violenta, indómita. Cuando veía á otras señoras taparse los ojos ó hacer otros melindres ante las peripecias de la corrida, reía sardónicamente, como si dudase de la sinceridad de su espanto.

Entre los varios adoradores y solicitantes que su mano tuvo, y que entraban y caían de su gracia alternativa y rápidamente, llegó uno que logró fijar algo más su atención. Llamábase Tomás Osorio. Era un joven de ventiocho á treinta años de edad, rico, exiguo y delicado de figura, de rostro agraciado y genio vivo y resuelto. Supo hacerse valer más que los otros, ó por cálculo ó por verdadera independencia de carácter. Al entrar en amores con ella no se entregó por completo, ni abdicó su voluntad; en cuantas reyertas de alguna importancia tuvieron durante sus largas relaciones, pues no duraron menos de dos años, mantuvo con energía su dignidad. Era de temperamento bilioso, soberbio, despreciativo como ella, confiado en su dinero, y poseía un donaire maligno que le daba prestigio entre las damas. Gracias á estas cualidades, Clementina no se cansó de él tan pronto como de los otros. Al cabo

de dos años, sin embargo, cuando faltaban sólo algunos días para realizarse el matrimonio, rompieron de un modo sonado y hasta escandaloso. Todo Madrid se enteró. Los comentarios fueron infinitos. De ellos resultaba que quien había tomado la iniciativa para cortar las relaciones había sido el novio. Tales dichos, exactos ó no, llegaron á oídos de Clementina é hirieron su orgullo tan vivamente que le faltó poco para enfermar de ira.

Pasó un año. Tuvo algún noviazgo de poca importancia. Osorio también galanteó á otras jóvenes. En ambos se conservaba vivo, no obstante, el recuerdo de sus amores. A ella la agitaba un deseo punzante de venganza: mientras aquel hombre anduviese en sociedad tan contento como aparentaba, se sentía humillada. En él, á pesar de su disfraz de indiferencia, ardía el fuego del amor ó por lo menos del deseo. Clementina había fascinado sus sentidos, había penetrado en su carne y por más esfuerzos que hacía no podía arrancarla de sí; á todas horas soñaba con ella, la veía ante sus ojos cada vez más incitante y apetecible. Cuanto más tiempo pasaba más crecía el fuego que le consumía y más esfuerzo y dolor le costaba adoptar un continente altivo é indiferente al encontrarse con ella en cualquier sarao. Clementina, con la sagacidad bastante común en las mujeres, llegó al cabo á adivinar que su antiguo novio seguía adorándola en secreto y sintió un regocijo maligno. Desde entonces no se vistió, no se adornó más que para él; para aturdirle, para fascinarle, para hacerle beber la amarga copa de los celos.

De esta época data la fama ruidosa que adquirió como mujer elegante. Clementina en este punto era una gran artista. Sabía vestirse de tal modo que las telas, ni por sus vivos colores, ni por su riqueza, atrajesen demasiado la vista en perjuicio de la figura. Comprendiendo que el traje en la mujer no debe ser un uniforme sino un adorno, un medio de hacer resaltar las perfecciones de que la naturaleza la hubiese dotado, no obedecía ciegamente á la moda: en cuanto ésta atentase poco ó mucho á la exposición de su belleza, la esquivaba con valor ó la modificaba. Rehuía los colores chillones, la profusión de lazos, los peinados complicados. Consideraba á su cuerpo como una estatua y la vestía como tal. De aquí una cierta tendencia, que constantemente se manifestaba en sus trajes, hacia el ropaje, esto es, hacia la amplitud de los pliegues, hacia la vestidura larga. Su figura gallarda, majestuosa, ganaba mucho de esta manera, que aunque algo pronunció después de casada, nunca llegó á exagerar, retenida por su buen gusto. Solía vestirse de blanco: con esto y con peinar sus cabellos del modo sencillísimo que los tiene la Venus de Milo, semejaba al aparecer en los salones una hermosa estatua que llegaba de la Grecia. Una cosa hacía muy digna de censura en el terreno moral, aunque no lo sea en el del arte; descotarse con exageración. Una de las sumas bellezas que poseía era el pecho: parecía amasado por las Gracias para trastornar á los Dioses. No había en Madrid una garganta mejor modelada, ni un seno mejor puesto, más delicado, más atractivo. El deseo vanidoso de mostrarlo, no conte-

nido por la vigilancia saludable de una madre, le hizo incurrir en más de una ocasión en las censuras de la sociedad. Porque la infeliz D.ª Carmen, á más de no hallarse muy al tanto de los usos sociales, era tan débil con los caprichos y fantasías de su hijastra, que los tomaba sin inconveniente por actos razonables, por expresión de su gusto indiscutible y su elegancia. Algún disgusto le proporcionó tal vanidad. En cierta ocasión, al presentarse en noche de baile en casa de Alcudia, la marquesa le dijo al saludarla:

—Muy linda, muy linda, Clementina. Está V. admirablemente vestida... Pero me parece que la han descotado mucho... Venga V. conmigo, ya arreglaremos eso.

Y la llevó á su tocador y con maternal solicitud le puso en el pecho unos céfiros que ocultaron lo que en realidad no debía mostrarse. La joven procuró disimular su vergüenza achacando la falta á la modista; pero se sintió tan humillada por aquella lección y por la sonrisa com-

pasiva que la acompañó, que nunca más pudo ver desde entonces á la devota marquesa.

Con este soplar incesante y adecuado, la llama de Osorio tomaba cada vez más incremento y ya no era poderoso por más tiempo á guardarla en el pecho. Al cabo se confió á su hermana, que era amiga bastante íntima de la joven: rogóla que tantease el terreno á ver si podía avanzar de nuevo el pie sin peligro de precipitarse. Mariana dió el recado. Clementina escuchólo con mal refrenada alegría y le metió los dedos en la boca hasta que la pánfila señora de Calderón desembuchó lo que tenía dentro y pudo convencerse de que Tomás ardía en amores por ella. Cuando se cercioró bien, respondió con palabras ambiguas y riendo. «Lo pensaría, lo pensaría... Estaba muy agraviada por lo que se había dicho de la ruptura de sus relaciones;... pero en fin, no le quitaba por completo las esperanzas».

Se puso á meditar con atención sobre el medio de satisfacer las exigencias de su amor propio herido y al cabo de algunos días formuló á Mariana la siguiente proposición: «Para que consintiese en dar su mano á Tomás, era indispensable que éste la pidiese de rodillas á sus padres delante de los testigos que ella elegiría á su gusto». A ninguna española de pura raza se le hubiera ocurrido semejante extravagancia. Precisa llevar en las venas sangre británica para concebir un refinamiento tan monstruoso de la soberbia. Cuando Osorio tuvo conocimiento de la resolución de su ex novia se enfureció atrozmente y declaró con arrogancia que antes que pasar por tal humillación le harían cachos. No se volvió,

pues, á hablar del asunto. Siguieron las cosas como antes. Mas como á pesar de sus rabiosos esfuerzos el gusano del apetito le roía cada vez con más crueldad las entrañas, el pobre, al cabo de dos meses, cayó en un gran abatimiento; sintióse desfallecer de amor y de deseo; no tuvo fuerzas para alejarse de Madrid; volvió á rogar á su hermana que otra vez entablase las negociaciones. Clementina, que estaba bien penetrada ya de que le tenía en su poder, se mostró inflexible: ó pasar por aquéllas singulares horcas caudinas, ó nada.

Y Osorio pasó. ¿Qué había de hacer? Efectuóse la extraña ceremonia una tarde en casa de la novia. Al llegar á ella Osorio se encontró con unas veinte personas del sexo femenino, que Clementina había elegido entre las conocidas más envidiosas, las que más habían murmurado con motivo de su ruptura. Adoptó la mejor actitud para semejante caso; grave, solemne, suelto de lengua y ademanes, dejando traslucir un poco de ironía, como si estuviese representando una comedia por satisfacer la fantasía de una enferma. Dijo algunas palabras previamente acerca de la historia de sus relaciones; reconocióse culpable; elogió desmesuradamente á Clementina, con tan poca medida, que en ocasiones parecía estar burlando; se confesó indigno de aspirar á su mano. Por fin manifestó que siendo ella tan digna de ser adorada y tan grande la ventura de poseer su mano, no creía hacer nada de más pidiéndola de rodillas á sus padres. Al propio tiempo dobló una. D.ª Carmen vino á levantarle riendo y le abrazó con efusión. Clementina también le dió un apretón de

manos, más alegre al ver lo bien y dignamente que salía del paso, que satisfecha en su orgullo. La verdad es que en aquella ocasión sintió hacia él lo que nunca más volvió á sentir, una migaja de amor. Si hubo humillación en semejante escena resultó para ella, por la frescura y el aplomo desdeñoso con que su novio la llevó á término. Pero no importa: la mujer goza más viva y más íntimamente observando la superioridad del hombre que humillándole. Clementina fué feliz aquella tarde.

Pero si Osorio salió bien del paso, no le perdonó jamás la intención de humillarle, porque era tan orgulloso como ella. La pasión frenética que le había inspirado sofocó por algún tiempo todo otro sentimiento. Su luna de miel fué tan pegajosa como breve. El choque entre aquellos dos caracteres, de igual obstinación y fiereza, era ineludible. Vino pronto y vino con una serie de pequeños desabrimientos que hicieron desaparecer en un instante del corazón de la joven los fugaces destellos de amor que su marido le había inspirado. En él duró más tiempo la pasión. El conocimiento que cada cual tenía del otro los hizo prudentes, rehuyendo un choque formidable que había de ser funesto. Pero vino al fin. Se dijo entre los murmuradores que Osorio, cansado de la indiferencia y los desdenes de su esposa, en una hora fatal de ira y desesperación la había ultrajado con su misma doncella y en el mismo tálamo nupcial. Después de esta escena, que no sabemos si se realizó con los pormenores horrendos que algunos daban, puede decirse que quedó roto el matrimonio para siempre. Osorio, sin derecho ya para intervenir

en la conducta de su mujer, se vió obligado á ser mero espectador de ella. Entregóse Clementina sin reserva, sin disimulo, puede decirse también que sin pudor, á todos los galanteos que se le ofrecieron. El, por su parte, para contrarrestar el ridículo, que á causa de ellos pudiera caberle, dióse con más descaro aún á la disipación: extrajo mujeres de las últimas clases sociales y las convirtió en señoras, rodeándolas de un lujo deslumbrador. La Felipa, la Socorro y la Nati, cortesanas famosas en la capital, que fueron queridas de muchos personajes, ministros, banqueros y grandes de España, lo habían sido primeramente de él. El fué quien, por medio de sus celestinas, las había sacado de la calle de la Paloma, del barrio de Triana en Sevilla ó del Perchel de Málaga y había gozado de sus primicias.

Dentro de casa, marido y mujer se hablaban muy poco, lo indispensable solamente. Para evitar la molestia que les produciría sentarse solos á la mesa tenían siempre algún convidado. Fuera se trataban con expansiva y natural confianza: alguna vez Osorio iba á buscar á su esposa á última hora á la reunión ó teatro donde se hallase. Pero esto era valor entendido en el mundo: todos sabían á qué atenerse respecto á sus relaciones. Ordinariamente, Clementina salía del brazo de su amante: charlaban largo rato en el *foyer* á presencia de todos, esperando el coche; entraba al fin en éste; antes de partir todavía cambiaban en tono confidencial buena copia de frases entreveradas de alegres carcajadas. La moral, la moral elegante quedaba á salvo con que el amante no entrase en el mismo coche, aunque

fuesen pocos minutos después á juntarse en el dulce retiro de un gabinete particular.

Cuando Clementina llegó á su casa eran las seis y media. Silbó el cochero; salió de su pabelloncito el portero á abrir la puerta de la verja y luego la del coche. Él mismo se encargó de pagar al cochero. La dama, sin decir una palabra, entró en el jardín, que era exiguo, pero lindo y bien cuidado. Subió la escalera de mármol, debajo de una gran marquesina que ocupaba más de la mitad de la fachada del *hôtel*. No era éste muy grande, pero sí fabricado con lujo y arte, de piedra blanca de Novelda y ladrillo fino. Osorio lo había hecho construir hacía solamente cuatro ó cinco años. Como los planos fueron largamente meditados y discutidos, ofrecía una adecuada distribución, que lo hacía más cómodo tal vez que el de su suegro, con ser éste tres ó cuatro veces mayor.

Halló á un criado en el recibimiento.

— Estefanía ¿dónde anda?

— Hace ya un buen rato que ha llegado, señora.

Atravesó un magnífico vestíbulo iluminado por dos grandes lámparas con bombas esmeriladas sostenidas por sendas estatuas de bronce, siguió por el corredor y tomó la escalera que conducía al principal sin tropezarse con nadie. Cerca ya del salón que daba ingreso á su *boudoir* halló á Fernando, un criadito de catorce años vestido con una librea muy cuca y adecuada á sus años.

— ¿Estefanía?

— Debe de estar en la cocina.

— Que suba inmediatamente.

Entró en el *boudoir,* y yendo al espejo de cuerpo entero sostenido por dos pies derechos de madera dorada, se despojó del sombrero. Era el gabinete una pieza reducida, vestida toda ella de raso azul con cenefas de cartón-piedra imitando una guirnalda de flores. Sobre la chimenea, vestida también de raso, había dos magníficos candelabros y un reloj, obra de nuestros plateros del siglo pasado. Los enseres de la chimenea eran igualmente de plata. La alfombra blanca con cenefa azul: en medio un confidente forrado de tisú de oro; butacas, sillas doradas; en el suelo dos grandes almohadones de pluma; en un rincón el espejo; en otro un escritorio de madera taraceada estilo Pompadour; en los otros dos unas columnas forradas de terciopelo azul sosteniendo dos quinqués que esclarecían ahora la estancia. Comunicaba esta pieza por un lado con el tocador de la señora y éste con su dormitorio; por el otro con un saloncito donde solía recibir á sus amigos los martes por la tarde ó jugar al tresillo de noche con los íntimos. En el *boudoir* sólo entraban algunas pocas amigas de confianza que iban á visitarla en horas no señaladas. Aquí era donde celebraba esos largos coloquios secretos, tan sabrosos para las mujeres, donde su pensamiento se vacía por entero, pasando de lo más escondido y profundo á las frivolidades del día, los pormenores del traje y de la moda.

Pocos segundos después de quitarse el sombrero apareció Estefanía. Era una jovencita pálida con hermosos ojos negros: vestía, dentro de su condición, con elegancia y primor; por encima del

traje traía un mandil color gris orlado de puntilla blanca.

—¡Ya podías aguardarme, chiquilla! ¿Dónde estabas metida?—dijo con tono de mal humor y distraído á la vez la señora.

—Estaba en la cocina... Había ido á darle unas puntadas á la falda de Teresa, que se le ha roto con un clavo,—repuso con afectada humildad la doncella.

Clementina guardó silencio, absorta sin duda en sus pensamientos. Colocada frente al espejo se dejó despojar del abrigo, contemplándose al propio tiempo con esa curiosidad eterna que las mujeres hermosas sienten por sí mismas.

—¿Has estado en casa de Escobar?—preguntó al cabo distraídamente.

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho?

—Que no tiene ahora una seda tan doble en ese color, pero que si la señora quiere enviará por ella.

—¡Tururú! Para ese viaje no necesitamos alforjas... ¿Y en *La Perfección?*

—Sí, señora. Que el sábado enviarán los gorros.

—¿Has preguntado cómo seguía el padre Miguel?

—No he tenido tiempo... ¡Está tan lejos!...

—¿Cómo lejos? ¿Pues no has ido en coche?

—No, señora... Juanito me ha dicho que la yegua estaba desherrada...

—¿Por qué no te ha puesto uno de los caballos normandos?

—No sé... Siempre encuentra alguna disculpa cuando la señora me manda salir en coche.

—Tal me parece... Descuida, hija: ya arreglaré yo eso. ¡Bueno está el señor Juanito, con sus ínfulas de indispensable!

Al echar una mirada á su doncella reflejada en el espejo, creyó observar algo extraño en sus ojos y se volvió para mejor verlo. En efecto, Estefanía los tenía enrojecidos como de llorar.

—¡Tú has llorado, chica!

—¿Yo?... No, señora, no.

La manera de negarlo era hipócrita: la señora no tuvo necesidad de insistir mucho para que se lo confesase y aun la causa de su llanto.

—El jefe, señora, —comenzó á gimotear, —el jefe... que las ha tomado de poco tiempo á esta parte conmigo... En cuando yo digo cualquier cosa, suelta la carcajada ó dice una porquería... Y los demás, claro, los demás, como me tienen ojeriza porque la señora me quiere, y por adular al jefe, se ríen también... Porque le he dicho hoy que se lo diría á la señora, me ha llenado de insolencias y me ha echado de la cocina.

—¡Echado! ¿Y quién es él para echarte? —exclamó con ímpetu el ama. —Ve á llamarle. Es menester que yo caliente las orejas, lo mismo á ese tío que á Juanito. ¡Si nos descuidamos van á mandar en esta casa los criados más que los amos!

—Señora... yo no me atrevo. ¿Quiere que le mande recado por Fernando?

—Haz lo que quieras, pero llámale.

Se había irritado vivamente al escuchar los sollozos de su doncella. Estefanía era su predilecta, á quien distinguía entre todos los criados y con-

fiaba gran parte de sus secretos. Como todos los déspotas presentes y pasados, estaba dominada sin darse cuenta de ello. El carácter zalamero y adulador de la doncellita había ganado su corazón de tal manera, que con él, sin saberlo ella misma, le había entregado la voluntad. Estefanía era de hecho quien

mandaba en la casa, pues que mandaba en la señora. El criado que no entraba en su gracia, podía prepararse á salir en un plazo más ó menos corto. Y sucedía lo que puede darse como regla segura en tales casos, que la preferida y amada de la señora era profundamente antipática á la servidumbre: no acaece esto solamente por esa pasión vergonzosa

que en mayor ó menor grado reside en todos los seres humanos, la envidia, sino también porque es condición precisa del hipócrita y adulador con el grande, ser al propio tiempo altanero y malévolo con el pequeño.

Llamado por Fernando, á quien Estefanía dió el encargo, no tardó en presentarse en la puerta del gabinete el cocinero, con los atavíos del oficio, esto es, con mandil y gorra blanca; todo blanquísimo. Era un mocetón de treinta años, de rostro fresco y no desagraciado, con largas patillas negras. En el ceño que contraía su frente, en la preocupación que se observaba en sus ojos, comprendíase que ya sabía á qué venía llamado. Clementina se había sentado en el confidente. Estefanía se había retirado á un rincón y puso los ojos en el suelo al entrar el jefe.

—Vamos á ver, Cayetano; acabo de saber que después de tratar con muy poca consideración á esta chica, la ha echado V. de la cocina. Le llamo para decirle que ni yo consiento que ningún criado trate mal á otro, ni V. está facultado para echar á nadie dentro de mi casa.

—Señora... yo no la he tratadu mal... Es ella, la que nus trata mal á todus... pincha aquí, pincha allá, sin dejarnus en paz, —tartamudeó el cocinero con marcado acento gallego.

—Bueno, pues si pincha aquí y pincha allí, ningunu de Vds. está facultadu para desvergonzarse con ella... Se me dice á mí y concluído, —replicó vivamente la señora imitando el acento del jefe.

—Es que...

—Es que, nada: ya sabe V. lo que le he dicho. Hemos concluído, —manifestó el ama con gesto imperioso.

El cocinero, con la cara encendida y todo el cuerpo tembloroso, permaneció unos segundos inmóvil. Después, antes de retirarse, dirigió una larga mirada iracunda á la doncellita, que seguía con los ojos en el suelo con expresión hipócrita donde se traslucía el triunfo del amor propio.

—¡Chismosa! —le vomitó al rostro más que le dijo.

La señora se alzó de su asiento, y rebosando de cólera por tal falta de respeto, le dijo:

—¿Y cómo se atreve V. á insultarla en mi presencia? Márchese V. pronto... ¡Quítese de mi vista!

—Señora, lo que le digu es que ella tiene la culpa...

—Pues si tiene la culpa, mejor... Váyase V.

—Todus nus iremus de la casa, señora; porque á esa mentecata no hay quién la sufra.

—Usted, por lo pronto, como si ya se hubiese ido. Puede V. buscar otro sitio donde servir, que yo no tolero que ningún criado se me quiera imponer.

El cocinero quedóse otra vez inmóvil y estupefacto ante aquella brusca despedida; pero reponiéndose en seguida giró sobre los talones, diciendo con dignidad:

—Está bien, señora; lo buscaré.

Clementina siguió murmurando después de haberse ido:

—¡Pero qué atrevido es este gallegazo! ¿Habrá

mastuerzo? No creo que á nadie más que á mí le toquen semejantes criados...

Apaciguándose de pronto por virtud de otra idea que le acudió, dijo:

—Anda, ven á vestirme, que ya es tarde.

Entró en su tocador seguida de Estefanía, que, contra lo que debía presumirse, tenía el semblante grave y nublado. Comenzó á despojarse rápidamente de su traje de calle para ponerse el de media ceremonia, con que comía y recibía á sus íntimos por la noche, más claro siempre, con pequeño descote y los brazos cubiertos. La doncella, á una indicación suya, sacó un traje color fresa exprimida del gran armario de espejo que ocupaba enteramente uno de los lienzos de la pared. Antes de ponérselo le arregló el pelo y le quitó las botinas bronceadas, sustituyéndolas con el zapato adecuado. No había abierto su boca la pálida doncellita hasta entonces, reflejando en el rostro cada vez más tristeza y preocupación. Al fin, hallándose arrodillada á los pies de su ama, levantó los ojos para decirla tímidamente:

—Señora, voy á rogarle una cosa... que no despida á Cayetano.

Clementina la miró con sorpresa:

—¿Esas tenemos?... Conque después que has sido tú la que...

—Es que, señora, —articuló Estefanía poniéndose todo lo colorada que permitía su tez, —si ahora le despide me van los demás á tomar ojeriza.

—¿Y á ti que te importa?

La doncella insistió con muchas veras y cada vez

con palabras más suplicantes y persuasivas. La señora negó poco tiempo. Como el asunto era de poca monta y observaba no sin sorpresa el interés y aun ansiedad que su predilecta tenía en que el cocinero quedase, no tardó en concederlo, ordenándole que ella arreglase el asunto. Con esto el semblante de la chica se animó al instante, se puso como unas pascuas y comenzó á maniobrar en torno de su ama con extraordinaria presteza.

Dos golpecitos dados en la puerta las sorprendió á ambas.

—¿Quién es?—preguntó la señora.

—¿Te estás vistiendo, Clementina?—se oyó de fuera.

Era la voz de su marido. La sorpresa de la dama no disminuyó por esto. Osorio subía rarísima vez á su cuarto estando ella sola.

—Sí; me estoy vistiendo. ¿Hay gente abajo?

—Los de siempre: Lola, Pascuala y Bonifacio... Es que tengo que hablar contigo. Te espero aquí en el salón.

—Bien; allá voy.

Desde entonces hasta que terminó de arreglarse, Clementina guardó silencio obstinado, expresando en el rostro una preocupación sombría que no pasó inadvertida para su doncella. En sus dedos, al dar los últimos toques á los pliegues de la falda, había un ligero temblor, como el de las niñas que por primera vez se visten para ir á un baile.

Osorio la esperaba, en efecto, en el saloncito de arriba contiguo á su *boudoir*. Estaba sentado negligentemente en una butaca; pero al ver á su esposa se

levantó dejando caer previamente en la escupidera la punta del cigarro que fumaba. Clementina observó que estaba algo más pálido que de costumbre. Era el mismo hombrecillo de facciones correctas y mal color que cuando se casó; pero en los últimos doce años se había gastado bastante su naturaleza; muchas arrugas en la cara, el cabello gris y la barba también; los ojos menos vivos.

Fué á cerrar la puerta que su mujer dejó abierta, y acercándose á ésta le dijo con afectada naturalidad:

—El cajero me ha entregado hoy un recibito tuyo de quince mil pesetas... Aquí está.

Sacó la cartera y de ella un papelito satinado y oloroso que presentó á su esposa. Esta lo miró un instante con semblante grave, sombrío, sin pestañear, y guardó silencio.

—Hace quince días me entregó otro de nueve mil... Aquí está.

La misma operación, y el mismo silencio.

— El mes pasado me presentó tres; uno de siete mil, otro de once mil y otro de cuatro mil... Aquí los tengo también.

Osorio agitó el puñado de papeles un instante delante de los ojos de la dama: viendo que ésta no despegaba los labios, preguntó:

— ¿Estás conforme?

— ¿Con qué? — dijo secamente.

— Con que son exactas estas partidas.

— Lo serán si están firmados los recibos por mí. Tengo poca memoria, sobre todo en cuestiones de dinero.

— Es una gran felicidad, — repuso sonriendo irónicamente Osorio, mientras volvía á guardar en la cartera los papeles. — Yo también he intentado muchas veces prescindir de ella. Desgraciadamente, el cajero se encarga siempre de refrescársela á uno... ¡Bueno! — añadió, viendo que su mujer no replicaba. — Pues no he subido á otra cosa más que á hacerte una pregunta, y es la siguiente: ¿Crees que las cosas pueden seguir de este modo?

— No entiendo.

— Me explicaré. ¿Crees que puedes seguir tomando de la caja cada pocos días cantidades tan crecidas como éstas?

Clementina, que estaba pálida cuando entró, se había puesto fuertemente encarnada.

— Mejor lo sabrás tú.

— ¿Por qué mejor?... Tú debes de saber adónde llega tu fortuna.

— Bien, pues no lo sé, — replicó refrenando con trabajo su despecho.

—Nada más claro. Los seiscientos mil duros que tu padre me ha entregado al casarme, como están en fincas producen, según puedes enterarte de los libros, unos veintidós mil duros. El gasto de la casa, sin contar con el mío particular, suma bien tres veces esa cantidad... Saca ahora, si quieres, la consecuencia.

—Si te pesa que se gaste de tu dinero, puedes vender las casas, —dijo Clementina con desdeñosa sequedad, volviendo á ponerse pálida.

—Es que si se vendiesen, mañana sería yo responsable con mi dinero de su importe. ¿No sabes eso?

—Firmaré cualquier papel diciendo que no se te haga cargo de nada.

—No basta, querida, no basta; la ley no me exime nunca de responder de la dote mientras tenga dinero... Además, si tú te lo gastases *alegremente* (recalcó esta palabra), el negocio sería para ti muy bueno, pero para mí deplorable, porque siempre me quedaba en la obligación de... subvenir á tus necesidades.

—¿De mantenerme, verdad?—dijo ella con ironía amarga.

—Quería evitar esa palabra... pero en efecto es la más exacta.

Hablaba Osorio en un tonillo impertinente y protector que estaba desgarrando por varios sitios la soberbia de su esposa. Desde las feroces reyertas que habían producido su separación debajo del mismo techo, no habían tenido una entrevista de tal especie como la presente. Cuando por la convivencia se originaba algún rozamiento, resolvíanlo

por una breve y seca explicación de pasada, en que ambos, sin deponer el orgullo, usaban de prudencia por temor del escándalo. Pero ahora el asunto tocaba en lo más vivo á Osorio. Para un banquero, por espléndido que sea, lo más vivo es el dinero. Además su amor propio, aunque otra cosa aparentase, había sufrido mucho en los últimos años. No basta fingir indiferencia y desdén ante los extravíos de una esposa; no basta pagarle en igual moneda paseándole por delante de los ojos las queridas, hacer gala de ellas ante el público. Las armas serán iguales, pero las heridas que la mujer causa son más profundas y más graves que las del hombre. El malestar que la conducta libre de su esposa le causaba no disminuía con el tiempo: el abismo que los separaba era cada vez más profundo. Por eso, la airada venganza cogía esta ocasión por los pelos.

Clementina le miró un instante; luego, encogiéndose de hombros y haciendo con los labios una leve mueca de desdén, dió la vuelta y se dispuso á salir de la estancia. Osorio avanzó unos pasos colocándose entre ella y la puerta.

— Antes de irte quiero que sepas que el cajero tiene orden de no pagar ningún recibo que no vaya visado por mí.

— Enterada.

— Para tus gastos tendrás una cantidad fija que ya determinaremos cuál ha de ser. No quiero más sorpresas en la caja.

Clementina, que iba á salir por la puerta de la antesala, retrocedió para hacerlo por la de su *boudoir*. Antes de desaparecer, teniendo el portier levantado

con una mano y encarándose con su marido, le dijo con reconcentrada ira:

—Al fin resultas un puerco como tu cuñado; sólo que éste no se las echa como tú de generoso.

Dejó caer el portier y dió un gran portazo.

Osorio hizo un movimiento para arrojarse detrás de ella, pero reponiéndose instantáneamente gritó más que dijo para que lo oyese bien:

—¡Es claro! soy un puerco porque no quiero mantener señoritos hambrientos. ¡Que los mantengan las viejas que los utilizan!

Después de dicha esta ferocidad quedó satisfecho al parecer, porque en sus labios se dibujó una sonrisa de triunfo y sarcasmo.

Cinco minutos después ambos esposos estaban en el comedor riendo y bromeando con los tres ó cuatro convidados que tenían.

IV

CÓMO ALENTABA Á LA VIRTUD EL SEÑOR DUQUE DE REQUENA

A ver, á ver; explica eso.

—Señor duque, el negocio es clarísimo. Hoy he hablado con Regnault. La mina puede producir, cambiando los hornos, construyendo algunas vías y estableciendo maquinaria á propósito, una mitad más de lo que actualmente rinde. Puede llegar á producir sesenta mil frascos de azogue. El dinero necesario para conseguir esto no pasa de ciento á ciento cincuenta mil duros.

—Me parece mucho.

—¿Mucho, para un resultado como ese?

—No; me parecen muchos frascos.

—Pues á mí no me cabe duda de que es verdad lo que dice Regnault. Es un ingeniero inteligente y práctico. Seis años ha estado explotando las de California. Además, el ingeniero inglés que ha ido con él dice lo mismo.

Los que así hablaban eran el duque de Requena y su secretario, primer dependiente ó como quiera llamarse, pues en la casa no había apelativo designado para él. Llamábasele simplemente Llera. Era un mozo asturiano, alto, huesudo, de rostro pálido y anguloso, brazos y piernas larguísimos, grandes manos y pies, brusco y desgarbado de ademanes y con unos ojos grandes de mirar franco y sincero donde brillaba la voluntad y la inteligencia. Era un trabajador infatigable, asombroso. No se sabía á qué horas comía ni dormía. Cuando llegaba á las ocho de la mañana al escritorio, ya traía hecha la tarea de cualquier hombre en todo el día: á las doce de la noche aun se le podía ver muchas veces con la pluma en la mano en su despacho. Con ese don especial para conocer á los hombres, que poseen todos los que han de lograr éxito feliz en el mundo, Salabert penetró, al poco tiempo de tenerle por ínfimo escribiente, el carácter y la inteligencia de Llera, y sin darle gran consideración en apariencia, porque esto no entraba jamás en su proceder, se la dió de hecho acumulando sobre él los trabajos de más importancia. En poco tiempo llegó á ser el hombre de confianza del célebre especulador, el

alma de la casa. Su laboriosidad humillaba á todos los demás empleados y de ella se servía Salabert para cargarlos de trabajo en horas excepcionales. Llera, á un mismo tiempo, era su secretario, su mayordomo general, el primer oficial de su oficina, el inspector de las obras que tenía en construcción y el agente de casi todos sus negocios. Por llevar á cabo este trabajo inconcebible, superior á las fuerzas de cuatro hombres medianamente laboriosos, le daba seis mil pesetas al año. El dependiente se creía bien retribuído, considerábase feliz pensando que hacía seis años nada más, ganaba cinco mil reales. Todos los días, antes de dar su paseo matinal y emprender sus visitas de negocios, daba el duque una vuelta por el despacho de Llera, se enteraba de los asuntos y conversaba con él un rato largo ó corto según las circunstancias.

El duque tenía las oficinas en los altos de su palacio del paseo de Luchana, soberbio edificio levantado en medio de un jardín que, por lo amplio, merecía el nombre de parque. En el verano, los corpulentos árboles, tupidos de follaje, apenas dejaban ver la blanca crestería de la azotea. En el invierno, las muchas coníferas y arbustos de hoja permanente que allí crecían, le daban todavía un aspecto muy grato. Era el centro de reunión de todos los pájaros del distrito de la Inclusa. Tenía acceso por una gran escalinata de mármol: además del piso bajo donde se hallaban los salones de recibir y el comedor poseía otros dos: parte del último era lo que ocupaban las oficinas, que no eran muy considerables. A Salabert le bastaba para la direc-

ción de sus negocios con una docena de empleados expertos. El lujo desplegado en la casa era sorprendente: el mobiliario valía no pocos millones. Chocaba con la avaricia, que todo el mundo atribuía á su dueño. Esta y otras contradicciones parecidas se irán resolviendo según vayamos penetrando en su carácter, uno de los más curiosos y más dignos de fijar la atención del lector. Las cocinas estaban en los sótanos, que eran espaciosos y bien dispuestos: el comedor, que ocupaba la parte trasera del piso bajo, tenía por complemento un invernadero de excepcionales dimensiones, donde crecían gran número de arbustos y flores exóticas y donde el agua que manaba profusamente formaba estanquecillos y cascadas muy gratos de ver; todo imitando, en lo posible, á la naturaleza. Las cuadras estaban en edificio aparte al extremo del jardín, lo mismo que la habitación de algunos criados, no todos.

El duque, repantigado en el único sillón que había en el despacho de Llera, mientras éste se

mantenía frente á él de pie dando vueltas en la mano á unas grandes tijeras de cortar papel, paseó tres ó cuatro veces de un ángulo á otro de la boca el negro y mojado cigarro, sin contestar á las últimas palabras de su secretario. Al fin gruñó más que dijo:

—¡Hum! El ministro está cada día más terco.

—¡Qué importa! ¿No sabe V. el secreto de hacerle ceder?... Telegrafíe V. á Liverpool y antes de quince días el frasco de azogue baja desde sesenta á cuarenta duros.

El duque de Requena había formado por iniciativa y consejo de Llera, hacía cuatro años, una sociedad ó sindicato de azogues con el objeto de acaparar todo el mercurio que saliese al mercado. Gracias á ello, este producto había subido extraordinariamente. La sociedad se encontraba con un depósito inmenso en Liverpool. El plan de Llera era lanzarlo al mercado en un momento dado, produciendo una baja enorme que asustase al Gobierno. Esto, realizado en la época misma del pago del empréstito de trescientos millones de reales que el Gobierno había hecho hacía diez años á una casa extranjera, le empujaría á pensar en la venta de la mina de Riosa. Si por otra parte se ayudaba á la empresa sacrificando algunos millones, subvencionando periódicos y personajes, podía darse por seguro el éxito. Este plan, formado por Llera y madurado por el duque, venía desenvolviéndose con regularidad y tocaba á su término.

—Allá veremos,—manifestó el opulento banquero quedándose unos instantes pensativo.—Cuando

salga á subasta, — dijo al cabo, — será necesario formar otra sociedad. La de azogues no nos sirve para el caso.

— ¡Claro que se formará!

— El caso es que yo no quiero comprometer en este negocio más de ocho millones de pesetas.

— Eso ya es otra cosa, — manifestó Llera poniéndose muy serio. — Apoderarse de un negocio de esa entidad con tan poco dinero me parece imposible. La gerencia irá á parar á otras manos y entonces queda reducido á un tanto por ciento mayor ó menor... ¡es decir, á nada!

— Verdad, verdad, — masculló Salabert quedándose otra vez profundamente pensativo. Llera también permaneció silencioso y meditabundo:

— Ya le he indicado á V. el único medio que hay para conseguir la dirección...

Este medio consistía en tomar una cantidad bastante crecida de acciones en la mina al ser comprada por la sociedad, seguir comprando todas las que se pudiesen, luego comenzar á venderlas más baratas, hasta llegar á producir el pánico en los accionistas. Comprar y vender perdiendo durante algún tiempo; este era el medio que proponía Llera para conseguir la baja de las acciones y poder adquirir con mucho menos dinero la mitad más una y apoderarse por completo del negocio. Salabert no lo veía tan claro como su secretario. Era la suya una inteligencia perspicaz, minuciosa, penetrante; pero le faltaba grandeza é iniciativa en los negocios, aunque otra cosa pensasen los que le veían acometer empresas de excepcional importancia. El

pensamiento primordial, la que pudiéramos llamar idea madre de un negocio, casi nunca nacía en su cerebro: le venía de afuera: pero en él germinaba y se desarrollaba quizá como en ningún otro de España. Poco á poco lo iba analizando, disecando mejor, penetraba hasta las últimas fibras, lo contemplaba en sus múltiples aspectos, y una vez convencido de que le reportaría ventajas, se lanzaba sobre él con rara y sorprendente audacia, que era lo que acerca de sus dotes de especulador había producido el engaño del público. Estaba bien convencido de que una vez resuelto á acometer la empresa, cualquier vacilación resultaba perjudicial. Esta audacia no procedía, pues, directamente de su temperamento, sino de la reflexión: era una muestra de su astucia incomparable.

Por lo demás, su fondo era tímido, y este defecto, en vez de corregirse con la felicidad casi nunca interrumpida de sus éxitos, se aumentaba cada día. La avaricia es medrosa y suspicaz, y Salabert era cada vez más avaro. Además, con los años, es regla sin excepción que el pesimismo va penetrando en el espíritu del hombre. Acostumbrado á grandes resultados en sus especulaciones, nuestro banquero juzgaba deplorable el negocio en que no percibía pingües ganancias: si por acaso no obtenía ninguna ó había leve pérdida, creía el caso digno de ser lamentado largamente. Así que, sin el concurso de Llera, sin su carácter osado y su imaginación fecunda en invenciones, el duque de Requena haría ya tiempo que no se aventuraría en un negocio de mediana importancia. En cambio,

lo que había perdido de inventiva y audacia habíalo reemplazado por un tacto y habilidad verdaderamente pasmosos, un conocimiento de los hombres que sólo la edad y una atención constante pueden lograr. En tal sentido puede decirse que Llera y él se completaban á maravilla. Esta sagacidad y este conocimiento del corazón humano llegaban en Salabert á pecar de excesivos; esto es, se pasaba de listo en ocasiones. En su trato con los hombres, mirándoles siempre del lado de los intereses materiales, había llegado á formarse tan triste idea de ellos, que resultaba monstruosa y le expuso á serios percances. Quizá lo que veía en los otros no era más que el reflejo de su propia imagen como nos sucede á todos los humanos. Para él no había hombre ni mujer incorruptibles: un poco más caras ó un poco más baratas las conciencias, todas estaban á la venta. En los últimos años el soborno llegó á ser en él una manía. Si tropezaba con personas que no se dejaban comprar, nunca imaginaba que lo hacían de buena fe, sino porque se estimaban en mayor precio del que ofrecía. Era una de las tareas más pesadas de Llera arrancarle de la cabeza los proyectos de soborno cuando recaían en hombres que sin duda habían de rechazarlos con indignación. Si tenía un pleito, lo primero que pensaba era cuánto dinero iban á costarle los magistrados que habían de fallarlo; si estaba interesado en un expediente gubernativo, separaba *in mente* la cantidad que debía destinar al ministro ó al subsecretario ó á los consejeros de Estado. Desgraciadamente, este lápiz negro que tenía siempre en la mano para

tiznar el rostro de la humanidad, se empleaba con resultado positivo en bastantes ocasiones.

El duque de Requena ni tenía sentido moral ni nunca lo había conocido. Su vida de granuja anónimo en Valencia, estaba señalada por una serie de travesuras y mañas chistosas, por una fecundidad tan grande en trazas para sacar al prójimo su dinero, que lo hicieron digno émulo del *Lazarillo de Tormes, El pícaro Guzmán de Alfarache* y otros héroes famosos de la novela española. Por cierto que antes de ir adelante conviene expresar que un grupo de socios del Ateneo había puesto á Salabert el sobrenombre de *El pícaro Guzmán* con que le conocían. Pero este apodo no salió del círculo de amigos. Mejor éxito tuvo una frase del presidente del Consejo de Ministros explicando las iniciales del duque. Decía que á estas iniciales A. S. debía ponérseles signo de admiración para que dijeran: *¡A Ese!*

Contábase con visos de verosimilitud, que en Cuba, adonde había ido á buscar fortuna, compró un tabernucho en los arrabales de la Habana, con todo su mobiliario, incluyendo en él una negra destinada á su servicio. Esta negra, durante los años que tuvo aquel comercio, fué su criada, su ama de gobierno, su dependiente y su concubina; de ella tuvo varios hijos. Cuando hubo ahorrado algunos miles de duros para restituirse á España, liquidó sus cuentas vendiendo la taberna, el mobiliario, la negra... ¡y los hijos!

Luego comenzaron los equipos para la tropa, los negocios de tabacos, la subasta de carreteras, ce-

diéndolas unas veces con primas, otras construyéndolas sin las condiciones exigidas por el contrato, los empréstitos al Gobierno, etc., etc. En todos ellos desplegó nuestro negociante su rara sagacidad, su talento positivo y un «órgano de la adquisividad» tan poderoso, que con razón le hicieron famoso entre los personajes de la banca.

No era antipático su trato. Al revés de casi todos los que aspiran á las riquezas ó al poder, no era fino en los modales ni meloso en las palabras. Era más bien brusco que cortés; pero sabía admirablemente distinguir de personas y lo suavizaba cuando hacía falta. Esta misma tosquedad nativa servíale para disfrazar lo astuto y sutil de su pensamiento. Parecía que aquel exterior burdo, rústico, aquellos modales exageradamente libres y campechanos no podían menos de guardar un corazón franco y leal. Era (por fuera nada más) el tipo acabado del castellano viejo, honradote, sincero é impertinente. Hablaba poco ó mucho según le convenía, se expresaba con dificultad real ó fingida (que esto nunca llegó á averiguarse), tenía de vez en cuando salidas chistosas, aunque siempre tocadas de grosería, y solía decir en la cara algunas cosas desagradables que le hacían temible en los salones. La preponderancia adquirida por sus riquezas había hecho crecer este último defecto: á la mayor parte de las personas, aun á las damas, solía hablarles con una franqueza rayana en el cinismo y la desvergüenza; signos del desprecio que en realidad le inspiraban. No obstante, cuando tropezaba con un personaje político de los que á él le convenía tener propicios,

esta franqueza tomaba otro giro muy distinto y se transformaba en adulación y casi casi en servilismo. Mas esta farsa, aunque admirablemente desempeñada, no engañaba á nadie. El duque de Requena era tenido por un zorro de marca: por milagro creía ya alguno en sus palabras ni se dejaba cautivar por aquel aspecto rudo y bonachón. Los que le hablaban estaban siempre en guardia, aunque fingiendo confianza y alegría. Como sucede á todos los que han conseguido elevarse, los defectos que universalmente se le reconocían, mejor dicho, la mala fama que tenía, no era obstáculo para que se le respetase, para que todos le hablasen con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, aunque nunca hubiesen de necesitar de él. Los hombres muchas veces se humillan por el solo placer de humillarse. Salabert conocía esta innata tendencia que tiene la espina dorsal del hombre á doblarse y abusaba de ella. Muchos que vivían con independencia, no sólo le toleraban impertinencias que les hubieran parecido intolerables en algún amigo de la infancia, sino que apetecían y buscaban su trato.

—Veremos, veremos,—repitió de nuevo cuando Llera le recordó el medio de apoderarse de la gerencia.—Tú eres muy fantástico; tienes la cabeza demasiado caliente; no sirves para los negocios. A ver si nos pasa aquí lo que con las alhóndigas.

Por consejo de Llera, el negociante había construído alhóndigas en algunas capitales de España, las cuales no habían tenido el éxito que esperaban. Como después de todo el negocio no era de gran entidad, las pérdidas tampoco fueron cuantiosas. A

pesar de eso, el duque, que las había llorado como si lo fuesen y no había escaseado á su secretario frases groseras é insultantes, le recordaba á cada instante el asunto. Servíale de arma para despreciar sus planes, aunque después los utilizase lindamente y á ellos debiese un aumento considerable de su hacienda. Teníale de esta suerte sumiso, ignorante de su valer y presto á cualquier trabajo por enojoso que fuera.

Un poco avergonzado por el recuerdo, Llera insistió en afirmar que el negocio de ahora era de éxito infalible si se le conducía por los caminos que él señalaba. Salabert cortó bruscamente la discusión pasando á otros asuntos. Informóse rápidamente de los del día. La pérdida de una fianza que había hecho por un pariente de Valencia, le puso fuera de sí, bufó y pateó como un toro cuando le clavan las banderillas, se llamó animal cien veces y tuvo la desfachatez de decir, en presencia de Llera, que su bondadoso corazón concluiría por arruinarle. La pérdida, en total, representaba unas veintidós mil pesetas. Las fianzas que el duque hacía por sus más íntimos amigos ó parientes eran del tenor siguiente: Las hacía generalmente en papel, exigía al afianzado un seis por ciento del capital depositado, y se encargaba además de cortar y cobrar los cupones. De suerte que el capital, en vez de redituarle lo que á todos los tenedores de valores del Estado, le producía un seis por ciento más. Así eran los negocios que el duque hacía, no tanto por interés como por impulso irresistible de su corazón.

Salió furioso del despacho de su secretario, fuése

á la caja y aprendiendo allí que iban á mandar á cobrar al Banco nueve mil duros de cuenta corriente, él mismo recogió el *cheque* después de firmarlo: debía pasar por allá á celebrar una junta como consejero, y de paso ningún trabajo le costaba hacerlo efectivo. Salió á pie como era su costumbre por las mañanas. En las hermosas coníferas que bordaban los caminos del jardín-parque cantaban alegremente los pájaros. Bien se comprendía que no habían puesto fianza alguna y la habían perdido. El señor duque maldita la gana que tenía de cantar ni aun escuchar sus regocijados trinos. Pasó de largo con el semblante torvo, sin responder á los saludos de los jardineros y del portero, mordiendo con más ensañamiento que nunca su enorme cigarro. En la calle no tardó en colorarse un poco su rostro. Tuvo un encuentro agradable y útil. El presidente del Consejo de Estado, á quien le gustaba también madrugar, le saludó en el paseo de Recoletos. Hablaron algunos momentos y los aprovechó para recomendarle, con la brusquedad calculada que le caracterizaba, un expediente de ciertas marismas en que estaba interesado. Después, á paso lento, mirando con sus ojos saltones, inocentes, á los transeuntes, deteniéndolos particularmente en las frescas domésticas que regresaban á sus casas con la cesta de la compra llena y las mejillas más coloradas por el esfuerzo, se dirigió al Banco de España. Era mucha la gente que se le quitaba el sombrero. De vez en cuando se detenía un instante, daba un apretón de manos, y cambiando con el conocido que tropezaba cuatro palabras en tono familiar y desenfadado, seguía su camino.

Era temprano aún. Antes de llegar al Banco se le ocurrió subir á casa de su amigo y compariente Calderón. Tenía éste su almacén y su escritorio en la calle de San Felipe Neri, tal cual su padre lo había dejado, esto es, pobrísimo de apariencia y hasta lóbrego y sucio. En aquel local, donde la luz se filtraba con trabajo al través de unos cristales polvorientos resguardados por toscos barrotes de hierro, donde el olor de las pieles curtidas llegaba á producir náuseas, el viejo Calderón había ido amontonando con mecánica regularidad duro sobre duro, onza sobre onza, hasta formar algunas pilas de millón. Su hijo Julián nada había cambiado. A pesar de ser uno de los banqueros más ricos de Madrid, no había querido prescindir del almacén de pieles, y eso que este comercio, comparado con el de letras y efectos públicos que la casa llevaba á cabo, poco le representaba. Calderón era un tipo de banquero bastante distinto de Salabert. Tenía un temperamento esencialmente conservador, medroso hasta el exceso para los negocios, prefiriendo siempre la ganancia pequeña á la grande cuando ésta se logra con riesgo. De inteligencia bastante limitada, cauteloso, vacilante, minucioso. Toda empresa nueva le parecía una locura. Cuando veía fracasar á un compañero en alguna, sonreía maliciosamente y se daba á sí mismo el parabién por el gran talento de que estaba dotado: si rendía ganancias, sacudía la cabeza murmurando con implacable pesimismo: «Al freir será el reir». Económico, avaro mejor dicho, hasta un grado escandaloso en su casa: si la tenía puesta con relativo lujo había sido á fuerza de súplicas de su

mujer, de burlas de sus amigos, y sobre todo porque había llegado á convencerse de que necesitaba gozar de cierto prestigio exteriormente si había de competir con los muchos é inteligentes banqueros establecidos en la corte. Los tiempos habían cambiado mucho desde que su padre acaparaba una parte considerable de los giros de la plaza. Pero después de comprados cuidaba con tal esmero de la conservación de los muebles, exigía tal refinamiento de vigilancia á los criados, á su mujer y á sus hijos, que en realidad eran todos esclavos de aquellos costosos artefactos. Pues si vamos al coche, no es posible imaginarse los temores, las agitaciones sin cuento que le costaba. Cada vez que el cochero le decía que un caballo estaba desherrado, era un disgusto. Tenía un tronco de yeguas francesas de bastante precio. Las mimaba tanto ó más que á sus hijos. Sacábalas á paseo por las tardes; pero no le conducían al teatro por miedo á una pulmonía: prefería que su mujer fuese á pie ó en coche de alquiler, á exponerse á la pérdida de una de ellas. No hay que decir, si alguna se ponía enferma, lo que pasaba por nuestro banquero. La preocupación, el abatimiento se pintaban en su semblante. Visitábala á menudo, la acariciaba, y no pocas veces ayudaba al cochero y al veterinario en las curas, aunque consistiesen en ponerle lavativas. Hasta que la enferma sanase no había buen humor en la casa.

Era un marido cominero. Para esto tal vez no le faltaba razón. La apatía de su mujer era tan grande, que si él no se encargase de tomar la cuenta á la cocinera y manejar las llaves de los armarios,

Dios sabe cómo andaría la casa. Mariana no disponía ni ejecutaba nada. Su papel era el de una hija de familia, y lo aceptaba sin pesar. Otra mujer cualquiera se creería humillada necesitando acudir á cada instante á su marido para los menesteres más insignificantes de la vida doméstica: pero ella juzgábalo muy natural, y sobre todo muy cómodo cuando la sórdida economía de Calderón no la apretaba demasiado. La que alguna vez protestaba sordamente contra esta exclusiva centralización de las atribuciones administrativas era su madre, aquella señora delgadísima, de ojos hundidos, de quien hicimos mención en el primer capítulo. Tales protestas no eran, sin embargo, frecuentes ni duraderas. En el fondo había un acuerdo perfecto entre la suegra y el yerno. La vieja, como viuda de comerciante de provincia, á quien había ayudado á labrar su capital, era más amante aún del orden y la economía, mejor dicho, era todavía más tacaña que él. Por esto no había podido vivir jamás con su hijo: su excesivo gasto, y sobre todo el despilfarro, los caprichos escandalosos de Clementina, la irritaban, la amargaban todos los instantes de la existencia. En casa de Calderón, su papel era el de vigilante ó inspector de la servidumbre, el cual desempeñaba á maravilla. Su yerno descansaba confiadamente en ella, y gracias á esto y á que esperaba que mejorase á Mariana en el testamento, la guardaba más consideraciones que á ésta.

Salabert era, en el fondo, tan avaro como Calderón y casi tan tímido, pero mucho más inteligente: su timidez estaba contrapesada por una buena dosis

de fanfarronería, y su avaricia por un conocimiento profundo de los hombres. Sabía muy bien que el aparato, la ostentación de las riquezas, influye notablemente hasta en el ánimo de los más despreocupados y contribuye en sumo grado á inspirar la confianza necesaria para acometer empresas importantes. De aquí el lujo con que vivía, su palacio, sus trenes, los bailes famosos que de vez en cuando daba á la sociedad madrileña. El carácter de Calderón le inspiraba un desprecio profundo: al mismo tiempo le despertaba el buen humor. Al ver la pequeñez de su amigo se crecía, contemplábase más grande de lo que en realidad era y experimentaba viva satisfacción. No se juzgaba solamente más hábil, más astuto (únicas ventajas que positivamente le llevaba), sino generoso y liberal, casi un pródigo.

Penetró resoplando en el tenebroso almacén de la calle de San Felipe Neri, dejando como siempre estupefactos, abatidos, aniquilados á los dependientes, para los cuales el duque de Requena no era sólo el primer hombre de España, sino un ser sobrenatural. Producíales su vista la misma impresión de espanto y entusiasmo, de temor y fervorosa adoración que á los japoneses el gran Mikado. Y si no se prosternaban y hundían su frente en el polvo como aquéllos, por lo menos se ponían colorados hasta las orejas y no acertaban en algunos minutos á colocar la pluma sobre el papel ni prestaban atención á lo que el parroquiano les decía. Mirábanse con señales de pavor y decíanse en voz baja lo que de sobra sabían todos: «¡El duque!» «¡El duque!» «¡El duque!»

El duque pasó, como solía cuando por casualidad iba por allí, sin dignarse arrojarles una mirada, y se fué derecho al pequeño departamento donde Calderón solía estar. Mucho antes de llegar á él comenzó á decir en voz alta:

—¡Caramba, Julián! ¿cuándo saldrás de esta cueva? Esto no es una casa de banca; es una cuadra. No tiene vergüenza el que viene á visitarte. ¡Puf! ¿Pero desolláis aquí también las reses, ó qué? Hay un hedor insufrible.

Calderón ocupaba, al final del almacén, un rincón separado del resto por un biombo de tabla pintada con una puertecita de resorte. Pudo escuchar, pues, todas las palabras de su amigo antes que éste empujase la mampara.

—¡Qué quieres, hombre!—dijo algo amoscado por haberse enterado los dependientes de la filípica; —no todos somos duques ni se nos enredan los millones en los pies.

—¡Qué millones! ¿Se necesitan millones para tener un despacho limpio y confortable? Lo que debes confesar es que te duele gastar una peseta en adecentarte. Te lo he dicho muchas veces, Julián; eres un pobre y toda la vida lo serás. Yo con mil reales seré más rico siempre que tú con mil duros; porque sé gastarlos.

Calderón gruñó algunas protestas y siguió trabajando. El duque, sin quitarse el sombrero, dejóse caer en la única butaca que allí había forrada de badana blanca, ó que debió de ser blanca: ahora presentaba un color indefinible entre amarillo de ámbar, ceniza y verde botella, con fuertes toques

negros en los sitios de apoyar la cabeza y las manos. Había además tres ó cuatro banquetas forradas de lo mismo y en idéntico estado, una estantería de pino llena de legajos, una caja pequeña de valores, una mesa de escribir antiquísima de nogal y forrada de hule negro, y detrás de ella un sillón tosco y grasiento donde se hallaba sentado el jefe de la casa. Aquel pequeño departamento estaba esclarecido por una ventana con rejas: para que los transeuntes no pudiesen registrarlo había visillos que, á más de ser de lo más ordinario y barato en el género, ofrecían la curiosa circunstancia de ser el uno demasiado largo y el otro tan corto que le faltaba cerca de una cuarta para tapar por completo el cristal de abajo.

—Pero hombre, ya que no te mudes de casa deja ese dichoso comercio de pieles, que no es digno de un hombre de tu representación y tu fortuna.

—Fortuna... fortuna,—masculló Calderón sin dejar de mirar al papel en que escribía.—Ya sé que se habla de mi fortuna... ¡Si fuéramos á liquidar, quién sabe lo que resultaría!

Calderón no confesaba jamás su dinero; gozaba en echarse por tierra. Cualquier alusión á su riqueza le molestaba en extremo. Por el contrario, á Salabert le gustaba dar en rostro con sus millones y representar el *nabab,* por supuesto, á la menor costa posible.

—Además,—siguió diciendo con mal humor,—todo el mundo se fija en lo que entra, pero nadie atiende á lo que sale. Los gastos que uno tiene son cada vez mayores. ¿A que no sabes lo que llevo gastado este año, vamos á ver?

—Poca cosa,—respondió el duque con sonrisa despreciativa.

—¿Poca cosa? Pues pasa de setenta y cinco mil duros, y aun estamos en Noviembre.

—¿Qué dices?—manifestó el duque con viva sorpresa.—No puede ser.

—Lo que oyes.

—Vaya, vaya, no me metas los dedos por los ojos, Julián... A no ser que en esos setenta y cinco mil duros estén incluídos los gastos de la casa que estás fabricando en el Horno de la Mata.

—Pues naturalmente.

Al duque le acometió al oir esto tal golpe de risa, que por poco se ahoga; cayósele el cigarro; la faz, ordinariamente amoratada, se puso ahora que daba miedo, y el golpe de tos que le vino, acompañando á la risa, fué tan vivo, que parecía que iba á caer presa de la congestión.

—¡Hombre, tiene gracia! ¡tiene muchísima gracia eso!—dijo al cabo entre los flujos de la risa y de la tos.—No se me había ocurrido hasta ahora... De aquí en adelante incluiré en los gastos de mi casa todas las compras de papel y todas las casas que edifique. Voy á aparecer con más gasto que un rey.

La risa tan franca y ruidosa del duque molestó y corrió extraordinariamente á Calderón.

—No sé á qué viene esa risa... Si sale de la caja, en el capítulo de gastos está... De todas maneras, Antonio, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

El duque, de algún tiempo á esta parte, menu-

deaba las visitas á su amigo y compañero. Empezaba á hacerle la rosca para atraerle al negocio de las minas de Riosa. Se aproximaba el momento en que había de efectuarse la subasta: necesitaba para entonces contar con algunos accionistas de consideración. Don Julián lo era, tanto por el gran capital que representaba, como por su carácter mismo. Gozaba en el mundo de los negocios fama de precavido, de receloso mejor: de suerte, que el hecho de tomar parte en cualquier especulación la acreditaba de segura, y esto era lo que Salabert necesitaba. No quiso molestarle, pues, muy fuertemente y cambió la conversación. Con la gran flexibilidad, con la finura que poseía bajo su corteza ruda, supo ponerle de buen temple loando su previsión en cierto negocio fracasado donde no se dejó coger, desollando á otros negociantes enemigos y reconociéndole tácitamente sobre ellos superioridad de talento y penetración. Cuando lo tuvo bien trasteado hablóle por tercera ó cuarta vez, en términos vagos, del negocio de la mina. Ofrecíalo como un ideal inaccesible para meterle en apetito. ¡Si algún día fuera posible comprar esa mina, qué gran negocio! No había conocido otro más claro en su vida. Lo peor era que el Gobierno no estaba dispuesto á soltarla. Sin embargo, f...., con un poco de habilidad y trabajándolo con constancia, acaso con el tiempo... Para entonces necesitábanse algunos hombres que no tuviesen inconveniente en invertir un buen capital. Si no los hallaba en España, iría al extranjero á buscarlos...

Calderón, al oir hablar de un negocio se encogía

como los caracoles cuando los tocan. El de ahora era tan gordo, por los datos indecisos que el duque le suministraba, que le obligó á meterse de golpe en la cáscara. Así que Salabert comenzó á precisar un poco, púsose torvo y sombrío, mostróse receloso é inquieto, como si entonces mismo le fuesen á exigir una cantidad exorbitante.

Cuando hubo concluído su largo discurso un poco incoherente, que parecía más bien un monólogo, el duque se levantó bruscamente.

—Vaya, Julianito, me voy de aquí al Banco.

Al mismo tiempo sacó otro cigarro de la petaca, y sin ofrecerle, porque no fumaba, lo encendió por fórmula, pues los dejaba apagarse en seguida para seguir mordiéndolos.

D. Julián respiró con satisfacción.

—¡Tú siempre con esa actividad febril!—dijo sonriendo y alargándole la mano.

—¡Siempre detrás del dinero!

Cuando ya iba á trasponer la puerta, Calderón se acordó de que podía utilizar aquella visita.

—Oye, Antonio: tengo ahí un montón de *londres*... ¿Las quieres? Te las doy baratas.

—No me hacen falta ahora. ¿Cómo las cedes?

—A cuarenta y siete.

—¿Son muchas?

—Ocho mil libras entre todas.

—Siento no necesitarlas. Es buena ocasión. Adiós.

Trasladóse al Banco, asistió á la reunión, y después de hacer efectivos los nueve mil duros del *cheque*, salió con su amigo Urreta, otro de los célebres banqueros de Madrid. Al llegar cerca de la

Puerta del Sol se dieron la mano para despedirse.

—¿Adónde va V.?—le preguntó Salabert.

—Voy de aquí á casa de Calderón, á ver si puede facilitarme *londres*.

—Es inútil el paseo,—repuso vivamente el primero.—Todas las que tenía acabo yo de tomárselas.

—Hombre, lo siento. ¿Y á cómo se las ha puesto?

—A cuarenta y seis, diez.

—No son baratas; pero me hacen mucha falta y aun así las tomaría.

—¿Le hacen á V. falta de verdad?—dijo Salabert echándole al mismo tiempo el brazo sobre los hombros.

—De verdad.

—Pues voy á ser su Providencia. ¿Qué cantidad necesita V.?

—Bastante. Diez mil libras lo menos.

—No puedo tanto: pero por ocho mil, puede V. mandar esta tarde.

El rostro de Urreta se iluminó con una sonrisa de agradecimiento.

—¡Hombre, no puedo permitir...! Á V. le harán falta también...

—No tanto como á V.... Pero aunque así fuera... Ya sabe V. que se le quiere mucho: es V. el único guipuzcoano con talento que he tropezado hasta ahora.

Al mismo tiempo, como le llevara abrazado, le daba afectuosas palmaditas en el hombro. Estrecháronse de nuevo la mano, y después que Urreta se deshizo en frases de gratitud, á las cuales contestaba Salabert en ese tono brusco y campechanote

que tanto realza el mérito de cualquier servicio, se despidieron.

El duque tomó inmediatamente un coche de alquiler:

—A la calle de San Felipe Neri, número...

—Está bien, señor duque, —repuso el cochero.

Alzó la cabeza el prócer para mirarle.

—¡Hola! ¿me conoces?

Y sin aguardar la contestación se metió adentro y cerró la portezuela.

—Julián... Julián, —gritó á su amigo antes de abrir la mampara del escritorio.—Vengo á hacerte un favor... ¡Qué suerte tienes, maldito! Mándame esas *londres* á casa.

—¡Hola!—exclamó el banquero con sonrisa triunfal.—¿Las necesitas?

—¡Sí, f...., sí! Siempre me ha de hacer falta á mí lo que á ti te conviene soltar... Adiós...

Y sin entrar en el despacho dejó libre la mampara de resorte que tenía sujeta y se fué. Dió las señas al cochero de un hotel situado en el barrio de Monasterio y se reclinó en un ángulo, mordiendo su cigarro y resoplando con evidente satisfacción. Experimentóla nuestro banquero después de cometer aquella granujada, después de despojar á su amigo Calderón de unas cuantas pesetas, como el justo al concluir un acto de justicia ó de caridad. Su imaginación, siempre alerta para los asuntos donde hubiese dinero, vagó, mientras el carruaje le conducía al Hipódromo, al través de los varios negocios en que estaba comprometido; pero se detuvo muy particularmente en el de la mina de Riosa. La combinación

de Llera le iba pareciendo cada vez mejor. Sin embargo, tenía sus puntos flacos y á reforzarlos se aplicó con el pensamiento, hasta que el coche se detuvo delante de la verja de un hotelito de construcción barata, con muchos adornos de yeso y madera que le hacían semejar á las obras de confitería.

Apresuróse el portero á abrirle con acatamiento. Salvó en tres pasos el diminuto jardín, y al subir las pocas escaleras del piso bajo salió á la puerta una criada joven.

—Hola, Petra: ¿y tu ama?

—Duerme todavía, señor duque.

—Pues ya son las doce, —dijo sacando su cronómetro.—Voy á subir de todos modos.

Y pasando por delante de ella, entró en la antesalita ochavada, despojóse del gabán que la doméstica recibió y se encargó de colgar, y subió al piso principal. El dormitorio donde penetró era un gabinete con alcoba, divididos por columnas y una gran cortina de brocatel. Estaba amueblado con lujo de gusto dudoso: en vez del sello que imprime cualquier persona, si no es enteramente vulgar, al decorado y adorno de sus habitaciones, observábase la mano del mueblista que cumple el encargo que le han dado, según el patrón corriente. Las puertas de madera del balcón estaban abiertas: la luz penetraba por un transparente que representaba un paisaje de color de chocolate todo él. Las paredes estaban acolchadas con damasco amarillo, las sillas eran doradas igual que una mesilla de centro y un armarito para colocar chucherías. Había otro armario de ébano con luna. En uno de los lienzos de pared había dos

oleografías, no del todo malas, que representaban las dos etapas de una escena. Un cazador pone las manos en las dos barandas de un puentecito rústico impidiendo el paso á una hermosa aldeana y exigiéndole el tributo de un beso: debajo decía: *Le péage.* En el otro cuadro, el mismo cazador, satisfecho ya el capricho, sigue su camino fumando con indiferencia, mientras la aldeana vuelve la cabeza para contemplarle con vivo interés: el rótulo decía: *Déjà passé.*

Observábase en aquella estancia, perteneciente á una mujer, el mismo desorden que suelen presentar los cuartos de los estudiantes ó militares. Diversas prendas de vestir, enaguas, corsé, medias, andaban esparcidas por las sillas. Sobre la rica alfombra de terciopelo había algunos escupitajos y puntas de cigarro. En la delicada mesilla del centro una licorera con las botellas casi vacías y las copas fuera de su sitio. El duque echó una mirada

torva á esta licorera y alzó suavemente la cortina de la alcoba. En un primoroso lecho de ébano con incrustaciones de marfil, reposaba una joven de tez blanca, blanquísima, y cabellos negros, negrísimos. Reposaba con un abandono sin delicadeza, en una posición de animal bien cebado. Hasta en el sueño es posible conocer la condición y espiritualidad de la persona.

Salabert tuvo un momento la cortina suspendida: luego la corrió con cuidado, y sentándose en una butaquita que había al lado de la cama, se puso á contemplar con fijeza á la bella dormida. Porque era bella en efecto y en grado excelso. Sus facciones, notablemente correctas y delicadas; perfil griego, frente pequeña y bonita, nariz recta, labios rojos un poco gruesos; la tez, un prodigio de la naturaleza, mezcla de alabastro y nácar, de rosas y leche, debajo de la cual corría la vida abundante y rica. Los cabellos, negros y brillantes, estaban sueltos, manchando con el aceite perfumado la almohada de batista. A pesar de lo frío del tiempo, tenía un brazo y casi medio cuerpo fuera de las sábanas. Verdad que en el gabinete ardía con vivo é intenso fuego la chimenea. El brazo estaba enteramente desnudo y era de lo más hermoso y mejor torneado que pudiera verse en el género. Pero la mano que estaba al cabo de este brazo no correspondía á su belleza. Era una mano donde la holganza presente no había conseguido borrar las huellas del trabajo pasado, mano pequeña, pero deformada, con los dedos macizos y aporretados, mano plebeya elevada de pronto al patriciado.

Aunque el banquero no se movía, la fijeza y avidez de sus ojos posados sobre la joven ejercieron sobre ella la consabida influencia magnética: al cabo de algunos minutos cambió de postura, suspiró con fuerza y abrió los ojos, que eran negros como la tinta: fijáronse un instante con vaga expresión de asombro en el duque, y cerrándolos de nuevo masculló una interjección de carretero, hundiendo al mismo tiempo la cara en la almohada. Luego, como si repentinamente cruzara por su mente la idea de que había hecho una cosa fea, dió la vuelta, abrió de nuevo los ojos y dijo sonriendo:

— ¡Hola! ¿eres tú?

Al mismo tiempo le alargó la mano. El duque se la estrechó, y alzándose de la butaca le dió un sonoro beso en la mejilla, diciendo:

— Si quieres dormir más te dejaré. No he venido más que á darte un beso.

Pero no era uno, sino una buena porción los que le estaba aplicando en ambas mejillas. La joven frunció el entrecejo, disgustada sin duda de aquellas caricias, que por venir de un viejo no debían de serle agradables. Además, ya se ha dicho que los labios del duque, por efecto de la manía de morder el tabaco, solían estar sucios.

— ¡Quita, quita! — dijo al fin rechazándolo. — No me sobes más. Bastante me has sobado ayer tarde. Me he lavado tres veces; eché sobre mí medio frasco de rosa blanca y todavía á las doce de la noche me olía mal.

— Olor de tabaco.

— No: el olor del tabaco me gusta. Olor de viejo.

Esta salida brutal no despertó la indignación del duque como era de presumir. Soltó una carcajada y le dió una palmadita cariñosa en la mejilla.

—Pues no me salen baratos los besos.

Tampoco esta cínica réplica alteró á la bella, que en el mismo tono de mal humor dijo:

—Ya lo creo. Y cuantos más años tengas, más caros te irán saliendo... Dame un cigarro.

El duque sacó la petaca.

—No traigo más que tabacos.

—No quiero eso... Ahí, sobre ese chisme de escribir, debe haber;... tráeme.

El banquero tomó de encima de un pequeño escritorio taraceado algunos cigarritos y se los presentó. La joven preparó uno con la destreza de un consumado fumador y lo encendió con el fósforo que el duque se apresuró á sacar. Éste intentó otra vez aproximar sus labios repugnantes al hermoso rostro de la fumadora, pero fué rechazado con violencia.

—¡Mira, ó te estás quieto, ó te vas!—dijo ella con energía.—Siéntate ahí.

Y le señaló la butaquita próxima al lecho.

El banquero se dejó caer en ella, mirando á la joven con sus grandes ojos saltones, que expresaban temor.

—Eres una gatita cada día más arisca. Abusas de mi cariño; mejor dicho, de mi locura. Déjame siquiera el pie.

La joven, sin decir palabra, con el mismo semblante hosco, sacó el pie por entre las sábanas. Valia más que la mano: era un pie meridional, pe-

queñito y bien formado. El duque se apresuró á cogerlo devorándolo á besos con la glotonería de los hombres voluptuosos.

Poseía, en efecto, uno de los temperamentos más lúbricos que puedan encontrarse. Toda la vida había sido, en achaque de mujeres, ardiente y voraz. En vez de corregirse con los años, esta afición fué creciendo hasta dar en una manía repugnante. Era notoria en Madrid. Sabíase que, para satisfacerla, después que había llegado á la opulencia, tuvo mil extraños caprichos que pagó con enormes caudales. Se le habían conocido queridas de extraños y remotos países, entre ellas una circasiana y una negra. Era en realidad esta pasión la gran compuerta por donde se escapaba como un río su dinero; pero era al mismo tiempo el único que no le dolía gastar. El boato de su casa le causaba dolor, un cosquilleo punzante: lo tenía por cálculo y por fanfarronería, pero le pesaba en el alma aunque aparentase otra cosa; allá, en las intimidades secretas de su casa, cuando no había de trascender al público, escatimaba, regateaba, sustraía de una cuenta cualquier cantidad por insignificante que fuese; no tenía inconveniente en mentir descaradamente para escamotear á un comerciante algunas pesetas. El dinero que las mujeres le costaban, entregábalo sin vacilaciones ni remordimientos, como si todos sus trabajos y desvelos, sus grandes y continuos cálculos para extraer el jugo á los negocios, no tuviesen otra significación ni otro destino que el de adquirir combustible para alimentar el fuego de su liviandad.

Entre las muchas queridas pagadas que había tenido, ninguna adquirió tanto ascendiente sobre él como la que tenemos delante. Era ésta una joven de Málaga, llamada Amparo, que hacía tres ó cuatro años vendía flores por los teatros y tenía su kiosco en Recoletos. Desde luego llamó la atención por su belleza y desenvoltura y se hizo popular entre los elegantes. Festejáronla, persiguiéronla, y aunque al principio resistió á los ataques, cuando éstos vinieron en una forma más positiva, se dejó vencer. Fué, durante algún tiempo, la querida del marqués de Dávalos, un joven viudo con cuatro hijos, que gastó con ella sumas cuantiosas que no le pertenecían. Por gestiones activas de su familia, por escasearle ya el dinero y por desvío de la misma Amparo, que halló otro pollo mejor para desplumar, se rompió esta relación, no sin sentimiento tan vivo del joven marqués que le produjo cierto trastorno intelectual. Después del sustituto de éste, tuvo Amparo otros varios queridos en la aristocracia de la sangre y el dinero. Fué conocida y popular en Madrid con el nombre de Amparo la malagueña. En los paseos, en los teatros, adonde acudía con asiduidad, fué durante tres ó cuatro años un precioso elemento decorativo. Porque á más de su hermosura singular, había llegado á adquirir en poco tiempo, si no distinción, elegancia. Sabía vestirse, facultad que no es tan común como parece, sobre todo en esta clase de mujeres. Tenía bastante instinto para buscar la armonía de los colores, la sencillez y pureza de las líneas; no pretendía llamar la atención, como la mayor parte de sus iguales, por

lo exagerado de sus sombreros y el vivo contraste de los colores. Por esta razón había entre las damas madrileñas cierta indulgencia hacia ella: en sus ratos de murmuración le guardaban más consideraciones que á las otras; la reconocían un cutis muy fino, unos ojos muy hermosos, y gusto.

Fuera de esta dote natural que la acercaba á las señoras de verdad, Amparo era en su trato tan tosca, tan incivil, tan bestia y tan ignorante como lo son casi siempre en España las criaturas de su condición, al menos en el presente momento. Más adelante quizá lleguen á ser tan cultas y refinadas como las cortesanas de la Grecia ó como las *cocottes* francesas, al decir de los viajantes de comercio. Hoy son lo que arriba se ha dicho, sin ánimo, por supuesto, de ofenderlas. Después de pertenecer al marqués de Dávalos y á otros tres personajes, sin perjuicio de los devaneos furtivos que se autorizaba, vino al poder del duque de Requena, ó éste al poder de ella, que es lo más exacto. Salabert, según iba envejeciendo y menguando energía, (para todo lo que no fuese adquirir dinero, se entiende), crecía en sensualidad. El vicio se transformaba en desorden vergonzoso y en pasión desenfrenada, como suele acaecer á los viejos y á los niños viciosos. Amparo dió con él en esta última etapa y logró apoderarse de su voluntad sin premeditación. Era demasiado necia para concebir un plan y seguirlo. Su carácter desigual, brutalmente soberbio, su misma estupidez, que la hacía no prever las consecuencias de sus actos, la ayudaron á dominar al célebre banquero. Hacía un año que era su querida y que estaba

instalada en aquel hotelito del barrio de Monasterio. Al principio procuraba refrenar su genio y tenerle contento mostrándose dulce y amable. Pero como esto le costaba un esfuerzo, y como, por otra parte, pudo cerciorarse en seguida de que los desdenes, el mal humor y hasta los insultos, lejos de enfriar la pasión del duque la encendían más, dió rienda suelta á su genio: apareció la criatura salida del cieno, con su grosería, sus inclinaciones plebeyas, su carácter agresivo y desvergonzado. El duque, que hasta entonces había logrado mantener su independencia frente á sus queridas, y eso que de algunas llegó á prendarse fuertemente, se encaprichó de tal modo por ésta, que al poco tiempo le toleraba frases que ajaban su dignidad y tiempo adelante actos que aun más la escarnecían. Por supuesto, este dominio duraba solamente los momentos de sensualidad, las horas que consagraba al placer. Así que salía del templo de Venus, recobraba su razón el imperio, volvía á sus empresas con creciente ambición.

Amparo fumaba tranquilamente en silencio, mandando pequeñas nubes de humo al techo, mientras el duque seguía en la honrosa tarea de besar su pie. De pronto, la bella hizo un movimiento brusco, retiró el pie con viveza, é incorporándose dijo:

— Voy á vestirme. Toca ese botón.

El duque se levantó para cumplir el mandato y á los pocos instantes se presentó Petra á vestirla. Mientras lo llevaba á cabo, ama y doncella cambiaron algunas impresiones con excesiva familiaridad, mientras el banquero seguía con fijeza, entre

atento y distraído, todos los movimientos de la faena.

—Señorita, ¿ha visto V. ayer á la Felipa guiando dos jaquitas que parecían ratones? Por aquí pasó... ¡Qué preciosidad! No he visto cosa más mona en la vida... A ver cuándo el señor duque le compra á V. otra pareja así,—dijo Petra mirando con el rabillo del ojo al banquero, mientras ataba las cintas de la bata á su ama.

—¡Ps!—exclamó ésta alzando los hombros con desdén.—No me ha dado nunca por guiar. Es oficio de los cocheros; pero si me diese, ¡ya lo creo que me compraría un tronco igual!

Y al mismo tiempo se volvió un poco, con media sonrisa, hacia el duque, que dejó escapar un gruñido corroborante, pasando con su peculiar movimiento de boca el cigarro al lado contrario.

—Pues son muy lindas para ir á los toros. ¡Y que no estaría bien la señorita con su mantilla blanca guiando!

—¿Mantilla para guiar? ¡Estás aviada, hija!

—Bueno, pues de sombrero. El caso es que estaría de *mistó:* no como esa desorejada de la Felipa que ya no tiene carne para hartar á un gato...

La doncella, mientras le recogía el pelo, charlaba por los codos. El fondo de su charla era constantemente adulador. Amparo escuchaba con cierta complacencia. Alguna vez la interrumpía con frases del mismo jaez que las que la doméstica usaba, en más de una ocasión, acompañadas de interjecciones que aquélla no se atrevía á pronunciar. Contaba que el día anterior había tropezado en la calle con Mora-

tini, y que el famoso torero le había dicho al pasar: «Recuerdos á tu ama». Al mismo tiempo la maligna doncella miraba de reojo al duque. Amparo sonrió lisonjeada; pero hizo al mismo tiempo una fingida mueca de desdén, diciendo:

—Lo mismo da. Ya sabes que me revienta.

—Señorita, es hoy el único que se tira de verdad.

—¡Pa chasco! Es un chancleta que no sabe lo que hace. Con ese c... que se trae, ¿cómo ha de torear ni hacer nada de provecho?

—Pues tiene muchos partidarios.

—¡Calla! ¡calla! que ni tú ni él valéis un perro chico... Anda; tráeme pronto esa gorra, y lárgate.

Así que la doncella se hubo marchado, el duque, en quien los recuerdos del torero despertaron los celos y el mal humor, dijo saliendo al gabinete y tendiéndose groseramente en el sofá:

—Parece que esta noche has tenido media juerga. ¿Quién ha estado aquí?

Amparo dirigió la vista á la licorera, donde el duque la tenía posada.

—Pues han estado Socorro y Nati hasta cerca de las tres.

—¿Nadie más?

—Con sus amigos León y Rafael.

—¿Nadie más?

—Nadie más, hombre. ¿Me vas á examinar?

—Es que yo he sabido que ha estado también Manolito Dávalos.

El duque no lo sabía: quiso sacar de mentira verdad.

—Cierto: también ha estado Manolo, —replicó con indiferencia.

—Bueno, pues será la última vez, —dijo mordiendo con rabia el cigarro.

—Eso será si á mí se me antoja, chavó, —manifestó la bella ex florista levantando hacia él los ojos con expresión provocativa.

Salabert dejó escapar ciertos gruñidos que Amparo consideró ofensivos. Hubo una escena violenta. La bella reclamó con fiereza su independencia y le cantó lo que ella llamaba con clásica erudición «verdades del barquero». El banquero, excitado, contestó con su grosería habitual. El era quién pagaba: por lo tanto, tenía derecho á prohibir la entrada en aquella casa á quien le pareciese. La disputa se fué agriando en términos que ambos levantaron bastante la voz, sobre todo Amparo, en quien á poco que la rascaran aparecía la criatura de plazuela. Cruzáronse frases de pésimo gusto, aunque pintorescas. La malagueña llamó al duque tío lipendi, gorrino, y concluyó por arrojarle del gabinete. Pero aquél no hizo maldito el caso, antes enfurecido la faltó abiertamente al respeto, empleando en su obsequio algunos epítetos expresivos de su exclusiva invención y otros recogidos con cuidado de su larga experiencia. Por último, quiso dejar sentado de un modo incontrovertible que allí era el amo, y con este fin, puramente lógico, dió una tremenda patada á la mesilla dorada donde reposaba la aborrecida licorera, que se derrumbó con estrépito y se hizo cachos. Amparo, que no se dejaba sobar por nadie, según decía á cada momento, aun-

que á cada momento se pusiese en contradicción consigo misma, presa de un furor irresistible, con los ojos llameantes de ira, alzó la mano tomando vuelo y descargó en las limpias y amoratadas mejillas del prócer una sonora bofetada.

Los cabellos del lector se erizarán seguramente al representarse lo que allí pasaría después de este acto bárbaro é inaudito. Acaso sería conveniente dejarlo en suspenso como la famosa batalla del héroe manchego y el vizcaíno. Sin embargo, para no atormentar su curiosidad inútilmente, nos apresuramos á decir lo que pasó desdeñando este recurso de efecto. El caso no fué trágico, por fortuna, si bien digno de atención y de meditarse largamente. El duque se llevó la mano al sitio del siniestro y exclamó sonriendo con benevolencia:

—¡Demonio, Amparito, no creí que tuvieras la mano tan pesada!

Aquélla, que se había puesto pálida después de su irreflexivo arranque, quedó estupefacta ante la extraña salida del banquero. Tardó algunos segundos en darse cuenta de su sinceridad.

—Eres una gran chica, —siguió aquél echándola un brazo al cuello y obligándola á sentarse de nuevo, y él junto á ella. —Esta bofetada no la tasaría en menos de cien pesos cualquier perito inteligente. Fuerte, sonora, oportuna... reune todas las condiciones que se pueden apetecer...

—Vamos, no te guasees, que tengo hoy muy mala sangre, —dijo la Amparo, escamada y presta otra vez á enfurecerse.

—No es broma, y la prueba de ello es que voy á

pagártela en el acto. Pero mucho ojo con que vuelva por aquí Manolito Dávalos, porque no vuelves tú á ver el color de mis billetes.

—Si fué una casualidad, hombre, —dijo la Amparo dulcificándose.—Vino esta noche porque había ido de juerga con León y Rafael, y á última hora se le ocurrió á Nati hacerme una visita.

—Pues basta de casualidades. Yo no aspiro á que me adores ¿sabes?; pero no quiero pagar las queridas á esos perdularios de sangre azul. ¿Lo has oído, salero?

Al mismo tiempo llevó la mano al bolsillo en busca de la cartera. Su semblante, que sonreía con la expresión triunfal del que lleva en el bolsillo la llave de todos los goces de este mundo, se contrajo de pronto. Una nube de inquietud pasó súbito por él. Buscó con afán. La cartera no estaba en aquel sitio. Pasó á los demás bolsillos. Lo mismo.

—¡F....! ¡me han robado la cartera!

Amparo le miró con ojos donde se reflejaba la duda.

—¡F....! ¡me han robado la cartera!—volvió á exclamar con más energía.—¡Me han robado diez mil y pico de duros!

—¡Vaya, vaya, qué guasoncillo está el tiempo! —dijo Amparo ya enojada otra vez. No tuvo penetración para distinguir el susto verdadero del fingido.

—¡Sí, sí; no ha sido mala guasa! ¡Maldita sea mi suerte! ¡Si cuando un día principia mal...! Tres mil duros de la fianza y cerca de once mil ahora... ¡Pues señor, no ha sido mal empleada la mañana!

Se levantó bruscamente del sofá y principió á dar vueltas por la estancia, presa de una agitación extraña en quien tantos millones poseía. Un torrente de palabras, de gruñidos, de sucias interjecciones que expresaban demasiado á lo vivo su disgusto, se escapó de sus labios. Arrojó con furia el cigarro, que en él era signo de gravísima preocupación. Amparo, viéndole tan excitado, se rindió á la evidencia, y preocupada también por el caso le dijo:

—Quizá no te la hayan robado. Puede ser que la perdieses... ¿Dónde has estado?

—¿Crees tú que alguna vez se hayan perdido once mil duros?—repuso en tono amargo parándose frente á ella.—Es decir, se pierden, sí; pero otro los encuentra antes de llegar al suelo.

Acabando de decir esto, quedó repentinamente suspenso, como si brillase una luz salvadora en su cerebro. Miró con ojos escrutadores por algunos instantes á su querida, y haciendo un esfuerzo por sonreir, dijo, tornando á sentarse al lado de ella:

—¡Pero qué animal soy! ¡Vaya una bromita salada, y qué bien que te habrás reído de mí!

—¿Qué dices?—preguntó la Amparo estupefacta.

—¡Venga esa cartera, picaruela! Venga esa cartera.

Y el duque, riendo sincera ó fingidamente, la echó un brazo al cuello y comenzó por un lado y por otro á manosearla como buscando el sitio donde tuviera oculto el dinero.

Dando una fuerte sacudida la joven se desprendió de sus brazos y se levantó:

—Oye, tú... ¿Me tomas á mí por una ladrona?—exclamó enfurecida.

—No, sino por una guasoncilla. ¿Te has querido reir de mí, verdad?

La joven replicó con energía que el guasón era él y que bastaba de bromas, que no estaba dispuesta á tolerarlas en esa materia. El duque insistió todavía; pero viendo la indignación real de su querida y no teniendo dato alguno para suponer que fuese ella quién le sustrajo la cartera, recogió velas. En cuanto perdió esta esperanza, su rostro se nubló de nuevo. Aunque dió satisfacciones á Amparo, no fueron éstas muy calurosas. Quedábale, en el fondo, la duda. Bien lo echó de ver ella, por lo que siguió enojada. Concluyó por decirle:

—Mira, lo mejor que puedes hacer es irte á almorzar. No quiero más historias... ¡Ah! y no dejes de traerme esta noche guita, que me está haciendo mucha falta... A no ser que prefieras que te mande á casa las cuentas...

Salió el duque echando pestes del coruscante hotelito, y como por las inmediaciones no había coches y no quería utilizar el de su querida, por más que él lo pagara, encaminóse á pie hacia su casa. Cayó en ella como una bomba, no de pólvora ó dinamita, porque no entraban en su temperamento los procedimientos fragorosos, sino de ácido sulfúrico ó sublimado corrosivo que se extendió por toda ella molestando y requemando á los habitantes. Su mujer, el portero, el cocinero, Llera y casi todos los empleados recibieron en mitad del rostro alguna frase grosera pronunciada en el tono cínico y bur-

lón que caracterizaba su discurso. Después de almorzar encerróse en el escritorio con su mal humor á cuestas. No hacía una hora que allí estaba, cuando

entraron á avisarle que un cochero de punto deseaba hablar con él.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Desea hablar con el señor duque.

Este, iluminado repentinamente por una idea, dijo:

—Que pase.

El cochero que entró era el mismo que le había conducido desde casa de Calderón á la de su querida. Salabert le miró con ansiedad.

—¿Qué traes?

—Esto, señor duque, que sin duda debe de ser de V. E., —dijo presentándole la cartera perdida.

El banquero se apoderó de ella, la abrió prontamente, y sacando el montón de billetes que contenía, se puso á contarlos con la destreza y rapidez propias de los hombres de negocios. Cuando concluyó, dijo:

—Está bien: no falta nada.

El cochero, que, como es natural, esperaba una gratificación, quedóse algunos instantes inmóvil.

—Está bien, hombre, está bien. Muchas gracias.

Entonces, con el despecho pintado en el semblante, el pobre hombre dió las buenas tardes y se dirigió á la puerta. El duque le echó una mirada burlona y antes de llegar á ella le dijo, sonriendo con sorna:

—Oye, chico. No te doy nada porque para los hombres tan honrados como tú, el mejor premio es la satisfacción de haber obrado bien.

El cochero, confuso é irritado á la vez, le miró de un modo indefinible; sus labios se movieron como para decir algo; mas al fin salió de la estancia sin articular palabra.

V

PRECIPITACIÓN

Raimundo Alcázar, que así se llamaba aquel joven rubio tan pertinaz y enfadoso que siguió á Clementina cuando hemos tenido el honor de conocerla al comienzo de la presente historia, recibió la mirada iracunda que aquélla le dirigió al entrar en casa de su cuñada con admirable sosiego y resignación. Esperó un momento á ver si sólo iba á dejar algún recado, y como no saliese se alejó tranquilamente en dirección á la plazuela de Santa Cruz. Se

detuvo en un puesto de flores. La florista, al verle llegar, le sonrió como á un antiguo parroquiano y echó mano al ramo de rosas blancas y violetas que sin duda estaba ya preparado para él. Dirigióse á la Plaza Mayor y tomó el tranvía de Carabanchel. Dejólo donde se bifurca con el camino que conduce al cementerio de San Isidro y siguió hacia éste á pie. Ascendió con rapidez la cuesta, llegó y penetró en el nuevo recinto, donde, como exige la ley, á los muertos se les da tierra, no se les encajona en largas y sombrías galerías. Con paso rápido avanzó hasta una sepultura con losa de mármol blanco rodeada de una pequeña verja, y se detuvo. Permaneció algunos minutos inmóvil contemplándola. Sobre la losa estaba escrito con caracteres negros este nombre: Isabel Martínez de Alcázar. Debajo de él, estas dos fechas separadas por un guion: 1842-1883, que indicaban sin duda las del nacimiento y la muerte de la persona allí enterrada. Había sobre la losa algunas flores marchitas. Raimundo las recogió con cuidado, deshizo luego el ramo que traía, esparció las frescas flores sobre la tumba, y con la misma cuerda hizo otro ramo con las marchitas. Con éste en una mano y el sombrero en la otra, permaneció otra vez algún tiempo de pie contemplando con ojos húmedos aquella sepultura. Luego se alejó rápidamente y salió del cementerio sin echar una mirada de curiosidad en torno suyo.

Raimundo Alcázar había perdido á su madre hacía ocho ó nueve meses. No había conocido á su padre, ó, por mejor decir, no tenía recuerdo de él,

pues desapareció de este mundo cuando sólo contaba él cuatro años. Llamábase también Raimundo, y era, al morir, catedrático de la Universidad de Sevilla. Cuando se casó con su madre no era más que un joven en espera de colocación: por eso el padre de Isabel, comerciante en ferretería de la calle de Esparteros, se había negado á autorizar aquellos amores, los persiguió con tenacidad y sólo consintió en el matrimonio cuando Alcázar llevó por oposición la cátedra mencionada. Era hombre de excepcional inteligencia, publicó algunos libros de la ciencia á que se había dedicado, que era la Geología; y su muerte, acaecida cuando sólo contaba treinta y dos años de edad, fué llorada en la pequeña esfera en que los hombres de ciencia viven en España. Isabel, con su hijo Raimundo, se volvió á Madrid á la casa paterna, donde, tres meses después de fallecido su esposo, dió á luz una niña que tomó el nombre de Aurelia.

Era Isabel una mujer singularmente hermosa, y como hija única de un comerciante que pasaba por bien acomodado, no le faltaron pretendientes. Rechazó todas las proposiciones de matrimonio. Pasaba por romántica entre las amigas, quizá porque poseía alguna más inteligencia y corazón que la mayor parte de ellas. Era admiradora del talento y le repugnaban los seres prosaicos que constituían casi la totalidad de las relaciones de su padre. Idolatraba la memoria de su marido á quien había adorado en vida como á un hombre superior, eminente: conservaba como precioso tesoro todas las frases de elogio que la prensa había tributado á sus

obras: el único deseo, el único afán de su vida era que su hijo siguiese las huellas del padre, fuese un hombre respetado por su talento é ilustración. Dios quiso colmar sus votos. Primero comenzó á ver alzarse ante sus ojos la imagen corporal de su marido reproducida en el hijo. No sólo en el rostro, sino en los ademanes, los gestos y el timbre de voz era una copia exacta. Luego el niño, por su comportamiento en el colegio, principió á causarle vivos placeres: era inteligente y aplicado: los maestros se mostraban de él muy satisfechos. Cada frase de elogio que llegaba á sus oídos, cada nota de sobresaliente que veía escrita debajo del nombre de su hijo, producía á la pobre madre espasmos de alegría. Ya no abrigaba duda alguna de que heredaba el talento de su padre.

Alguna vez sentía remordimientos pensando que distribuía con poca equidad el cariño entre sus dos hijos. Por más esfuerzos que hacía para mantener el equilibrio, no podía menos de confesarse que amaba mucho más á Raimundo. Su inmenso cariño se traducía en constantes caricias, en nimios cuidados que enervaban y enmollecían el temperamento del niño. Se criaba, en suma, con demasiado mimo. Él, por su parte, la profesaba una afición tan ardiente, tan exclusiva, que en ciertos momentos se convertía en verdadera fiebre. Cada vez que tenía que apartarse de sus faldas para ir al colegio le costaba algunas lágrimas. Exigía que se pusiera al balcón para despedirle: antes de doblar la esquina de la calle, se volvía más de veinte veces para enviarle besos con la mano. Era ya hombre y estudiante de

Facultad, y todavía Isabel conservaba esta costumbre de salir al balcón para despedirle cuando iba á sus clases. Por su natural, ó tal vez por esta educación un poco afeminada, Raimundo fué un niño tímido, retraído de los juegos de sus compañeros, luego un adolescente melancólico, y por fin un joven serio y de pocas palabras. Apenas tuvo amigos. En la Universidad paseaba con sus condiscípulos antes de entrar en cátedra; pero en cuanto daba la hora tornábase á casa y no le gustaba salir sino acompañando á su madre y hermana. Mucho antes de esta época, cuando contaba solamente diez años, había muerto su abuelo. Así que, en cuanto llegó á los diez y seis, comenzó á desempeñar el papel de hombre en la casa. Llevaba á su madre al teatro, la acompañaba á hacer visitas, y algunas noches, cuando hacía buen tiempo, salía de paseo con ella por las calles, dándole el brazo como un marido ó un galán. La belleza de Isabel no disminuía con la edad. Al verlos juntos, nadie imaginaba que eran madre é hijo, sino hermanos, cuando no esposos. Esto era causa para el joven de cierto malestar. Porque como en Madrid los hombres no se distinguen por un excesivo respeto á las damas, oía, á su pesar, frases de admiración, requiebros, lo que ha dado en llamarse *flores,* que los transeuntes dirigían á su madre. Sentía, al escucharlas, una mezcla extraña de vergüenza y placer, de celos y de orgullo que le agitaba. La situación de un hijo en estos casos es bien excepcional y embarazosa.

El viejo Martínez, después de retirado del comercio, había tenido quiebras en su fortuna, consis-

tente en acciones de una fábrica de pólvora que sufrieron depreciación, y en valores del Estado. Sólo les dejó una renta de siete á ocho mil pesetas. Con ella vivían los tres con economía, pero sin faltarles lo necesario, en un cuarto segundo de la calle de Gravina. Raimundo siguió la carrera de ciencias. Quería ser catedrático como su padre, y, dada la brillantez con que salía en los exámenes, nadie dudaba que lo conseguiría pronto. Mostraba también, como su padre, decidida afición á las ciencias naturales; pero en vez de dedicarse á la Geología, fijóse con predilección en la Zoología, y de ésta en aquella parte que comprende el estudio interesantísimo de las mariposas. Comenzó á hacer acopio de ellas, y desplegó un afán y una inteligencia que pronto le hicieron poseedor de una rica colección. Antes de terminar la carrera, era ya un notable *entomólogo*. Se había hecho construir escaparates que cubrían las paredes de su habitación, donde estaban expuestos los cartones con las más raras y preciosas especies. Estuvo ahorrando dos años para comprar un microscopio, y por fin adquirió uno bastante bueno que le proporcionó grato solaz al par que utilidad. Porque si bien aquel estudio particular no era suficiente para obtener una cátedra, le ayudaba no poco teniendo presente que no es posible profundizar cualquier ramo de la ciencia sin estudiar las relaciones que mantiene con los demás, sobre todo con los más próximos.

El día que se hizo doctor, y fué justamente acabados de cumplir los veintiún años, la pobre Isabel experimentó una de esas alegrías sólo compren-

sibles para las madres. Le abrazó derramando un raudal de lágrimas.

—Mamá, —le dijo Raimundo.—Estoy ya en aptitud de hacer oposición á una cátedra. Me voy á dedicar con ahinco á prepararme, y en cuanto la lleve, renuncio á lo que puedas dejarme en herencia para que hagas una dote á Aurelia. Yo tengo pocas necesidades y me bastará con el sueldo.

Estas palabras generosas conmovieron á la madre: cada día hallaba más razones para adorar á aquel hijo modelo.

Dedicóse Raimundo con ardor al estudio, profundizando las materias de algunas asignaturas, sin abandonar por eso sus aficiones entomológicas. Gracias á éstas y al nombre glorioso que su padre le había legado, se dió á conocer pronto entre los hombres de ciencia. Escribió algunos artículos, se puso en relación con varios sabios extranjeros y tuvo la satisfacción de recibir de ellos frases de elogio que le alentaron. Bien puede decirse que era un muchacho feliz. Sin deseos imposibles que le royeran las entrañas, sin amores tormentosos ni amistades molestas, disfrutando de la tranquilidad del hogar, del cariño de la familia y de los puros goces de la ciencia, deslizábanse sus días serenos y dichosos. A las amigas de su madre les sorprendía tanta formalidad. ¿No tenía novia Raimundo? ¿No le gustaban siquiera las muchachas? Isabel contestaba sonriendo y con transparente satisfacción:

—No sé: creo que hasta ahora no le ha dado por ahí. Está tan metido por mis faldas que parece un niño de tres años... La verdad es que le ha de

costar trabajo hallar una mujer que le quiera tanto como yo.

Y así era como ella lo decía. Teníale envuelto en una atmósfera de protección, de tibios y amorosos cuidados que le sería casi imposible hallar al lado de una esposa por tierna que fuese. Sólo las madres poseen esa abnegación absoluta, infatigable, sin esperanza ni deseo siquiera de reciprocidad. Todo lo que la vida material exige, lo tenía satisfecho Raimundo con un refinamiento que pocos hombres disfrutarían. Jamás se le había ocurrido pensar ni en su alimento, ni en su ropa ó calzado, ni aun en aquellos menesteres de que las mujeres no suelen entender. Todo estaba previsto y regularizado perfectamente en su vida. Podía consagrarse con entera libertad al ejercicio de su inteligencia. Si se quejaba de mal sabor de boca, ya tenía á su madre por la mañana al lado de la cama con un vaso de limón y polvos laxantes; si le dolía la cabeza, con el agua sedativa ó los paños de leche y adormideras. Si por la noche tosía, por poco que fuese, ya estaba intranquila y no paraba hasta que silenciosamente y en camisa iba á cerciorarse de que su hijo no se había destapado. Cuando Aurelia estuvo en edad de hacerlo, también comenzó á ayudar á la madre en esta tarea de ahuyentar todo dolor, de arrancar las espinas por pequeñas que fuesen del camino del joven entomólogo.

Desgraciadamente, y aun mejor pudiéramos decir naturalmente, pues que la felicidad es imposible en este mundo, esta existencia dichosa tuvo pronto un término. Isabel cayó enferma con pulmo-

nía, de la cual no quedó bien curada por haberla quizá descuidado ó por no haberse atrevido el médico á aplicarle ciertos remedios un poco crueles. Quedóle un catarro pulmonar que la debilitó bastante. Por consejo del médico fué á Panticosa en compañía de Raimundo, quedando Aurelia en casa de unos parientes. Se repuso un poco, pero fué para recaer pocos días después de llegar á Madrid. Descaeció notablemente, hasta el punto de que la gente de fuera vió con claridad que se moría. A Raimundo no se le pasó por la cabeza. Aquella existencia estaba tan ligada á la suya, que las dos no formaban más que una: le pasaba como á casi todos los enfermos que no saben que se mueren. Aunque muy enferma, Isabel seguía con la misma diligencia gobernando la casa. Raimundo la había rogado, y luego, prevalido del inmenso ascendiente que sobre ella tenía, la había prohibido que se ocupara en ningún menester. Pero ella, burlando su vigilancia, arrastrada de esa inclinación invencible que sienten las mujeres hacendosas hacia el trabajo, no abandonaba sus tareas. Un día, cuando ya puede decirse que estaba moribunda, la sorprendió Raimundo de rodillas limpiando con un paño el pie de una mesa. Quedó estupefacto, y después de reñirla cariñosamente la levantó cubriéndola de besos.

Una amiga devota que vino á visitarla la insinuó que debía confesarse. Isabel se impresionó tristemente: su hijo, que la encontró llorando, enfurecióse y prorrumpió en denuestos contra los beatos; á pesar de esto, la enferma, que iba ya penetrándose de su estado, exigió con dulzura y firmeza á la par

que viniese el cura. Raimundo, disgustado, llamó en su apoyo, para negarse á ello, al médico. Este contestó al principio evasivamente: por último, dijo que eso nunca estaba de más, que si los sanos se hallaban expuestos á una muerte repentina, con mayor razón los enfermos. Ni aun con eso entró la luz en el espíritu del joven. Después de confesada, Isabel siguió lo mismo, lo cual contribuyó á mantener su ilusión. Levantábase, comía á la mesa, paseaba del brazo de Raimundo por la sala y pasaba la mayor parte del día en una butaca. Estaba, sin embargo, tan demacrada, que los que la veían á intervalos largos quedaban sorprendidos. Lejos de perder con esto la belleza, parece que se había aumentado: la tez era más fina y transparente, los ojos más brillantes.

Una mañana dijo que no tenía deseos de levantarse. Raimundo se sentó al lado del lecho y se puso á leerla una novela. Al cabo de un rato le dijo:

— Estoy mal á gusto. Incorpórame un poco, que no tengo fuerzas yo.

Fué á hacerlo, y en el mismo instante su madre dejó caer la cabeza hacia un lado y se quedó muerta, sin un suspiro, sin una contracción que acusase dolor, como un pájaro, según la expresiva imagen del vulgo.

El grito desgarrador del joven atrajo á la gente de casa. Sacáronle de ella unos parientes y le llevaron á la suya, lo mismo que á su hermana. En el estado de estupor en que quedó, les fué fácil conducirlo adonde les plugo. Aquella tarde fueron unos amigos á verle y lo hallaron relativamente animado, lo cual no dejó de sorprenderles un poco, porque sabían el frenético cariño que profesaba á su madre. Habló de su ciencia con ellos, y habló largo rato, expresándose con verbosidad en él inusitada. Por donde vinieron á sospechar que estaba bajo una fuerte excitación. Esta sospecha se confirmó al oirle proponerles jugar al tresillo. Cumplieron su gusto, pero al poco rato el joven comenzó á desvariar tristemente.

— Oyes, mamá, ¿qué te parece de este juego?— dijo llamando á una señora que allí estaba.

Los circunstantes se miraron unos á otros aterrados y compadecidos. Y desde entonces no hizo ni dijo ya cosa con cosa. Su exaltación fué creciendo: empezó á reir de un modo tan extemporáneo, que nadie dudó de que aquello concluiría por una fuerte explosión nerviosa. En efecto, cuando menos se esperaba, alzóse repentinamente de la silla, corrió al balcón, lo abrió, y si no le hubieran sujetado á

tiempo se hubiera precipitado á la calle. Al fin cayó con un fuerte ataque del que por fortuna salió pronto. Después vino el aplanamiento, que le obligó á guardar cama tres ó cuatro días. Por último, el tiempo fué ejerciendo su operación sedante. A los quince días estaba bueno, aunque bajo el peso de un abatimiento grande que en vano lucharon sus parientes y amigos por aliviar.

Propusiéronle sus tíos quedarse á vivir con ellos, dado que era demasiado joven para ponerse al frente de una casa, y sobre todo para guardar y autorizar á su hermana. Él contaba entonces veintitrés años, y ella poco más de diez y ocho. Ni uno ni otro aceptaron el arreglo. Quisieron vivir solos y juntos. Tomaron un cuarto tercero en la calle de Serrano, muy lindo y alegre, trasladaron á él sus muebles, y después de instalados empezó á deslizarse su vida, triste sí por el recuerdo siempre presente de su madre, pero apacible y serena. Raimundo fijó su atención y sus cuidados en Aurelia. Penetrado de su papel de padre y protector de aquella niña huérfana, hizo con ella lo que su madre había hecho con él hasta entonces; la atendió y la mimó con un amor y un esmero que conmovía á los amigos que los visitaban. Aurelia no era hermosa ni tenía gran talento; pero sentía hacia su hermano, porque su madre se la había infundido, una adoración idolátrica. Sin embargo, aun en lo referente á la vida material, sintió el joven el vacío de su madre. Aurelia se esforzaba en que no echase de menos nada; pero estaba bastante lejos de alcanzar la suprema delicadeza de aquélla. Poco á poco, no obstante, se fué adiestrando

en el gobierno de la casa. Además, Raimundo ya no exigía los refinamientos de antes. El sentimiento de protección, la conciencia de los deberes que tenía que llenar hacia su hermana, le hacía no pensar en sí mismo. Al contrario, cualquier atención de Aurelia le sorprendía, y la agradecía como si viniese de un niño. Ambas existencias se fueron compenetrando.

Vivían modestamente. El cuarto les costaba veinte duros; no tenían más que una criada. Así que, la renta de treinta mil reales que poseían les bastaba. Como procedía de papel del Estado y acciones de una fábrica, su administración era facilísima. Raimundo pudo dedicarse con más ardor que nunca al estudio: deseaba cumplir, respecto á su hermana, la promesa que había hecho á la madre, de renunciar á su parte de herencia y constituirla una dote que la permitiese casarse bien. Después que salió de casa, fué dos veces por semana al cementerio á esparcir algunas flores sobre la tumba de su madre. Los domingos llevaba consigo á Aurelia. Salía poco habitualmente: el estudio preparatorio para hallarse apercibido á una oposición, de un lado, y del otro su manía de colector y escrutador del mundo de los insectos, absorbían casi todo su tiempo. Por milagro entraba en los cafés, ni al teatro podía asistir por razón del luto.

Un día, hallándose en una librería de la Carrera de San Jerónimo, donde solía pasar algunos ratos hojeando las obras recién llegadas del extranjero, acertó á entrar en la tienda una hermosa dama elegantemente vestida. Al verla, los ojos de Raimundo

se dilataron expresando el asombro y se posaron sobre ella, con una intensidad que la obligó á volver la cabeza hacia otro lado. Mientras compraba unas novelas francesas, la estuvo contemplando extasiado, dando señales de alteración en su fisonomía. El libro que tenía asido temblaba ligeramente en sus manos. Al salir ella, dejólo caer y trató de seguirla; pero á la puerta estaba un carruaje esperándola. El lacayo, sombrero en mano, le abrió la portezuela, y los caballos arrancaron al instante con velocidad.

—¿Qué es eso, D. Raimundo?—le dijo el dependiente, viéndole entrar de nuevo en la tienda.—¿Le ha hecho á V. impresión mi parroquiana?

El joven sonrió disimulando su turbación, y respondió con fingida indiferencia:

—A cualquiera le llamará la atención una mujer tan hermosa. ¿Quién es?

—¿No la conoce V.? Es la señora de Osorio, un banquero, hija de Salabert.

—¡Ah! ¿hija de Salabert? ¿Vive en aquel palacio grande del paseo de Luchana?

—No, señor; vive en un hotel de la calle de Don Ramón de la Cruz.

No quería saber más y se despidió. Aquella dama se parecía de un modo asombroso á su madre. La situación de su espíritu, todavía agitado y dolorido, hizo que tal semejanza adquiriese más relieve á sus ojos del que realmente tenía, le produjese una viva impresión. Pocos momentos después pasaba por delante del hotel de Osorio tres ó cuatro veces; pero no logró ver nuevamente á la señora. Al otro día

fué al paseo del Retiro y allí la halló. Desde entonces espió y siguió sus pasos con una constancia que revelaba el profundo sentimiento que embargaba su espíritu. Aunque tenía bien presente la fisonomía de su madre, el semblante de Clementina Salabert se lo traía á la memoria con mayor energía, y esto le producía un vivo dolor en el cual se placía, aunque parezca paradójico. Bien lo entenderá el que haya visto desaparecer de este mundo á un ser querido. Suele haber cierta voluptuosidad en escarbar la llaga, en renovar la pena y el llanto. Raimundo no podía contemplar mucho tiempo el rostro de Clementina sin sentir las lágrimas correr por sus mejillas. Por esto, quizá, era por lo que la buscaba en todas partes. Sin embargo, había una dureza y severidad en él que no había tenido jamás el de su madre: pero cuando sonreía, al desaparecer esta dureza, la semejanza era realmente maravillosa.

No se le ocultó á nuestro mancebo el enojo que la dama recibía de su tenaz persecución. Y no podía menos de reirse interiormente de aquel extraño error. Si supiese esta señora — se decía cuando veía un gesto de desdén en sus labios — por qué me gusta tanto, ¡qué grande sería su asombro! Una corriente de simpatía y hasta es posible decir de adoración le iba ligando á ella. Si no fuese por aquel aspecto imponente que tenía, es fácil que le hubiera dirigido la palabra, le hubiera hecho entender qué gran consuelo le daba con su presencia. Pero Clementina estaba colocada en una esfera tan alta, que temía su desdén. Bastante era el que le mostraba por el solo delito de contemplarla. Por

otra parte, habían llegado á sus oídos rumores que la desacreditaban, los cuales no procuró confirmar, primero porque no le importaba, y después porque una vez confirmados se vería obligado á despreciarla, y no quería que una mujer que tanto se parecía á su madre en la figura fuese un ser despreciable. Se abstuvo de pedir noticias de ella. Contentóse con satisfacer siempre que podía aquel extraño deseo de renovar su dolor, de conmoverse hasta derramar lágrimas. Como no frecuentaba la alta sociedad ni podía asistir al teatro para procurarse este placer, necesitaba seguirla en la calle ó en el paseo cuando no iba en coche. También averiguó que iba los domingos á misa de dos en los Jerónimos, y allí la pudo contemplar con más espacio y sosiego.

Había dado cuenta á su hermana del hallazgo, pero no hizo ningún esfuerzo para mostrárselo. Temía que Aurelia no viese tan clara como él la semejanza y le arrancase, por esto, parte de su ilusión. Dos ó tres veces á la semana, Clementina solía salir á pie por la tarde, como el día en que por vez primera la vimos. Raimundo, desde el mirador de su gabinete de la calle de Serrano convertido en observatorio, espiaba su llegada, y en cuanto la columbraba á lo lejos, se echaba á la calle para seguirla hasta donde pudiese. A la dama le molestaba esta persecución fuertemente, por ser la hora en que iba á casa de su amante. No porque le importase mucho que se divulgasen sus nuevos amores, sino por un resto de pudor que conservaba. A ninguna mujer, por desvergonzada que sea, le gusta que la vean

entrar en casa de un querido. Además sabía, porque se lo habían dicho recientemente, que los maridos, cuando sorprenden á sus esposas en flagrante adulterio y las matan, están exentos de responsabilidad. Como estaba convencida de que el suyo la detestaba, temía que se aprovechase de este recurso para deshacerse de ella. Estos vagos terrores, unidos al residuo de vergüenza que le quedaba, fomentaban su irritación contra Raimundo. Su carácter violento, caprichoso, despótico, se alteraba con aquel obstáculo imprevisto. Ni siquiera había reparado bien en la fisonomía del joven. Le odiaba sin dignarse hacerse cargo de su figura. Luego, el sosiego con que éste recibía los gestos provocativos de desprecio que no le escatimaba, le parecían una ofensa. Bien mirado, aquel chicuelo se estaba burlando de ella: porque no era creíble que un enamorado mostrase tanta serenidad y cinismo. Sin duda, después que advirtió que la molestaba, se propuso mortificarla para vengarse. Y no cabía duda que lo lograba cumplidamente. Las vueltas que se veía precisada á dar para huirle, las visitas que hacía sin gana y todas las zozobras que aquel muchacho le costaba, se lo hacían cada día más aborrecible y le iban requemando la sangre. Ideó salir en coche, meterse en las Calatravas y despedirlo allí: pero Raimundo, al verse privado por varios días de verla, también dió en la flor de tomar un coche de punto y seguir el suyo. Esto hizo rebosar su enojo y se prometió á sí misma hacer concluir aquella impertinente y molesta persecución, aunque no sabía cómo. Primero pensó en que Pepe Castro hablase

y amenazase al muchacho; pero al ver la sangre fría con que aquél lo tomaba, se indignó y no volvió á mentarle el asunto. Luego imaginó abordarle ella misma en la calle y rogarle con pocas palabras frías y desdeñosas que no la molestase más. Cuando llegó la ocasión no se atrevió á hacerlo, aunque no pecaba de tímida: el trance le pareció grave.

En estas dudas y vacilaciones se hallaba, cuando, bajando por la calle de Serrano, al levantar los ojos casualmente hacia arriba, acertó á ver en un mirador bastante alto á su enemigo. Cruzóle entonces por la mente la idea de averiguar su nombre y escribirle. Y en efecto, con la violencia que caracterizaba todas sus acciones, al pasar por delante de la casa entró en el portal y se dirigió á la garita de los porteros.

—¿Tiene V. la amabilidad de decirme quién habita el cuarto tercero de esta casa?

—Son dos señoritos muy jóvenes, hermano y hermana. Sólo viven aquí desde hace cuatro meses. Han quedado huérfanos, al parecer, hace poco tiempo...

La portera, al ver una señora tan elegante, se mostró locuaz y complaciente; pero Clementina la atajó en seguida.

—¿Cómo se llama el señorito?

—D. Raimundo Alcázar.

—Mil gracias.

Y se alejó inmediatamente. Salió á la calle y dió unos cuantos pasos; mas, de pronto, se le ocurrió que el escribirle tenía sus inconvenientes, y que en realidad era preferible tener una explicación verbal

de la cual nadie que la conociera podía enterarse en aquellos momentos. Detúvose un momento indecisa, y bruscamente dió la vuelta y se metió de nuevo en el portal: cruzó sin decir nada por delante de la portera y subió con pie ligero las escaleras. Al llegar al piso tercero, á pesar del brío y entereza de su carácter, sintió un poco desfallecida la voluntad y estuvo á punto de dar la vuelta. Su temperamento orgulloso y obstinado la empujó, sin embargo, al pensar que el joven la había visto entrar y se enteraría de su arrepentimiento. En el piso tercero había dos cuartos, derecha é izquierda. Clementina había visto papeles en uno: por lo mismo, llamó sin vacilar en el de la derecha, observando que tenía un felpudo para los pies delante de la puerta, señal evidente de que era el habitado.

Salió á abrirle una criada á quien preguntó por don Raimundo Alcázar.

—Deseo verle, —dijo después que se enteró de que estaba en casa.

La criada la introdujo en la sala, y como le pareciese rara aquella visita, le preguntó:

—¿Aviso á la señorita?

—No, no; avise V. al señorito, que es á quien deseo hablar.

Se hallaba éste, en tanto, en su despacho, presa de una violenta agitación. Al ver á la dama entrar en el portal por primera vez, se había sobresaltado sin motivo preciso para ello: tranquilizóse al verla salir, y otra vez se alteró cuando entró nuevamente. Cruzó por su mente la idea de que pudiese subir á su casa; pero al instante la desechó como

inverosímil. Imaginó más bien que vendría á visitar á alguno de los inquilinos de los cuartos principal ó segundo, que eran personas de calidad. No obstante, á despecho de su razón, no se tranquilizaba. Cuando oyó sonar el timbre de la puerta quedó aterrado. Apenas tuvo ánimo para dirigirse hacia la antesala. Antes que pudiese hacer una seña á la criada, ya ésta había abierto obligándole á retirarse vivamente á su despacho. Estuvo tentado á negarse, aunque ya estaba la señora en la sala: pero al fin se decidió á salir reflexionando que no había motivo racional para ello.

Raimundo no tenía mucho trato de gente. Las relaciones de su madre habían sido escasas; unos cuantos parientes, algunas familias conocidas. Por su parte, tampoco había hecho nada por ensanchar este círculo. Ya hemos dicho que no había estrechado amistad íntima con ninguno de sus condiscípulos. Menos había procurado la entrada en los casinos, tertulias y saraos de la corte. Su adolescencia y los días que llevaba de juventud, se habían deslizado serenos en el seno del hogar estudiando y coleccionando mariposas. Conocía la vida por los libros. La naturaleza le había dotado, no obstante, de un claro y simpático ingenio, de fácil palabra y de cierta dignidad de modales que suplía bastante bien á esa elegancia y distinción que el roce continuado con la nata y flor de la sociedad engendra.

Entró en la sala tranquilo ya y aun con una vaga predisposición á la hostilidad, que el estrambótico paso de aquella señora le infundía. Hízole una profunda reverencia. La situación era tan extraña,

que Clementina, á pesar de su orgullo, su experiencia, su desenfado y hasta bien puede decirse su desgarro, se encontró repentinamente cohibida. Tuvo necesidad de hacer un esfuerzo para adquirir brío.

—Aquí me tiene V., —le dijo en un tono agrio que resultó inoportuno y descortés.

—Usted me dirá á qué debo el honor de esta visita, —repuso Raimundo con voz un poco temblorosa.

—Pues... (la dama vaciló unos instantes) lo debe V. al honor que me hace siguiéndome hace dos meses como una sombra chinesca á todas partes. ¿Le parece á V. que es agradable traer un espantajo detrás en cuanto una sale á la calle? Ha conseguido V. ponerme nerviosa, y para no enfermar como el lego de *Los Madgyares*, he dado el paso ridículo de subir hasta aquí á rogarle que cese en su persecución. Si V. tiene que decirme algo interesante, dígamelo de una vez y concluyamos.

Fueron estas palabras pronunciadas arrebatadamente, como quien se encuentra en una situación falsa y quiere salir de ella exagerando el enojo. Raimundo la miró lleno de asombro, cosa que molestó á Clementina y aun más la precipitó.

—Señora, siento en el alma haberla ofendido... Estaba muy lejos de mi ánimo... ¡Si V. supiera los sentimientos que en mí despierta su figura!... (balbució con trabajo).

Clementina le atajó diciendo:

—Si V. va á declararme su amor, puede ahorrarse la molestia. Soy casada... y aunque no lo fuese sería lo mismo.

—No, señora; no voy á hacerle una declaración, —repuso el joven entomólogo sonriendo. —Voy á explicarle á V. mi persecución. Comprendo bien que V. se haya equivocado respecto á los sentimientos que me inspira, y encuentro natural que le hayan ofendido. ¡Qué lejos estará V. de sospechar la verdad! Yo no estoy enamorado de V. Si lo estuviese, es bien seguro que no la seguiría como un pirata callejero,... sobre todo en las circunstancias en que ahora me encuentro...

Raimundo se puso serio al llegar aquí é hizo una pausa. Luego dijo precipitadamente, con voz alterada por la emoción:

—Señora, mi madre se ha muerto hace poco tiempo... y V. se parece muchísimo á mi madre.

Y al pronunciar estas palabras se quedó mirándola con una atención ansiosa, húmedos los ojos, haciendo esfuerzos heroicos por no romper á sollozar.

Esta revelación produjo en Clementina asombro y duda al mismo tiempo. Permaneció inmóvil y muda mirándole también fijamente. Raimundo comprendió lo que pasaba por su espíritu, y dijo empujando la puerta de su despacho:

—Vea V., vea V. si no es verdad lo que le digo.

La dama avanzó dos pasos y vió en la pared frontera, sobre el sillón mismo de la mesa de escribir, el retrato en fotografía ampliada de una señora excepcionalmente hermosa, y que, sin duda, guardaba cierto parecido con ella, aunque no tan claro como el joven decía. Sobre el retrato, sujeto al marco, había un ramo de siemprevivas.

—Algo nos parecemos,—dijo después de contemplar el retrato con atención.—Pero esa señora era más hermosa que yo.

—No; más hermosa, no. Tenía más dulzura en los ojos y eso daba á su fisonomía un encanto indecible. Era su alma pura y bondadosa que brillaba en ellos.

Pronunció estas palabras con entusiasmo, sin reparar en la falta de galantería que estaba cometiendo. El orgullo de Clementina padeció aún más por la inocencia y sinceridad con que fueron pronunciadas. Ambos contemplaron el retrato en silencio algunos segundos. En los ojos de Raimundo temblaban dos lágrimas. La dama dijo al cabo:

—¿Qué edad tenía su mamá?

—Cuarenta y un años.

—Yo tengo treinta y cinco,—replicó con mal disimulada satisfacción.

Raimundo volvió hacia ella la vista.

—Es V. joven aún y muy bella... Pero mi madre

tenía la tez más fresca á pesar de llevarle algunos años. Su cutis era terso como el raso. En los ojos no se notaba cansancio alguno. Parecían los de un niño... Es natural. La vida de mamá fué suave y tranquila; ni su cuerpo ni su alma se habían gastado.

No observaba que indirectamente estaba diciendo algunas groserías á la señora que tenía presente. Ésta se sintió fuertemente picada; pero no osó mostrarlo porque el dolor del joven y la sinceridad con que hablaba le impusieron respeto. Lo que hizo fué cambiar de conversación, echando una mirada de curiosidad por el despacho.

—Parece que se dedica V. á coleccionar mariposas.

—Sí, señora, desde niño. He logrado reunir una cantidad de especies bastante respetable. Las tengo muy lindas y curiosas... Mire V.

Clementina se acercó á uno de los armarios. Raimundo se apresuró á abrirlo y le puso en la mano un cartón donde estaban fijadas algunas lindísimas de vivos y brillantes colores.

—En efecto, son bonitas y originales. ¿Qué utilidad saca V. de coleccionarlas? ¿Las vende V.?

—No, señora, —repuso sonriendo el joven. —Es con un fin puramente científico.

—¡Ah!

Y le echó una rápida mirada de curiosidad. Clementina no simpatizaba mucho con los hombres de ciencia, pero le infundían cierto vago respeto mezclado de temor, como seres extraños á quienes una parte del mundo concede superioridad.

—¿Es V. naturalista?—le preguntó después.

—Estudio para serlo. Mi padre lo ha sido...

Mientras le mostraba su preciosa colección con el gozo especial no exento de desdén con que los sabios enseñan sus trabajos á los profanos, le fué enterando de su vida sencilla. Al llegar á la enfermedad de su madre volvió á conmoverse y las lágrimas á brotar á sus ojos. Clementina le escuchaba con atención, recorriendo con la vista los cartones que le ponía delante, dejando escapar algunas palabras, ora de elogio á los matizados insectos, bien de compasión cuando Raimundo llegó á describirle la muerte de su madre. Afectaba desembarazo, distracción: no lograba, sin embargo, disipar la confusión en que la ponía el extraño paso que había dado, la situación anómala en que se hallaba. Salió de ella bruscamente, como hacía siempre las cosas. Se puso seria y tendió la mano al joven, diciéndole:

—Mil gracias por su amabilidad, señor Alcázar. Me voy, celebrando mucho que no haya sido el objeto de su persecución el que yo sospechaba... De todos modos, sin embargo, le ruego no continúe en ella... Ya ve V.; soy casada, y cualquiera podría pensar que yo la aliento ó doy algún motivo...

—Pierda V. cuidado, señora. Desde el momento en que á V. la molesta me guardaré de seguirla. Perdóneme V. en gracia del motivo,—respondió el joven apretándole la mano con una naturalidad y afectuosa simpatía que lograron interesar á la dama. Pero no lo demostró: al contrario, se puso más seria y emprendió la marcha hacia la sala. Raimundo la siguió, y al pasar delante de ella para

abrirla la puerta, le dijo sonriendo con una franqueza seductora:

—No valgo nada, señora; pero si algún día quisiera V. servirse de mi insignificante persona, ¡no sabe V. el placer que me causaría con ello!

—Gracias, gracias,—repuso secamente Clementina sin detenerse.

Al llegar á la puerta de la escalera y al tirar del pasador, el joven vió asomar la cabecita curiosa de su hermana en el fondo del pasillo.

—Ven aquí, Aurelia,—la dijo.

Pero la niña no hizo caso y se retiró velozmente.

—Aurelia, Aurelia.

Bien á su pesar, ésta salió al pasillo y avanzó hacia ellos sonriente y roja como una cereza.

—Aquí tienes á la señora de quien te he hablado, que tanto se parece á mamá.

Aurelia la miró sin saber qué decir, sonriente y cada vez más ruborizada.

—¿No se parece muchísimo? Di.

—Yo no lo encuentro...—respondió la joven después de vacilar.

—¿Lo ve V.?—exclamó la dama volviéndose á Raimundo con la sonrisa en los labios.—No ha sido más que una fantasía, una alucinación.

Traslucíase un poco de despecho debajo de estas palabras. La presencia de Aurelia hacía más falsa aún su situación.

— No importa, — repuso Raimundo. — Yo veo claro el parecido, y basta.

La puerta estaba ya abierta.

— Tanto gusto... — dijo Clementina dirigiéndose á Aurelia sin extenderle la mano, inclinándose con una de esas reverencias frías, desdeñosas, con que las damas aristócratas establecen rápidamente la distancia que las separa del interlocutor.

Aurelia murmuró algunas frases de ofrecimiento. Raimundo salió hasta la escalera para despedirla, repitiéndola algunas frases amables y cordiales que no impresionaron á la dama, á juzgar por su continente grave.

Bajó las escaleras descontenta de sí misma, embargada por una sorda irritación. No era la primera vez, ni la segunda tampoco, que su temperamento impetuoso la colocaba en estas situaciones anómalas y ridículas.

VI

DESDE EL CLUB DE LOS SALVAJES Á CASA DE CALDERÓN

PINTORESCAMENTE diseminados por los divanes y butacas de la gran sala de conversación del *Club de los Salvajes,* yacen á las dos de la tarde hasta una docena de sus miembros más asiduos. Forman grupo en un rincón el general Patiño, Pepe Castro, Cobo Ramírez, Ramoncito Maldonado y otros dos socios á quienes no tenemos el gusto de conocer. Algo más lejos está Manolito Dávalos, solo, y más allá Pinedo con algunos socios, entre los cuales sólo

conocemos á Rafael Alcántara y á León Guzmán, conde de Agreda, por haber sido los de la fiesta nocturna en casa de la Amparo que tanto disgustó al duque de Requena. Las posturas de estos jóvenes (porque lo son en su mayoría) responden admirablemente á la elegancia que resplandece en todas las manifestaciones de su espíritu refinado. Uno tiene puesta la nuca en el borde del diván y los pies en una butaca, otro se retuerce con la mano izquierda el bigote y con la derecha se acaricia una pantorrilla por debajo del pantalón, quién se mantiene reclinado con los brazos en cruz, quién se digna apoyar la suela de sus primorosas botas en el rojo terciopelo de las sillas.

Este *Club de los Salvajes* es más bien un arreglo que una traducción del inglés *(Savage Club)*. Por mejor decir, se ha traducido con una graciosa libertad que mantiene vivo dentro de él el genio español en estrecha alianza con el británico. A más del título, pertenece al inglés todo el aparato ó exterior de la sociedad. Los miembros se ponen indefectiblemente el frac por las noches si es invierno, el *smoking* si es verano; los criados gastan calzón corto y peluca; hay un elegante y espacioso comedor, sala de armas, gabinete de *toilette,* cuartos de baño y dos ó tres habitaciones para dormir; tiene el club, asimismo, servicio particular de coches y caballos de silla. El genio español se manifiesta en multitud de pormenores internos. El que más lo caracteriza es el de la ausencia de metal acuñado, lo cual da origen á muchas y extrañas relaciones de los socios entre sí y de los socios con

el mundo exterior, que constituyen esa complicada y hermosa variedad que no se hallará en ningún otro pueblo de la tierra. Da lugar, sobre todo, á un desarrollo inmenso, inconcebible, de esa palanca poderosa con que el siglo XIX ha llevado á término las más grandiosas y estupendas de sus empresas, el *Crédito*. Realízanse dentro del *Club de los Salvajes* tantas operaciones de crédito como en el Banco de Londres. No sólo se prestan los socios entre sí dinero y juegan sobre su palabra, sino que también realizan la misma operación con el club, considerado como persona jurídica, y hasta con el conserje en calidad de funcionario y como particular. Fuera del círculo, los salvajes, arrastrados de su entusiasmo y veneración por el crédito, lo hacen jugar en casi todas sus relaciones con el sastre, el casero, el constructor de coches, el importador de caballos, el joyero, etc., sin mencionar aquí otras grandes operaciones de la misma clase que de vez en cuando realizan con algún banquero ó propietario. Gracias, pues, á este inapreciable elemento económico, se había hecho casi innecesario, entre los socios del club, el numerario, reemplazándolo dichosamente por otro medio enteramente abstracto y espiritual, la palabra; la palabra oral ó escrita. Vivían, gastaban lo mismo que sus colegas y modelos de Londres, sin libras esterlinas, ni chelines, ni pesetas, ni nada.

Es evidente, pues, la superioridad del club español sobre el inglés en este respecto. También lo es en cuanto á la franqueza y cordialidad con que los socios se tratan entre sí. Poco á poco se habían ido

alejando de las formas correctas, ceremoniosas, que caracterizan á los graves *gentleman* de la Gran Bretaña, dando á su trato cada vez más color local, acercándolo en lo posible al de nuestros pintorescos barrios de Lavapiés y Maravillas. El medio, la raza y el momento son elementos de los cuales no se puede prescindir, lo mismo en la política que en las sociedades de recreo.

El club empieza á animarse siempre después de las doce de la noche, llega á su período álgido á las tres de la madrugada, y desde esta hora comienza á descender. A las cinco ó seis de la mañana se retiran todos santamente en busca de reposo. Durante el día suele verse poco concurrido. Sólo dos ó tres docenas de socios van por las tardes, antes del paseo, á culotear sus boquillas. Embotados aún por el sueño, hablan poco. Les hace falta la excitación de la noche para que muestren en todo su esplendor sus facultades nativas. Éstas parecen concentradas en la nobilísima tarea de poner la boquilla de un hermoso color de caramelo. Si los objetos de arte han sido en otro tiempo objetos útiles, si el Arte arrastra consigo la idea de inutilidad como algunos afirman, hay que confesar que los socios del *Club de los Salvajes,* en materia de boquillas obran como verdaderos artistas. Hácenlas venir de París y de Londres; traen grabadas las iniciales de sus dueños y encima la correspondiente corona de conde ó marqués si el fumador lo es; guárdanlas en preciosos estuches, y cuando llega el caso de sacarlas para fumar lo realizan con tales cuidados y precauciones, que en realidad se convierten en objetos mo-

lestos más que útiles. Hay salvaje que se estraga fumando sin gana cigarro sobre cigarro, sólo por el gusto de ahumar la boquilla antes que alguno de sus colegas. Y si no es así, por lo menos, nadie se cuida de saborear el tabaco: lo importante es soplar el humo sobre la espuma de mar y que vaya tomando color por igual. De vez en cuando sacan el fino pañuelo de batista, y con una delicadeza que les honra se dedican largo rato á frotarla mientras su espíritu reposa dulcemente abstraído de todo pensamiento terrenal. Graves, solemnes, armoniosos en sus movimientos, los socios más distinguidos del *Club de los Salvajes* chupan y soplan el humo del tabaco de dos á cuatro de la tarde. Hay en esta tarea algo de íntimo y contemplativo, como en toda concepción artística, que les obliga á bajar los párpados y á subir las niñas de los ojos para mejor recrearse en la pura visión de la Idea que reside en toda boquilla de ámbar y espuma de mar.

En este elevadísimo estado de alma se hallaba nuestro amigo Pepe Castro ahumando una que figuraba la pata de un caballo, cuando le sacó de su éxtasis la voz de Rafael Alcántara que desde lejos le gritó:

—¿Conque es verdad que has vendido la jaca, Pepe?

—Hace ya unos días.

—¿La inglesa?

—¿La inglesa?—exclamó levantando los ojos hacia su amigo con asombro y reconvención.—No, hombre, no; la cruzada.

—Chico, como no hace dos meses siquiera que

la has comprado, no creía que te deshicieses de ella.

—Ahí verás tú,—replicó el bello calavera adoptando un continente misterioso.

—¿Algún defecto oculto?

—A mí no se me oculta ningún defecto,—dijo con orgullo.

Y todos lo creyeron, porque en este ramo del saber humano no tenía rival en Madrid, si no era el duque de Saites, reputado como el primer mayoral de España.

—Ah, vamos, falta de *luz*.

—Tampoco.

Rafael Alcántara se encogió de hombros y se puso á hablar con los que tenía cerca. Era un joven rubio, de fisonomía gastada, de ojos pequeños y verdosos, malignos y duros. Como otros tres ó cuatro de los que asistían á diario al club, entraba en él y alternaba con toda la aristocracia, sin derecho alguno. Alcántara era de familia humilde, hijo de un tapicero de la calle Mayor. En muy poco tiempo se había gastado la pequeña hacienda que le dejó su padre y después vivió del juego y á préstamo. A todo Madrid debía y hacía gala de ello. La condición que le mantenía abiertas las puertas de la alta sociedad era su valor y su cinismo. Alcántara era hombre bravo de veras, se había batido tres ó cuatro veces y estaba siempre dispuesto á hacerlo por el más mínimo pretexto. Además, era un desvergonzado, hablaba siempre en tono despreciativo, aunque fuese á la persona más respetable, y estaba dispuesto á burlarse de todo el mundo. Estas cuali-

dades le habían hecho adquirir gran prestigio entre los jóvenes salvajes; se le trataba como á un igual, se contaba con él en todas las francachelas; pero nadie preguntaba por su dinero.

—Mi general, le habrá á V. gustado ayer la Tosti, ¿eh?—dijo Ramoncito Maldonado dirigiéndose á Patiño.

—En la romanza solamente,—repuso el guerrero sensible después de dirigir con destreza una larga bocanada de humo á su boquilla que representaba un obús montado sobre su cureña.

—No diga V. que en el dúo ha estado mal.

—¡Vaya si lo digo!

—Pues, señor, entonces declaro que no entiendo una palabra, porque me ha parecido sublime,—replicó el joven con señales de hallarse picado.

—Esa declaración te honra, Ramón. Sabes hacerte justicia,—dijo Cobo Ramírez, que no perdía ocasión de vejar á su amigo y rival.

—¡Ya lo creo, como que sólo tú eres el inteligente!—exclamó vivamente el concejal.—Mira, Cobo, aquí el general puede hablar porque tiene motivos, ¿estamos?... pero tú debes callarte porque me gastas una oreja como la de una cocinera.

—Pero hombre, ¿por qué se picará tanto Ramoncito, en cuanto V. le dice algo?—preguntó el general riendo.

—No sé,—repuso Cobo dando un chupetón al cigarro mientras sus facciones se contraían con una leve sonrisa burlona.—Si le contradigo se enfada, y si repito lo que él dice, lo mismo.

—¡Se entiende, chico, se entiende! Si ya sabemos

que eres un guasón de primera fuerza; no necesitas esforzarte más delante de estos señores... Pero lo que es ahora, has dado una buena pifia.

—Yo sostengo lo mismo que el general. El dúo estuvo muy mal cantado,—dijo con calma provocativa Cobo.

—¡Qué importa que tú sostengas uno ú otro!—exclamó ya fuera de sí Maldonado. —¡Si no conoces una nota de música!

—¡Alto! Tengo más derecho á hablar de música, puesto que no cencerreo como tú el piano. Por lo menos soy un ser inofensivo.

Siguió una disputa larga entre ambos, viva y descompuesta por parte de Ramoncito, tranquila y sarcástica por la de Cobo, que se gozaba en sacar á aquél de sus casillas. No poco se divertían también los presentes, poniéndose unos de parte del concejal y otros de su competidor para más prolongar el recreo.

—¿Sabéis que esta tarde se bate Álvaro Luna?—dijo uno cuando ya iban hastiados de los dimes y diretes del concejal y Cobo.

—Eso me han dicho, —respondió Pepe Castro cerrando los ojos con voluptuosidad, mientras chupaba el cigarro.—En el jardín de Escalona, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿A sable?

—A sable.

—Vamos, un chirlo más,—dijo León Guzmán desde su asiento.

—Con punta.

—¡Oh! ya es otra cosa.

Y los salvajes presentes mostraron entonces interés en el duelo.

—Álvaro tira poco. El coronel debe llevarle ventaja. Es más hombre, y además tira con mucha energía.

—Con demasiada,—dijo Pepe Castro sacando el pañuelo después de haber arrojado la punta del cigarro y poniéndose á frotar con esmero la boquilla.

Todos volvieron los ojos hacia él porque tenía fama de habilísimo tirador.

—¿Crees tú?

—Desde luego. La energía es conveniente hasta cierto límite; pasando de él, muy expuesta, sobre todo cuando los sables tienen punta. Si se las cortasen, todavía redoblando los ataques sin descanso se puede hacer algo. Por lo menos, es posible aturdir al contrario. Pero cuando la llevan hay que andarse con ojo. Álvaro no tira mucho; pero es frío, tiene un juego cerrado y estira el pico que es un primor. Que no se descuide el coronel.

—¿La cuestión ha sido por la cuñada de Álvaro?

—Al parecer.

—¿Y á él qué diablos le importa?...

—¡Ps... ahí verás!

—Como no esté enamorado de ella, no comprendo...

—Todo podría ser.

—¡La niña es de oro! Este verano, en Biarritz, ella y el chico de Fonseca se ponían de un modo por las noches en la terraza del casino, que era cosa de sacar fotografías iluminadas.

—Allá Cobo, antes de irse, hizo también algunos cuadros disolventes en los jardinillos.

—¡Sí, sí; bien me ha comprometido esa chica!—dijo Cobo en tono cómicamente desesperado.

—Ya no tenías mucho que perder. Desde el negocio de Teresa estás deshonrado,—dijo Alcántara.

—Siempre va la desgracia con la hermosura,—apuntó con tonillo irónico Ramoncito.

—¿También tú, Ramón?—exclamó con afectado asombro Cobo.—Vamos, llegó el momento de que los pájaros tiren á las escopetas.

—Pues, señores, confieso mi debilidad. No puedo estar al lado de esa chica sin ponerme malo,—dijo León Guzmán.

—Ni esa niña puede tampoco estar al lado de un chico tan guapo y tan risueño como tú, sin ponerse enferma también,—dijo Rafael Alcántara.

—¿Me quieres seducir, Rafael?

—Sí, chico, para que me dejes mañana la llave de tu cuarto y no parezcas en toda la tarde por allá. Lo necesito.

—Es que tengo una colcha preciosa de raso.

—Se tendrá cuidado con la colcha.

—Y hay además un criado que se dedica, con gran afición, al dibujo por las tardes.

—Se le darán dos duros al criado para que vaya á dibujar á otro lado.

—Y una vecinita que pasa la vida acechando desde su ventana lo que hay y lo que no hay en mi habitación.

—Se la convidará... digo, se bajarán las persianas... Oye, Manolito, ¿te vas á pasar toda la juventud tirado en ese diván sin decir palabra?

Manolito Dávalos descansaba, en efecto, en actitud sombría y melancólica, sin que le hubiesen impulsado á levantar la cabeza los dichos de su amigo. Al oirse nombrar la alzó con sorpresa y mal humor.

—¡Si tú te encontraras en mi posición, qué poca gana tendrías de bromear, Rafael!—dijo exhalando un suspiro.

Hay que advertir que el joven marqués de Dávalos, que nunca había poseído una inteligencia muy clara, teníala de algún tiempo á esta parte bastante perturbada. Según la expresión vulgar estaba un poco chiflado ó tocado. Sus amigos sabían todos que este trastorno procedía de la ruptura con la Amparo, que le había comido en poco tiempo su fortuna y de quien estaba aún profundamente enamorado. Tratábanle con cierta protección entre burlona y benévola; pero se abstenían, si no es muy embozadamente y con precauciones, de bromearle con su ex querida, porque alguna vez que se

propasaron, Manolito fué víctima de ataques de cólera muy semejantes á la locura. Tenía poco más de treinta años, estaba calvo, la tez y los labios marchitos, los ojos apagados. Sus cuatro hijos habíalos recogido la suegra. Vivía en una fonda con la pensión que le pasaba una tía vieja de quien era presunto heredero. Sobre la esperanza de esta herencia algunos usureros le prestaban dinero.

—Si yo me encontrara en tu caso, ¿sabes lo que haría, Manolo?... Casarme con mi tía.

Los amigos rieron, porque la tía de Dávalos tenía cerca de ochenta años.

—Bueno, bueno,—exclamó éste con acento doloroso; —bien se conoce que no has tenido que luchar con indecentes usureros toda la mañana para concluir por dejarles algo... que es una infamia empeñar,—añadió por lo bajo.

—¡A mí con ingleses!... ¿Tú no sabes, Manolito, que todos los meses tengo que renovar el timbre de la puerta de mi casa porque lo gastan ellos de tanto tirar?... Pero yo lo tomo con más filosofía. Lejos de disgustarme, experimento una gran satisfacción cada vez que viene á visitarme un acreedor, porque es la prueba de que soy un buen hijo, de que cumplo la última voluntad de mi padre.

Los salvajes de los dos grupos le miraron con curiosidad, sonriendo.

—¿Cómo es eso, Rafael? —preguntó Pepe Castro.

—Habéis de saber que mi padre se murió diciéndome: «¡El deber, hijo! ¡el deber! ¡Ante todo el deber!»... Fueron sus últimas palabras. Yo, cum-

pliendo con este sagrado consejo, procuro deber todo lo posible.

Hizo gracia á sus compañeros este rasgo cínico y lo celebraron con algazara. Rafael, sustrayéndose modestamente á sus aplausos, se acercó á Dávalos, y pasándole una mano por encima del hombro le dijo, bajando la voz aunque no tanto que no pudiesen oirle los amigos:

—Pues sí, Manolito, no es broma. Yo me casaría con mi tía. ¿Qué se pierde con ello? Es una vieja... ¡Mejor! Así se morirá más pronto. Pero en cuanto te cases entras á manejar su fortuna y no tienes necesidad de aguardar los años que á ella se le antoje vivir. A ti lo que te hace falta como á mí es *guita*. Desengáñate; si la tuviéramos nos pondríamos más gordos que Cobo Ramírez... Además, en cuanto seas rico, le birlas la Amparo á Salabert, ¿no comprendes?

El marquesito levantó la vista hacia su amigo abriendo mucho los ojos, donde se reflejaba la duda de si hablaba en serio ó en broma. No advirtiendo en el rostro imperturbable de Alcántara señal de burla, comenzó á enternecerse: habló de su antigua querida con tal entusiasmo y veneración que haría reir á cualquiera. El proyecto ya no le pareció tan insensato: se entretuvo en pesarle largamente y estudiarle por todas sus fases. Mientras tanto Rafael le escuchaba con afectada atención, animándole á proseguir con signos y frases de afirmación. Nadie pensaría que se estaba mofando de él, á no ser porque de vez en cuando, aprovechando los instantes en que el tocado marqués miraba á la punta de

sus botas buscando alguna frase bastante expresiva para ponderar su amor, hacía guiños maliciosos á los amigos que los contemplaban con curiosidad burlona.

Abrióse la mampara del salón y apareció Álvaro Luna. Los salvajes le acogieron con exclamaciones de afecto y burla.

—¡Bravo, bravo! Aquí está el reo en capilla.

—Mirad qué cara trae.

—¡Como que está al borde de la tumba!

El recién llegado sonrió vagamente y tendió una mirada escrutadora por el salón. Álvaro Luna, conde de Soto, era hombre de treinta y ocho á cuarenta años, delgado, de mediana estatura, ojos vivos y duros y rostro bilioso.

—¿Habéis visto á Juanito Escalona?—preguntó.

—Sí,—dijo uno.—Aquí ha estado hace una media hora. Me ha dicho que le aguardases, que á las cuatro menos cuarto en punto vendría.

—Bueno, esperaremos,—repuso avanzando con calma y sentándose al lado de ellos.

La broma continuó.

—Veamos, veamos cómo está ese pulso,—dijo Rafael cogiéndole por la muñeca y sacando al mismo tiempo el reloj.

El conde entregó su mano sonriendo.

—¡Jesús, qué atrocidad! ¡Ciento treinta pulsaciones por minuto! Ningún condenado á muerte las ha tenido.

No era verdad. El pulso estaba normal, y así lo manifestó el mismo Alcántara á los amigos haciendo una seña negativa. Álvaro no se alteró

por la mentira. Poseído de su valor y convencido de que no dudaban de él, siguió con la misma vaga sonrisa en los labios.

—Vaya, mañana á las cuatro de la tarde el entierro. Lo siento, porque tenía que ir de caza con Briones, —dijo uno.

—¡Y que no es pequeña la carrera desde la casa mortuoria á San Isidro! —respondió otro.

—No, hombre, no, —apuntó un tercero; —lo llevarán á la estación del Norte para conducirlo á Soto, al panteón de familia.

Las bromas no eran de buen gusto. Sin embargo, el conde no se impacientaba, quizá temiendo que el más pequeño signo de impaciencia, en aquella ocasión, hiciese dudar de su serenidad. Alentados con esta paciencia, los jóvenes salvajes cada vez le apretaban más con su vaya, repitiendo con variantes la misma idea del entierro. La verdad es que se iban haciendo pesados; pero no lograron ahuyentar su fría y vaga sonrisa. Respondíales pocas veces: cuando lo hacía era con breves palabras displicentes. Al fin, sacando el reloj, dijo:

—Son las tres. Quedan tres cuartos de hora. ¿Quién quiere echar un tresillo?

Era un pretexto para librarse de aquellas moscas y al mismo tiempo un acto que confirmaba su sangre fría. Tres de los amigos se fueron con él á la sala de juego. No tardaron en rodearles los demás. La broma siguió lo mismo que en el salón.

—¡Miradle, cómo le tiembla la mano!

—Dentro de una hora ese hombre habrá dejado de existir.

—Oyes, Alvaro, debías de legarme la Conchilla.

—No hay inconveniente,—repuso aquél arreglando sus cartas.

—Ya lo oyen Vds., señores; la Conchilla es mía por testamento... ¿Cómo se llama este testamento, León?

—Testamento nuncupativo,—dijo éste, que sabía algo de leyes por andar en pleito hacía tiempo con unos primos.

—La Conchilla me pertenece por testamento nuncupativo. Gracias, Álvaro. Haré que vista luto y respetaremos tu memoria hasta donde se pueda. ¿Tienes algo que encargarme?

—Sí, que la sacudas el polvo cada ocho ó diez días. Si no suelta algunas lágrimas todas las semanas se pone enferma.

—Corriente. Así se hará.

—¡Ah! y que sea con el bastón. Se ha acostumbrado á ello y no lo tolera con la mano.

—Perfectamente.

Cada vez era mayor la algazara. La imperturba-

bilidad del conde hacía muy buen efecto. Detrás de aquellas bromas se adivinaba que sus amigos le querían y respetaban su valor. En esto apareció un criado y le presentó una carta en bandeja de plata. La tomó y la abrió con curiosidad. Al recorrerla volvió á sonreir y la pasó á los que tenía al lado. Era del dueño de la Funeraria ofreciéndole sus servicios y remitiéndole un prospecto con los precios. Alguno de aquellos chicos se había divertido en pasarle aviso. Tampoco se ofendió: parecía muy interesado en el juego.

Al fin entró en la sala Juanito Escalona en su busca. Después de ajustar cuentas se levantó de la silla. Todos le rodearon.

—¡Buena suerte, Álvaro!

—Me da el corazón que lo ensartas.

—No seas tonto; nada de ensartar. A concluir pronto, aunque sea con un rasguño.

En aquel momento terminaban las bromas y estallaba el compañerismo. El conde encendió un cigarro puro con toda calma y dijo con la mayor naturalidad:

—Hasta luego, señores.

Había una parte efectiva de valor en aquella actitud serena, imperturbable del conde; pero había también buena porción de esfuerzo y estudio. Los jóvenes salvajes, aunque poco dados en general á la literatura, recibían no obstante su influencia. Lo que entre ellos priva son los folletines y las novelas de salón. Estas novelas trazan la figura de un hombre ideal lo mismo que los libros de caballería. Solamente que en las antiguas novelas, el

hombre dechado era el que por amor á las nobles ideas de justicia y caridad acometía empresas superiores á sus fuerzas, mientras en las modernas es el que por temor al ridículo se abstiene de todo entusiasmo y de toda acción generosa. Al hombre que arriesgaba su vida en todos los momentos por una causa útil á sus semejantes, ha sustituído el que la arriesga por las nonadas de la vanidad ó la soberbia. Al caballero ha sucedido el espadachín.

Quedáronse los tertulios comentando la serenidad del conde. Se le ensalzó aunque no muy vivamente ni por mucho tiempo, porque es regla primera del buen tono no asombrarse jamás, y la segunda hablar prolijamente de las cosas leves y con sobriedad de las graves. Deshízose al fin la tertulia vespertina, saliendo casi todos sus preclaros miembros y esparciéndose por Madrid á difundir sus doctrinas, las cuales pueden resumirse de este modo: «El hombre nació destinado á firmar pagarés y gastar bigotes retorcidos. El trabajo, la instrucción, el orden, son atentatorios al estado de naturaleza y deben proscribirse de toda sociedad bien organizada».

Ramoncito Maldonado, como siempre, se agarró á los faldones de su amigo Pepe Castro. El lector está enterado ya de la profunda admiración que le profesaba. Ahora le toca saber que Pepe Castro se dejaba admirar lleno de condescendencia, y que de vez en cuando se dignaba iniciarle en algunos inefables secretos referentes á sus altas concepciones sobre las yeguas inglesas y las boquillas de ámbar. Ramoncito iba poco á poco adquiriendo

nociones claras, no sólo de estas cosas sino también del modo más adecuado de combinar el idioma francés con el español en la conversación familiar. Pepe Castro poseía el don admirable de olvidar, en un momento dado, la palabra castellana, y después de algunas vacilaciones pronunciar la francesa con perfecta naturalidad. Ramoncito también lo hacía, pero con menos elegancia. Asimismo iba distinguiendo bastante bien las ostras de Arcachón de las que no son de Arcachón, el Château-Laffite del Château-Margaux, la voz de pecho, en los tenores, de la voz de cabeza, y la pasta dentífrica de Akinson de las otras pastas dentífricas. No obstante, Ramoncito, como todos los neófitos, mucho más si poseen un temperamento exaltado y entusiasta, exageraba la doctrina del maestro. Sean ejemplo de esta exageración los cuellos de camisa. Porque Pepe Castro los gastase altos y apretados ¿había razón para que Ramoncito anduviese por esas calles de Dios con la lengua fuera, padeciendo todo el día los preliminares de la pena del garrote? Y si Pepe Castro, por motivo de una enfermedad nerviosa que había tenido de niño, cerraba el ojo izquierdo con frecuencia, lo cual sin duda le agraciaba, ¿con qué derecho pasaba el día Ramoncito haciendo guiños á la gente con el suyo? Además, el joven concejal cargaba de perfumes no tan sólo el pañuelo y la barba, sino toda su ropa, de suerte que á los diez metros aun trascendía y de cerca producía mareos. Pues bien, después de examinadas detenidamente, no hemos hallado en las ideas de su venerado maestro nada que justifique esta censurable tendencia.

Los más bellos y elevados preceptos de los grandes hombres, degeneran y se pervierten al realizarse por sectarios y continuadores. Pepe Castro, aunque advertía estas deficiencias é imperfecciones de su discípulo, no se las echaba en cara; antes, con la nobleza propia de los grandes caracteres, extendía sobre él su clemencia para perdonarlas y ocultarlas. Nadie osaba, en su presencia, hacer burla de los cuellos ni de los guiños de Ramoncito.

Eran poco más de las cuatro cuando entrambos salvajes salieron del club abrochándose los guantes. A la puerta estaba la *charrette* de Castro, que éste despidió dando hora al cochero para el paseo. Antes debía hacer una visita á ruego de Ramoncito. Caminaron por la calle del Príncipe, donde el club está situado, á paso lento, observando con fijeza á las mujeres que cruzaban. Deteníanse á veces un instante para hacer algunas indicaciones luminosas sobre su garbo y elegancia, no como el tímido transeunte que contempla y suspira, sino como dos bajáes que entrasen en un mercado de esclavas y antes de elegir discutiesen las cualidades de cada una. A los hombres arrojábanles una rápida mirada despreciativa, y por si esto no bastaba se envolvían en una fuerte bocanada de humo para hacerles presente que ellos, Pepe y Ramón, pertenecían á un mundo superior, y que si caminaban por la calle del Príncipe era sólo por capricho y momentáneamente. Siempre que se dignaban pasear un poco á pie entre calles como ahora, en la expresión de su rostro había cierto matiz de sorpresa al ver que su paso no era aco-

gido por la muchedumbre con rumores de admiración.

Maldonado era más locuaz que su amigo. Sobre lo que iba y venía expresaba su opinión levantando el rostro sonriente hacia Castro, que permanecía grave, solemne, respondiendo con monosílabos y adecuados gruñidos. Digamos que Ramoncito era mucho más bajo que su maestro, no sólo moral sino también físicamente. Cuando paseaban á pie representaban verdaderamente, el uno al sabio profesor que va dejando caer gota á gota el raudal de su ciencia; el otro al ardoroso neófito ávido de enterarse y penetrar cuanto abarca su vista.

—¿Adónde vamos?—preguntó distraídamente Castro al llegar á las cuatro calles.

—Hombre, ¿no habíamos quedado en pasar por casa de Calderón?—dijo tímidamente y un poco despechado Ramoncito.

—¡Ah! sí: se me había olvidado.

El joven concejal guardó silencio, admirando en su fuero interno aquella singular facultad de olvidarlo todo, que poseía su amigo. Y siguieron por la Carrera de San Jerónimo hacia la Puerta del Sol.

—¿Cómo estás con Esperancita?—se dignó preguntar Castro, soltando una bocanada de humo y parándose á mirar un escaparate.

Ramoncito se puso serio repentinamente, casi casi pálido y comenzó á balbucir á tropezones.

—Lo mismo, chico... Tan pronto arriba como abajo... Unos días la encuentro muy amable... es decir, amable, no; pero al menos habladora. Otros con un hocico de tres varas: se marcha en cuanto

entro: apenas contesta al saludo, como si la hubiese ofendido... Comprendo que alguna vez ha tenido motivos para estar enfadada, porque en el Real suelo ir al palco de las de Gamboa, y pienso que se le ha metido en la cabeza que me gusta Rosaura... ¡Mira tú qué tontería! ¡Rosaura!... Pero hace lo menos un mes que no subo á saludarlas... y lo mismo: ¡lo mismo, chico, lo mismo!... El otro día la pude pillar sola en el gabinete unos momentos, y de prisa y corriendo la he dicho que deseaba saber en qué quedábamos; porque ya ves tú, no es cosa de estar haciendo el oso eternamente... Me escuchó con paciencia... Te advierto que yo estaba enteramente arrebatado y apenas sabía lo que iba diciendo. Cuando concluí me dijo que no tenía motivos para estar enfadado y se escapó á la sala. Después de esto ¿quién no había de entender que estaba el asunto arreglado? Vamos á ver, cualquiera en mi caso ¿no pensaría que íbamos á entrar en el terreno de la formalidad?... Pues nada, á los dos días voy por allá, intento hablarla aparte en calidad de novio y me da un bufido que me dejó helado... Y así estoy: ni sé si me quiere ó si deja de quererme, ni tengo tranquilidad para dedicarme á mis quehaceres, ni hago otra cosa que pensar en esa maldita chiquilla.

—Yo creo,—respondió Castro sin dejar de contemplar con atención el escaparate frente al cual estaban,—que esa niña te ha cogido la acción.

Ramoncito le miró sorprendido y respetuoso á la vez.

—¿Cómo la acción?—se aventuró á preguntar.

—Sí; la acción. Lo importante, en cualquier combate, es coger la acción al contrario. Si en el momento en que él piensa atacarte atacas tú con decisión, es casi seguro que llegas. Si vacilas, eres perdido.

Al pronunciar las últimas palabras, dejó de contemplar el escaparate y siguió su marcha majestuosa por la acera. Ramón hizo lo mismo. No había entendido bien la aplicación que podía tener este símil arrancado á la esgrima en su caso, pero se abstuvo de pedir explicaciones.

—¿De modo que tú opinas...?

—Opino que estás demasiado enamorado de esa chica y que ella lo sabe.

—Pero vamos á ver, Pepe, ¿qué motivos puede tener para rechazarme?—comenzó á decir sulfurado Ramoncito y como hablándose á sí mismo.—¿Qué es lo que espera esa chiquilla?... Su padre tiene dinero; pero serán varios hermanos á repartirlo. Mariana es joven, y cuando menos se pensaba ha principiado otra vez á echar al mundo niños. Además, ya sabes cómo es D. Julián. Antes que soltar un cuarto le harán rajas. Y francamente, esperar á que se muera no me parece un negocio. Yo no soy un potentado, pero tengo fortuna regular, que es mía ya, sin esperar á que se muera nadie... Puedo proporcionarla las mismas comodidades que tiene en su casa y el mismo lujo... mayor lujo,—añadió sacudiendo la cabeza con plausible resolución.—Luego, tengo por delante una carrera política. ¿Sabe ella si el día menos pensado no seré subsecretario ó director? Mi fami-

lia es mejor que la suya: mi abuelo no ha sido un tendero como el padre de D. Julián... Luego, no es una divinidad ni mucho menos, una de esas chicas que llamen la atención, ¿sabes tú?... ¿Por qué hace tantos remilgos cuando yo soy quien le hago favor? ¿Sabes quién tiene la culpa? Pues Cobo Ramírez y otros babiecas como él, que la han llenado la cabeza de viento... ¡Sin duda espera la tonta que venga un príncipe de sangre real á buscarla!...

Ramoncito negaba belleza á su adorada, lo cual es signo de hallarse profunda y sinceramente enamorado el hombre; no ser hija de la vanidad su afición. El exceso de amor le arrastraba á injuriarla.

Castro meditó que tal vez la circunstancia de ser un poco desgalichado y tener el cutis lleno de pecas, influiría para que su amigo no lograse éxito lisonjero en esta como en otras empresas que había acometido, pero se abstuvo de manifestar tal sospecha. Prefirió asentar, cerrando los ojos y soplando el humo del cigarro, esta verdad de carácter general:

—Las chicas son muy estúpidas.

Ramoncito, de acuerdo con ella en principio, insistió, no obstante, en determinarla por medio de aplicaciones más ó menos legítimas.

—¡Es una mentecata!... No sabe ella misma lo que quiere... ¿Crees que será posible llevarla al terreno de la formalidad algún día?

Esto del terreno de la formalidad era una frase que miraba con marcada predilección el joven con-

cejal. Siempre que hablaba de Esperancita brotaba de sus labios tres ó cuatro veces, como si necesariamente fuera asociada á sus amores.

Pepe Castro sintió un malestar indecible y guiñó su ojo izquierdo infinitas veces. En realidad, nunca le había gustado anticipar ideas sobre los acontecimientos futuros. Era más caballista que profeta. Pero en este caso le repugnaba doblemente porque nada halagüeño podía anunciar á su amigo y admirador. Sacóle del compromiso la aparición de una joven hermosa y elegantemente vestida que venía al encuentro de ellos por la acera del Principal.

—Aquí está la Amparo, —dijo con la gravedad displicente y desdeñosa que Ramoncito admiraba.

La querida de Salabert se acercó á ellos sonriente, saludándoles con efusión, particularmente á Pepe Castro. Éste le apretó la mano sin perder de su gravedad ni separar la boquilla de los dientes, lo mismo que á un camarada á quien se acaba de ver en el café.

—¿Adónde vais, granujas?

—Pues á casa de Calderón á pasar un rato.

—Venid conmigo. Voy á comprar un joyero. Me ayudaréis á elegirlo... y me lo pagaréis.

Hablaba en tono alegre y afectuoso: no parecía la misma criatura desabrida y mal humorada que hemos visto en su hotelito del barrio de Monasterio. Sin duda, todo el mal humor lo reservaba para Salabert.

—¡Esto es bueno! —exclamó Castro, dignándose sonreir levemente.—¿Nos pides joyas á nosotros

cuando tienes en tu casa el bolsillo de Salabert? Mete la mano en él, tonta.

—Ya lo hago, hijo. Descuida.

—Pues bien podías proteger un poco al pobre Manolo, que anda á oscuras hace tiempo.

—¡Ay, pobrecillo! ¿Pero de veras anda tan mal de guita? Yo creí que sólo era de la cabeza.

—Eso es; ríete después que le has desplumado.

—Oyes tú, niño: yo no le he desplumado, por una razón muy sencilla: cuando vino á mi poder ya no tenía plumas,—dijo la Amparo poniéndose seria.

—No es verdad eso. Manolo ha gastado contigo más de cuarenta mil duros.

—¡Eche V. duros! Así me lucía á mí el pelo cuando le puse á la puerta. Si tardo un poco más en hacerlo, voy á San Bernardino á la *grande Dumond.*

—Bien, pues no los ha gastado. ¿A mí qué?—repuso el gallardo Pepe alzando los hombros.—¿Quieres venir á cenar hoy con nosotros á Fornos?

—¿Con quién?

—Con éste y conmigo. Invitaremos también á León y á Rafael para que lleven á Nati y Socorro. ¿Tienes inconveniente en que vaya Manolo?

—¡Al contrario, hijo, si á Manolo le quiero más de lo que te figuras!

—Pues harías bien en darle de vez en cuando alguna conferencia íntima: si no, me temo que haya que llevarlo pronto al manicomio.

—No creas que está siempre en mi mano; el otro tío es muy escamón. Después del Real ¿verdad? No me llevéis más gente. El ruido no me conviene ahora que estoy bien colocada ¿sabéis? Hasta luego. Oye, tú, feo, —dirigiéndose á Ramón,— ¿por qué no hablas? Ya me han dicho que quieres casarte con la chiquilla de Calderón... Pues hijo, tú horroroso y ella más fea que azotar á un Cristo, vais á echar unos nenes que habrá que enseñarlos en una barraca. Adiós, Pepe: no te olvides de los boquerones. Ya sabes que no ceno sin ellos. Hasta luego.

Ramoncito se había puesto rojo de ira al oir tratar con tal desprecio á su adorada, sin tener presente que un momento antes había hecho él lo mismo; y hubiera arremetido á la Amparo con alguna insolencia gorda, si ésta no se hubiese alejado sin fijarse poco ni mucho en la desazón que causaba. Contentóse con murmurar fatídicamente rechinando un poco los dientes:

—¡Me parece que voy á ponerte yo la vergüenza que no tienes!

El encuentro con la querida de Salabert, en el momento en que se hallaba en lo más culminante de sus confidencias, le había turbado, y por eso no había despegado los labios. Apresuróse á anudar el hilo por donde aquélla lo había roto, preguntando á su amigo y maestro:

—Vamos á ver, Pepe: tú en mi caso ¿qué harías?

Castro caminó en silencio un rato mirando con fijeza á los balcones de las casas, sorprendido sin duda de que la gente no saliese á verle pasar. Luego, dando tres ó cuatro largos chupetones al cigarro y revistiendo un aire reflexivo y grave, respondió:

—Hombre, (pausa); yo, en tu caso, principiaría por no estar enamorado. El amor es para los *fanciullos*, no para ti y para mí.

—¡Eso es inevitable, Pepe!—exclamó el concejal en un estado tan triste y miserable que daba pena verlo.

—Bien, pues si no puedes vencer esa *chifladura,* lo mejor es no darla á conocer. ¿Por qué tratas de persuadir á Esperancita de que te mueres por ella? ¿Crees que eso sirve para algo? Procura convencerla de lo contrario y verás cuánto mejor es el resultado.

—¿Qué quieres que haga?—preguntó con angustia.

—Que no te manifiestes tan rendido, hombre. Que no seas tan melón. No vayas tanto á su casa; no la mires con ojos de carnero á medio degollar. Llévale la contraria cuando diga alguna tontería: insinúala que hay mujeres que te gustan mucho más; date un poco de tono, y ya verás cómo el asunto toma mejor aspecto...

—¡No puedo, no puedo, Pepe!—exclamó Ramoncito pasándose la mano por la frente en el colmo de la congoja.—Al principio todavía era dueño de mí; podía hablarla con desembarazo y coquetear con otras... ¡Hoy me es imposible! Así que la tengo delante me aturdo, me atortolo, no

digo más que necedades. Si la encuentro de mal humor sobre todo. Cada contestación suya me deja helado. No puedes figurarte qué tono tan displicente sabe sacar esa chiquilla cuando quiere. Si trato de hablar con otra, basta que Esperanza me ponga la cara risueña para que la deje inmediatamente. He llegado á pasar un mes sin dirigirla apenas la palabra; pero al fin no pude resistir más y volví á entregarme. Prefiero su conversación, aunque me maltrate, á la de todas las demás...

Ambos guardaron silencio como si caminasen bajo el peso de una grave desgracia. Pepe Castro meditaba.

—Estás perdido, Ramón,—dijo al fin tirando la punta del cigarro y frotando la boquilla con el pañuelo antes de guardarla.—Estás completamente perdido. Todo eso que me cuentas no tiene sentido común. Si supieses conducirte no hubieras llegado á semejante estado. A las mujeres se las trata siempre con la punta de la bota: entonces marchan admirablemente...

Después de verter estas breves y profundas palabras, se paró delante de un escaparate.

—Hombre, mira qué collar tan bonito. Si le viniese bien al *Pert* se lo compraba.

Ramoncito miró el collar sin verlo, enteramente absorto en sus tristísimos pensamientos.

—Pues, sí, Ramoncillo,—continuó el distinguido salvaje echándole un brazo sobre el hombro,—estás perdido... Sin embargo, yo me comprometía á lograr que Esperanza te quisiera con tal que hicieses lo que te he dicho... Ensaya mi método.

—Ensayaré lo que quieras. Deseo salir á todo trance de esta situación,—repuso el concejal conmovido.

—Pues mira, por lo pronto no irás á casa de Calderón sino cada ocho ó diez días... Iremos juntos ó nos encontraremos allá. No debes quedar solo: en un momento de debilidad echarías á perder toda la obra. Hablarás poco con Esperanza y mucho con las chicas que allí estén. Procura ensalzar á las rubias, á las altas, á las blancas, en fin, á las mujeres que tienen el tipo opuesto al de ella y no dejes de entusiasmarte bastante. Llévale la contraria, pero sin apurarte mucho. Eres muy testarudo y no conviene disputar demasiado. Un tono suave y despreciativo surte mejor efecto. Lo más conveniente es que me mires de vez en cuando. Yo te haré alguna seña con disimulo: de este modo irás siempre pisando en firme...

Todavía, antes de llegar á la puerta de la casa de Calderón, tuvo tiempo Castro para ampliar con otros valiosos datos esta gallarda muestra de su talento didascálico. Sólo una inteligencia maravillosamente perspicua unida á larga y aprovechada experiencia, sólo un espíritu refinado podía penetrar tan hondamente en el secreto conflicto que la resistencia de Esperanza á consagrar su corazón á Ramoncito, había creado. Al mismo tiempo era el único que podía darle una solución satisfactoria. El joven concejal llegó al domicilio de su adorada en un estado de relativa tranquilidad. En cuanto á sus propósitos íntimos, sólo podemos decir que iba determinado á revestirse de un gran aspecto de

dignidad y á oponer abierta resistencia á las tendencias invasoras de la niña de Calderón.

Para comenzar juzgó oportuno meter las manos en los bolsillos y plegar los labios con una sonrisilla irónica y protectora. De esta suerte entró en el gabinete donde estaba reunida la familia del opulento banquero, balanceando la cabeza como si no pudiese con ella á causa del número incalculable de pensamientos que guardaba dentro. De los modales elegantes á los modales groseros no hay más que un paso, como de lo sublime á lo ridículo. Así que, no nos atrevemos á asegurar que Ramoncito, en la primera etapa de su conversación con Esperancita, se mantuviese siempre del lado de acá de la elegancia. Hay algún fundamento para pensar que no fué así. Lo que, salvando nuestra conciencia de historiadores veraces podemos afirmar, es que Esperancita tardó bastante tiempo en advertirlo, y que después de advertido no causó en ella la honda impresión que debía de esperarse.

En el gabinete-costurero donde les introdujeron, estaban bordando D.ª Esperanza, Mariana y Esperancita. Ó hablando con exactitud, las que bordaban eran D.ª Esperanza y Esperancita: Mariana se mantenía sentada en una butaca, mirando al vacío, en perfecto estado de inmovilidad. Pepe Castro y Ramón eran amigos íntimos de la familia y se les recibía sin ceremonia y con agrado. Después de algunos efusivos apretones de manos, con la sola excepción del de Maldonado á Esperancita, que no llegó á realizarse porque aquél se distrajo intencionalmente para dar comienzo digno á la gran

serie de desaires de todas clases con que pensaba atormentar á su adorada, acomodáronse en sendas sillas. Pepe al lado de Mariana, y Ramón junto á D.ª Esperanza. Antes de hacerlo, el joven concejal tuvo ya un momento de debilidad. Viendo á Esperancita un poco apartada de su madre y abuela, pensó que era propicia ocasión para mantener con ella conversación secreta, y vaciló en llevar allá su silla. Una mirada expresiva de Castro le hizo volver en su acuerdo.

—Buenos ojos le vean á V., Pepe,—dijo Esperancita clavando los suyos, risueños y nada feos, en el famoso salvaje.

—Preciosos son los que le están viendo ahora,—se apresuró á decir Ramoncito.

Castro, antes de contestar, le volvió á mirar severamente, y el concejal, aturdido, dijo para amenguar un poco su torpeza:

—Porque esta es la familia de los ojos bonitos.

—Gracias, Ramón. Ya empieza V. á ser falso como todos los políticos,—manifestó Mariana.

—¡Siempre justiciero, Mariana,—exclamó aquél, rojo de placer, oyéndose llamar hombre público.

—¿Cuántos días hace que no he estado aquí?—preguntó Castro á la niña.

—Lo menos quince... Verá V.: ha estado la última vez, un lunes:... estaba aquí Pacita... Hoy es sábado... Trece días justos.

Nunca había tenido tan presentes los días en que Maldonado visitaba la casa. Castro acogió esta prueba de interés con indiferencia.

—Pensé que no hacía tantos días... ¡Cómo se pasa el tiempo! —añadió profundamente.

—¡Claro! A V. se le pasa volando, lejos de nosotros.

El joven sonrió bondadosamente y pidió permiso para encender un cigarro. Después dijo:

—No; aun se me pasa más de prisa al lado de ustedes.

—¿Más que en casa de tía Clementina?—preguntó la niña en un tono inocente que hacía dudar de su intención.

Castro se puso serio y la miró fijamente. Sus relaciones con la hija de Salabert se habían mantenido hasta entonces bastante secretas. El que se descubriesen en casa de la hermana del marido, le inquietó. Esperancita se puso como una cereza bajo la penetrante mirada del joven.

—Lo mismo,—concluyó por decir con frialdad.—Todos son buenos amigos.

—¿Va V. hoy á casa de mi cuñada?—dijo Mariana sin advertir lo que pasaba.

—Iremos Ramón y yo: ¿no es sábado hoy? ¿Y ustedes?

—Yo no tengo gana de recepción. Hace unos días que me encuentro un poco molesta de la garganta.

—No digas que estás enferma, mamá. Di que te gusta más meterte en la cama temprano,—manifestó Esperancita con mal humor.

La madre la miró con sus ojos grandes, apagados.

—Si tengo la garganta irritada, niña.

—¡Qué casualidad!—exclamó ésta en tonillo irónico.—No te he oído eso hasta ahora.

—Si es que tú tienes ganas de ir, —repuso Mariana acabando de adivinarlo,—que te lleve tu papá.

—Bien sabes que papá, no saliendo tú, no quiere salir.

El tono de Esperancita revelaba despecho. Por los ojos de Ramoncito pasó un relámpago de alegría legítima y dirigió una mirada de triunfo á su amigo Pepe. La niña mostraba deseos de ir desde que supo que él asistiría también.

La conversación comenzó á rodar sobre lugares comunes, deteniéndose con predilección en el más común de todos en la corte, ó sea sobre los artistas del teatro Real. Se habló de la belleza de la Tosti. Ramoncito, enternecido por el triunfo que acababa de obtener, quiso negársela y maldijo de las mujeres altas, y sobre todo de las rubias. A él no le gustaban más que los tipos morenitos, carirredondos, de mediana estatura y de ojos negros (en fin, el de Esperancita; no le faltaba más que nombrarla). Su amigo Pepe, alarmado por este desahogo que daba al traste con todos los planes de asedio en que habían convenido, le hizo una porción de guiños disimulados hasta que consiguió traerlo al buen camino; pero lo hizo tan mal, esto es, comenzó á contradecirse de un modo tan lamentable, que las señoras se lo hicieron notar en seguida, y se aturdió y se hizo un lío del cual no hubiera podido salir sin un capote que muy á tiempo le echó su amigo y maestro. Para reparar un poco la torpeza se puso á contarles lo que había pasado el día anterior en el Ayuntamiento, con tales pormenores, que Mariana no tardó en bostezar como una bendita que era,

y doña Esperanza se enfrascó en su bordado y dió señales de estar pensando en cosas muy distintas. Esperancita terminó por hacer una seña á Castro para que se acercase. Éste obedeció trasladándose á una sillita cerca de la de ella.

—Oiga, Pepe,—le dijo la niña en voz baja y temblorosa.—Hace poco le he visto á V. ponerse serio conmigo. No sé si habré dicho algo que le pudiera molestar. Si fué así, perdóneme.

—No sé á qué alude V. A mí no puede molestarme nada de lo que me diga una niña tan linda y tan simpática como V.,—manifestó el joven con su bella sonrisa de sultán.

—Me alegro de que haya sido únicamente aprensión... Muchas gracias por las flores, si es que usted las siente, que lo dudo... A mí me dolería en el alma causarle á V. ningún disgusto...

Al decir estas últimas palabras, la niña se ruborizó hasta las orejas.

—Pues tengo noticia de que es V. aficionada á darlos.

—¡Oh, no!

—Eso dice mi amigo Ramón.

El rostro de Esperancita se oscureció al oir este nombre. Una arruguita severa cruzó su frente virginal.

—No sé por qué lo dice.

—¿No le remuerde á V. nada la conciencia?

—Ni pizca.

—¡Oh, qué corazón tan empedernido!

—¿Por qué? Si le he proporcionado alguna pena será que él se la habrá buscado.

—Eso mismo le he dicho yo... Pero, en fin, creo que el enfermo ya está en vías de curación y que no se pondrá más al alcance de sus dardos... Le veo bastante más alegre y despreocupado de algunos días á esta parte.

Castro trabajaba sinceramente y de buena fe por su amigo.

—Mucho me alegraría de que así sucediese,—respondió la niña con perfecta naturalidad.

Castro hizo una defensa apasionada de su amigo y lo recomendó con toda eficacia á la benevolencia de Esperanza. Mas al verter en el oído de ésta algunas exageradas frases de elogio, el tono displicente con que las pronunciaba y la sonrisa burlona que no se le caía de los labios, las desvirtuaban bastante. Aunque así no fuese, la hija de Calderon las hubiese acogido con la misma hostilidad.

—¡Vamos, Pepe, V. tiene ganas de guasearse!

—¡Que sí, Esperancita, que sí! Ramón tiene un gran porvenir y no será difícil que con el tiempo le veamos ministro.

El concejal, mientras tanto, explicaba con la fluidez que le caracterizaba, á Mariana y D.ª Esperanza, de qué modo había descubierto un fraude de consideración en los derechos de consumos: trescientos cincuenta jamones se habían introducido, hacía pocos días, de matute con la anuencia de algunos empleados del municipio. Ramoncito pensaba llevar á estos empleados á la barra en brevísimo plazo. Mariana le suplicaba que no fuese excesivamente severo con ellos; serían tal vez padres de familia; mas no lograba ablandarle. Indudablemente,

sus principios de justicia municipal eran más inflexibles que sus músculos cervicales, á juzgar por el número incalculable de veces que volvía la cabeza hacia el sitio en que Esperancita y Pepe departían. No estaba celoso: tenía confianza plena en la lealtad de su amigo; pero le gustaba que su adorada le escuchase cuando pronunciaba las frases: «*á la barra*», «*yo pienso dictaminar en mal sentido*», «*la ley municipal exige que los aforos*», *etc.*, á fin de que el ángel de sus amores se fuera penetrando de los altos destinos á que la suerte la tenía reservada uniéndose á un hombre tan enérgico y tan administrativo. Todos aquellos discursos pronunciados en alta voz, no eran más que una continua y tierna invitación para que de una vez entrase «en el terreno de la formalidad».

Oyéronse en esto pasos en la habitación contigua, y una tos que los presentes conocían admirablemente. D.ª Esperanza, al escucharla, entregó con precipitación, mejor dicho, arrojó la labor que tenía entre manos en el regazo de su hija. Cuando Calderón entró, Mariana bordaba con afectada aplicación mientras su madre se mantenía mano sobre mano, como si hiciese largo rato que se hallase en tal postura. Ramoncito y Castro apenas se fijaron en esta maniobra. La razón de ella era que Calderón no perdonaba á su esposa la apatía, la pereza, juzgando estos vicios como verdaderas calamidades, considerándose muchas veces desgraciado por haberse unido á una mujer tan holgazana. No que el trabajo de ella importase poco ni mucho en su casa: pero su temperamento de trabajador infatigable se

revelaba en presencia de otro tan diametralmente contrario. La flojedad, el abandono de Mariana crispaban sus nervios, daban lugar á agrias contestaciones y á reyertas frecuentes. Ella se defendía suavemente, alegando que sus padres no la habían criado para jornalera, porque tenían medios suficientes para hacerla vivir como señora. Con esto don Julián se enfurecía aun más y gritaba que todo el mundo tiene el deber de trabajar, por lo menos de hacer algo; la completa ociosidad es incomprensible; la mujer está obligada á cuidar de que no se desperdicie la hacienda de la casa, ya que no contribuya á acrecentarla, etc., etc. En fin, que la causa de los disgustos domésticos era esta irremediable holgazanería de la señora. D.ª Esperanza era muy diversa de su hija: temperamento activo, vigilante, tan avara ó más que su yerno, no podía jamás estar un cuarto de hora sin tener algo entre manos. En los negocios interiores de la casa no tenía intervención muy señalada, porque Calderón se complacía en ordenarlo y manejarlo por sí mismo todo. Y esto significa una contradicción que debemos hacer resaltar para que se comprenda bien su carácter. Quejábase amargamente porque su mujer no servía para llevar el gobierno de la casa, porque él se veía obligado á hacerse cargo de él; y no obstante, sabiendo que su suegra servía muy bien para el caso, no quería entregárselo. Esto hace sospechar que, aunque Mariana fuese un prodigio de actividad y de orden, no consentiría tampoco en abandonar la dirección de los asuntos interiores como de los exteriores. Su carácter receloso y sórdido le hacía preferir siempre

el trabajo al descanso; quisiera tener cien ojos para ponerlos todos sobre los objetos de su pertenencia.

D.ª Esperanza también deploraba el carácter de su hija y marchaba muy de acuerdo con la ruindad de su yerno, ayudándole no poco en la vigilancia de la casa. Mas, aunque la reprendiese á menudo por su apatía, como al fin había salido de sus entrañas, le dolía que Calderón lo hiciese, sentía vivamente las reyertas matrimoniales. Por eso, siempre que podía las evitaba aunque fuese á costa de un sacrificio, tapando las faltas de Mariana, haciéndose ella misma voluntariamente culpable de ellas. Tal era la razón de haberla entregado con tanta premura el cojín que estaba bordando.

D. Julián entró con un libro en la mano, que no era el *Diario,* ni el *Mayor*, ni el *Copiador de cartas,* sino lisamente el folletín de *La Correspondencia,* que acostumbraba á recortar con gran esmero y luego cosía. Aunque parezca raro, D. Julián era aficionado á las novelas; pero no leía más que las de *La Correspondencia,* ó las piadosas que regalaban á su hija en el colegio. Por impulso propio no había entrado jamás en una librería á comprar alguna. No sólo era aficionado á leerlas, sino lo que aun es más raro, se enternecía notablemente con ellas. Porque guardaba en su pecho un gran fondo de sensibilidad: era una flaqueza de su organismo, lo mismo que el asma y el reuma. Las desgracias del prójimo, la miseria, le compadecían extremadamente: si pudiesen remediarse de cualquier otro modo que no fuese con dinero, es seguro que las haría desaparecer en seguida. Los rasgos de generosidad le hacían

llorar de entusiasmo; pero se juzgaba, y con razón, impotente para llevarlos á cabo. Así y todo hacía esfuerzos supremos por violentar su naturaleza: en realidad, no era de los ricos menos limosneros que hubiese en Madrid: tenía una cantidad fija destinada á los pobres y les llevaba la cuenta en sus libros como si fuesen acreedores. Una vez agotada la cantidad mensual, creemos que si viese morirse de hambre en la calle á un desgraciado, no le socorrería con una peseta, no por falta de sensibilidad, sino por las profundas raíces que tenían en su corazón los números. La idea de desprenderse de algo suyo por otro medio de enajenación que no fuese la compra-venta, era para él casi incomprensible. Sus limosnas tenían por esto un mérito muy superior á las de otras personas.

Cuando entró en el costurero manifestaba en el rostro señales de hallarse conmovido. Después de haber saludado á los forasteros, dijo sentándose en una butaca:

—Acabo de leer en esta novela un capítulo precioso... ¡precioso!... No pude resistir á la tentación de venírselo á leer á éstas...

Se detuvo porque no se atrevía á proponérselo á Castro y Ramoncito, aunque lo deseaba. Era muy amigo de leer en alta voz, por lo mismo que lo hacía medianamente. Mariana se complacía mucho en oir leer; de modo que, por éste lado, marchaba bien el matrimonio.

—Léelo, hombre... Creo que á Pepe y Ramón no les molestará,—dijo aquélla.

Castro hizo un leve signo de aquiescencia. Ra-

moncito se apresuró á manifestar con ademanes extremosos que tendrían un gran placer... que él era muy aficionado á los bellos capítulos, etc. ¡Pocas gracias! Viniendo del padre de su amada, sería capaz de escuchar con atención la lectura de la tabla de logaritmos.

D. Julián se caló las gafas y se puso á leer, con una voz blanca de gola que tenía reservada para estas ocasiones, cierto capítulo en que se describían los sufrimientos de un niño perdido en las calles de París. Al instante comenzaron á arrasársele los ojos y á alterársele la voz: concluyó por anudársele de tal suerte, que apenas se le entendía, y Ramoncito se vió necesitado á tomarle el legajo y á continuar la lectura hasta el fin. Castro, en presencia de aquellas ridiculeces, ocultaba su sonrisa de hombre superior detrás de grandes bocanadas de humo.

Terminado el capítulo y comentado en los términos más lisonjeros por todos los presentes, Mariana volvió los ojos hacia su labor y observó que iba á hacer falta un pedazo de seda para el forro, pues estaba á punto de terminarse. D.ª Esperanza, con quien comunicó este pensamiento, fué de la misma opinión.

—Ramoncito, — dijo la primera, — hágame el favor de oprimir ese botón.

El concejal se apresuró á cumplir el mandato. Al cabo de un instante se presentó la doncella de la señora.

—Tiene V. que salir á comprar una vara de seda, — le dijo ésta.

La doméstica, después de enterarse de las par-

ticularidades del encargo, se dispuso á salir para darle cumplimiento, cuando D. Julián, que había escuchado atentamente, la detuvo con un gesto.

—Aguárdese un momento... Voy á ver si por casualidad tengo yo lo que les hace falta.

Y salió con paso vivo de la estancia. No tardó tres minutos en regresar con un paraguas viejo entre las manos.

—A ver si os puede servir la seda de este paraguas, —dijo.—Me parece que es del mismo color...

Castro y Maldonado cambiaron una mirada significativa.

Mariana lo tomó ruborizándose.

—En efecto, es del mismo color... pero está todo picado... No sirve.

Esperancita fingía estar absorta en su labor; pero tenía el rostro como una amapola. Tan sólo doña Esperanza tomó en serio el asunto y lo discutió. Al fin fué desechado, con disgusto del banquero, que quedó murmurando algunas frases poco halagüeñas acerca del orden y economía de las mujeres.

Ramoncito ya no podía sufrir más aquella pena de Tántalo á que la experiencia de su amigo le condenaba. No cesaba de mirar hacia el sitio donde éste y Esperancita departían. Principió por levan-

tarse de la silla con pretexto de estirar un poco las piernas y dió unos cuantos paseos. Poco á poco fué acercándose á ellos y concluyó por detenerse delante.

—Qué tal, Esperanza... ¿Hace mucho que no ha visto á su amiga Pacita?

¡Qué pretexto tan burdo para detenerse! El mismo lo comprendió así y se ruborizó al pronunciar estas palabras. Castro le dirigió una mirada fulminante; pero, ó no la vió, ó se hizo como que no la veía. Esperancita frunció el entrecejo y contestó secamente que no se acordaba con precisión.

Esto bastaría para que cualquiera se diese por advertido. Ramoncito no se dió. Antes quiso prolongar la conversación con frases absurdas ó insustanciales, y hasta tuvo conatos de agarrar una silla y sentarse al lado de ellos: pero Castro se lo impidió dándole, al descuido, un feroz y expresivo pisotón en los callos que le hizo volver en su acuerdo. Continuó, pues, su paseo melancólico y no tardó en sentarse de nuevo junto á sus futuras suegra y abuela. Al poco rato estaba empeñado en una discusión animada con Calderón sobre si el adoquinado de las calles debía de hacerse por contrata ó por administración. De buena gana hubiera cedido: su interés estaba en hacerlo, porque al fin se trataba del hombre en cuya mano estaba su felicidad ó su desgracia; pero aquel pícaro temperamento terco y disputón con que la naturaleza le dotara, le arrastraba á proseguir, aunque veía á su suegro encendido y á punto de enfadarse.

Afortunadamente para él, antes que llegase este punto, se presentó en la estancia un criado.

—¿Qué hay, Remigio?—le preguntó el banquero.

—Acaba de llegar un amigo del Pardo, el cochero de los señores de Mudela, y me ha dicho que el señorito Leandro se encontraba un poco enfermo...

—¡Claro! ¡Qué le había de pasar á ese chiquillo!... No está acostumbrado á tales juergas. Toda la vida en el colegio ó pegado á las faldas de su madre. De pronto le sacan á esta vida agitada... ¿Y qué es lo que tiene?

Leandro era un sobrino carnal de D. Julián, hijo de una hermana que residía en la Mancha. Había venido á pasar una temporada á Madrid y la pasaba alegremente reunido á otros muchachos de la misma edad. Para una excursión de campo había pedido á su tío el carruaje. Éste, por no ofender á su hermana á quien por razón de intereses estaba obligado á guardar consideraciones, se lo había otorgado, aunque con gran dolor de su corazón.

—Me parece que le ha hecho daño el sol y la comida...

—Bueno, una indigestión... Eso pasará pronto.

—Yo creo que debías ir allá, Julián,—manifestó Mariana.

—Si hubiese necesidad, claro que iría. Pero por ahora no la veo... Di tú, Remigio, ¿no puede trasladarse aquí? ¿Se ha quedado en la cama?

—Ahí está el caso, señor,—dijo el criado dando vueltas á la gorra y bajando los ojos como si temiese dar una noticia muy grave.—La cuestión es que una de las yeguas, la *Primitiva,* está enfosada.

Calderón se puso pálido.

—¿Pero no puede venir?

—No, señor, está bastante malita, según dice el cochero de Mudela... ¡Claro! como esos chicos no entienden, la han hartado de agua...

D. Julián se levantó presa de violenta agitación, y sin decir palabra salió de la estancia seguido de Remigio.

Castro y Ramoncito cambiaron otra vez una mirada y una sonrisa. Esperancita las sorprendió y se puso colorada.

—¡Qué á pecho toma papá estas cosas!

—¡Podría no tomarlo, niña!—exclamó doña Esperanza con voz irritada.—Un tronco que ha costado quince mil pesetas... ¡Pues digo yo si es una gracia de Leandrito!

Y siguió un buen rato desahogando su furia, casi tan grande como la de su yerno. Castro y Ramoncito se levantaron, al fin, para irse. Mariana, que había tomado con mucha filosofía la desgracia, les invitó á comer.

—Quédense ustedes... Ya ha pasado la hora de paseo.

—No puedo,—dijo Castro.—Hoy como en casa de su hermano.

—¡Ah! verdad que es sábado: no me acordaba. Nosotras iremos (si no estoy peor) á las diez, á la hora del tresillo.

—¿Come V. todos los sábados en casa de tía Clementina?—preguntóle por lo bajo Esperancita con una inflexión extraña.

El lechuguino la miró un instante.

—Casi todos como en casa de su tío Tomás.

—Tía Clementina es muy guapa y muy amable.

—Esa fama goza, —repuso Castro un poco inquieto ya.

—Tiene muchos admiradores. ¿No es V. uno de los más entusiastas?

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Nadie; lo supongo.

—Hace V. bien en suponerlo: su tía es, á mi juicio, una de las señoras más hermosas y distinguidas de Madrid... Vaya, hasta otro rato, Esperancita.

Y le alargó la mano con un aire displicente que hirió á la niña. El despecho de ésta se manifestó llamando á Ramoncito, que se mantenía un poco alejado.

—Y usted, Ramón, ¿por qué no se queda? ¿Come usted también en casa de tía Clementina?

—No: yo no...

—Pues quédese V., hombre. Ya procuraremos que no se aburra.

—¡Yo aburrirme al lado de V.!—exclamó el concejal, casi desfallecido de placer.

—Nada, nada: definitivamente se queda ¿verdad? Que se vaya Pepe, ya que tiene otros compromisos.

Ramoncito iba á decir que sí con todas las veras de su alma; mas por encima de la cabeza de la niña, Castro principió á hacerle signos negativos, con tanta furia, que el pobre dijo con voz apagada:

—No... yo tampoco puedo...

—¿Por qué, Ramón?

—... Porque... tengo que hacer.

—Pues lo siento.

El concejal estaba tan conmovido que apenas

pudo murmurar algunas palabras de gracias. Salió de la estancia casi á rastras. Una vez en la calle, Pepe le felicitó calurosamente y le anunció que aquella firmeza daría buenos resultados. Pero él acogió las enhorabuenas con marcada frialdad, y se obstinó en guardar silencio hasta su casa, donde su amigo y maestro le dejó al fin llena la cabeza de lúgubres presentimientos y tan triste como la noche.

VII

COMIDA Y TRESILLO EN CASA DE OSORIO

Al día siguiente de haber subido á casa de Raimundo, Clementina se sentía aún más avergonzada y pesarosa de haberlo hecho que en el momento de bajar la escalera. Los seres orgullosos sienten remordimientos por una acción que en su concepto les ha humillado, como los justos cuando han faltado á la humildad. En su interior confesaba que había dado un paso en falso. La serenidad y la cortesía de aquel muchacho, á la vez que le elevaban

á sus ojos, irritaban su amor propio. ¡Qué comentarios no habrían hecho él y su hermana después de aquella ridícula y extemporánea visita! Al pensar en ello se le subían los colores á la cara. Por no ver ni ser vista de Alcázar desde su mirador, dejó de salir á pie. El joven cumplía su promesa: no halló rastro de él por ninguna parte.

Mas sin saber por qué causa, la imagen de éste flotaba siempre delante de sus ojos; con frecuencia acudía á su mente. ¿Era por aversión? ¿por resentimiento? Clementina no podía de buena fe afirmarlo. Su ex perseguidor no tenía nada en la figura ni en el trato que lo hiciese aborrecible. ¿Sería, por el contrario, que le hubiese impresionado demasiado favorablemente su presencia? Tampoco. Veía diariamente en sociedad muchos jóvenes más gallardos y de más agradable conversación. Así que, la sorprendía tanto como la irritaba encontrarse pensando en él, y nunca dejaba de protestar interiormente contra esta involuntaria inclinación, y de enfadarse consigo misma. Transcurridos algunos días después de la escena relatada decidióse á salir una tarde á pie. El no hacerlo le iba pareciendo cobardía, conceder demasiado honor á aquel chiquillo. Cuando pasó cerca de su casa levantó los ojos y le vió como siempre al mirador con un libro en la mano. Bajólos instantáneamente y cruzó de largo muy seria y espetada. Mas á los pocos pasos sintió un vago malestar interior como si no quedase contenta de sí misma. La verdad es que el no saludar ó no haber siquiera esperado el saludo del joven, no había estado bien hecho después de sus

francas explicaciones y de la amabilidad que con ella había usado mostrándole la rica colección de sus mariposas y ofreciéndosele tan finamente.

Al día siguiente salió también á pie y reparó la injusticia del anterior clavando con fijeza su vista en el alto mirador. Raimundo le envió un saludo tan respetuoso y una sonrisa tan inocente, que la hermosa dama se sintió halagada y no pudo ocultarse que aquel joven tenía singular dulzura en los ojos que le hacía muy simpático, y que su conversación, si no repleta de donaires, revelaba firmeza de entendimiento y un espíritu culto. Estas observaciones debió hacerlas á su debido tiempo, pero no las hizo por causas que ignoramos. Desde este día comenzó á salir como antes. Al cruzar por delante de la casa de Raimundo nunca dejaba de enviar su cabezadita amistosa al mirador, desde donde le contestaban con verdadera efusión. Y según iban transcurriendo los días, el saludo era cada vez más expresivo. Sin decirse una palabra parece que se establecía la confianza entre ellos.

Clementina no trató de analizar el sentimiento que le inspiraba el joven Alcázar. Era poco aficionada á mirarse por dentro. Creía vagamente que hacía una obra de caridad mostrándose cortés con él. «¡Pobre muchacho! — se decía — ¡cómo adoraba á su madre! Y ella ¡qué feliz debió de haber sido con un hijo tan bueno y cariñoso!» Una tarde, cuando ya llevaba más de un mes de estos saludos, le preguntó Pepe Castro:

— Oyes: ¿ha dejado de seguirte ya aquel chiquillo rubio de marras?

Clementina sintió un sacudimiento raro y se puso levemente colorada sin saber ella misma por qué.

—Sí... hace ya lo menos un mes que no le he visto.

¿Por qué mentía? Castro estaba tan lejos de pensar que entre aquel perseguidor desconocido y su querida mediase ninguna relación, que no advirtió el rubor y pasó enseguida á otra cosa con indiferencia. Mas, para nuestra dama, aquel singular sacudimiento y aquel calorcillo en las mejillas fué una especie de revelación vaga de lo que en su espíritu acaecía. El primer dato concreto de esta revelación fué que al salir de casa de su amante, en vez de ir pensando en él, reflexionó que Alcázar cumplía demasiado fielmente su palabra de no seguirla. El segundo fué que al detenerse en un escaparate de joyería y ver un imperdible de brillantes en figura de mariposa, se dijo que algunas de las que había visto en casa de su amiguito rubio eran mucho más hermosas y brillantes. El tercero lo adquirió al entrar en casa de Fe á comprar unas novelas francesas: ocurriósele al ver tanto libro, que su amante Pepe Castro no había leído ninguno de ellos, ni lo leería probablemente. Antes, le hacía gracia esta ignorancia: ahora la encontraba ridícula.

Transcurrían los días, y la señora de Osorio, hastiada de la vida elegante, habiendo agotado todas las emociones que ofrece á una dama ilustre por su hermosura y su riqueza, se iba placiendo extremadamente en aquel saludo inocente que casi todos los días cambiaba con el joven del mirador. Una

tarde, habiéndose bajado del coche en el Retiro para dar unas vueltas á pie, tropezó con Alcázar y su hermana en una de las calles de árboles. Dirigióles un saludo muy expresivo. Raimundo contestó con el mismo afectuoso respeto de siempre; pero Clementina observó que la niña lo hizo con marcada frialdad. Esto la preocupó y la puso de mal humor para todo el día, por más que nunca quiso confesarse que la causa de su malestar y melancolía era ésta. Poco á poco, debido más que á nada á su temperamento irritable y caprichoso, aquella aventura amorosa que había muerto al nacer, iba ocupando su espíritu haciendo brotar en él un deseo. Los deseos en esta dama eran siempre apetitos violentos, sobre todo si hallaban algún obstáculo: como tales, pasajeros también.

Cierta mañana, después de haber saludado á Raimundo cerrando y abriendo la mano repetidas veces con la gracia peculiar de las damas españolas, y después de haber andado poco trecho, por un movimiento casi involuntario volvió la cabeza y levantó de nuevo los ojos al mirador. Raimundo la estaba mirando con unos gemelos de teatro. Se puso fuertemente colorada y apretó el paso embargada por la vergüenza. ¿Por qué habría hecho aquella tontería? ¿Qué iba á pensar el joven naturalista? Cuando menos, se figuraría que estaba enamorada de él. Pues á pesar de que estas ideas bullían alborotadas en su cabeza mientras caminaba de prisa para doblar la esquina y ocultarse á las miradas de aquél, no estaba tan irritada contra sí misma como otras veces. Sentía vergüenza, es verdad; pero luego que

pudo caminar despacio, una emoción dulce invadió su espíritu, sintió un cosquilleo grato allá en el corazón como hacía ya muchísimo tiempo que no sentía. «¡Si volveré á mis tiempos de *fanciulla!*» se dijo sonriendo. Y comenzó á recrearse con su propia emoción, considerándose feliz con aquel retorno á las inocentes turbaciones de la primera edad. Tan embebida marchaba en su pensamiento, que al llegar á la Cibeles, en vez de tomar la calle de Alcalá para ir á casa de Castro con quien estaba citada para aquella hora, dió la vuelta como si estuviera paseando por aquel sitio. Cuando lo advirtió se detuvo vacilante: al fin se confesó que no tenía grandes deseos de acudir á la cita. «Voy á ver á mamá, — se dijo. — La pobre hace ya días que no pasa un rato conmigo». Y emprendió la marcha hacia el paseo de Luchana. Se puso de un humor excelente. Un piano mecánico tocaba el brindis de *Lucrecia* por allí cerca y se paró á escucharlo, ¡ella que se aburría en el Real oyéndolo á las más famosas contraltos! Pero la música es una voz del cielo y sólo se comprende bien cuando el cielo ha penetrado ya un poco en nuestro corazón.

Por la acera de Recoletos bajaba Pinedo, aquel memorable personaje que vivía con un pie en el mundo aristocrático y otro en la clase media-covachuelista á la que en realidad pertenecía. Traía á su lado á una linda joven que debía de ser su hija, aunque Clementina no la conocía: Pinedo la tenía alejada de la sociedad que frecuentaba, la ocultaba cuidadosamente lo mismo que Triboulet. La esposa de Osorio siempre había tratado á este personaje

con un poco de altanería, lo cual no era raro en ella como ya sabemos. Mas ahora el estado placentero de su espíritu la tornó expansiva y llana por algunos instantes. Como Pinedo cruzase grave dirigiéndole un sombrerazo ceremonioso según su costumbre, la dama se detuvo y le abordó con la sonrisa en los labios.

—Amigo mío, usted es hombre práctico; también aprovecha estas horas de la mañana para respirar el aire puro y tomar un baño de sol.

Contra su costumbre y naturaleza, Pinedo quedó un poco turbado, tal vez porque no le hiciera gracia presentar á su hija á esta vistosa señora. Repúsose instantáneamente, sin embargo, y respondió inclinándose con galantería:

—Y á ver si Dios me concede unos tropezones tan desagradables como el que ahora he tenido.

Clementina sonrió con benevolencia.

—No debe V. echar flores aunque sea de este modo indirecto trayendo á su lado una joven tan linda. ¿Es su hija?

—Sí, señora...: la señora de Osorio, —añadió volviéndose á la niña.

Ésta se puso roja de placer al oirse llamar linda por aquella dama á quien tanto conocía de vista y de nombre. Era una muchacha alta y esbelta, de rostro moreno, con facciones menudas y bien trazadas y unos ojillos dulces y alegres.

—Pues había oído decir que tenía V. una niña muy bonita; pero veo que la fama se ha quedado corta.

La chica enrojeció aún más y apenas pudo murmurar las gracias.

—Vamos, Clementina, no siga V. que se lo va á creer... Esta señora, Pilar, —añadió volviéndose á ella, —se complace en decir mentiras agradables como otros en decir verdades amargas.

—Ya lo veo que es muy amable,—repuso la niña.

—No haga V. caso. Que es V. hermosa, está á la vista.

—¡Oh, señora!...

—Y diga V., padre tirano, ¿por qué no la divierte usted un poco más? ¿Está bien hecho que á usted se le vea en todos los teatros, bailes y reuniones y tenga encerrada á esta niña preciosa? ¿O es que se le figura que tenemos más gusto en verle á V. que á ella?

El pobre Pinedo sintió un estremecimiento de dolor que trató de ocultar. Clementina había tocado con frivolidad en la parte más sensible de su corazón. Su sueldo ya sabemos que no le consentía más que vivir modestamente. Si entraba en una sociedad que ne le correspondía era precisamente para conservar el empleo, que era su único sostén y el de su hija. Ésta nada sabía aún de aquel plan de vida. Pinedo esperaba casarla con un hombre modesto y trabajador y que no conociese jamás aquel mundo en que no podía vivir y que él despreciaba en el fondo del alma, aunque tal vez, por la fuerza de la costumbre, no pudiese ya vivir á gusto en otro.

—Es muy joven aún... Tiene tiempo de divertirse,—repuso con sonrisa forzada.

—¡Bah, bah! diga V. que es V. un grandísimo egoísta... ¿Y cuánto tiempo hace que no ha estado

usted en casa de Valpardo? — añadió la dama pasando á otra conversación.

— Pues el lunes. La condesa me ha preguntado con mucho interés por V. y se lamenta de que la haya abandonado.

— ¡Pobre Anita: es verdad!

Sobre los dueños de la casa y sobre sus tertulios, Pinedo y Clementina comenzaron una conversación animada, inagotable. Pilar escuchó con atención al principio; pero como no conocía á la mayor parte de aquellos personajes concluyó por distraerse paseando su vista por las inmediaciones, fijándola en los pocos transeuntes que á aquella hora acertaban á pasar por allí.

— Papá, — dijo aprovechando un momento de pausa. — Ahí viene aquel joven amigo tuyo, que mantiene á su madre y á sus hermanas.

Clementina y Pinedo volvieron al mismo tiempo la cabeza y vieron llegar á Rafael Alcántara, el célebre calavera que hemos conocido en el *Club de los Salvajes.*

— ¡Que mantiene á su madre y á sus hermanas! — exclamó la dama con asombro.

— Sí, un joven muy bueno, amigo de papá, que se llama Rafael Alcántara.

Al volver la vista, cada vez más sorprendida, á Pinedo, éste le hizo una seña bastante expresiva. No sabiendo lo que aquello significaba, pero calculando que su amigo tenía interés en que no se calificase á Alcántara como merecía, Clementina se calló. El joven salvaje, al cruzar, les hizo un saludo entre familiar y respetuoso.

Pinedo alargó al instante la mano para despedirse.

— Ya sabe V. que hoy es sábado,—dijo la dama.— Vaya V. á comer.

— Con mucho gusto. Recuerdos á Osorio.

— Y lleve V. á esta joven tan monísima.

— Ya veremos; ya veremos,—replicó el covachuelista otra vez desconcertado.— Si hoy no pudiera, otro día será.

— Hoy ha de ser, padre tirano... Hasta luego, ¿verdad, preciosa?

Y le cogió el rostro á la niña y le dió un beso en cada mejilla, diciéndole al mismo tiempo:

— He tenido una gran suerte en conocerla. Hacen falta en mi salón niñas lindas y simpáticas.

Y cada vez más alegre, sin saber por qué, se despidió y siguió adelante diciéndose: «¿Qué diablo de interés tendrá Pinedo en convertir en santo á ese perdido de Alcántara?» El pie ligero, las mejillas rojas, los ojos brillantes, como en los días de su adolescencia, llegó á la verja del gran jardín que rodeaba el palacio de su padre. El portero se apresuró á abrirla y á sonar la campana. Entró en la mansión ducal y, contra su costumbre, dirigió una leve sonrisa á dos criados de librea, que la esperaban en lo alto de la escalinata. Pasó en silencio por delante de ellos y fué derecha á las habitaciones de su madrastra como quien ha recorrido aquel camino muchos años.

La duquesa estaba, en aquel momento, de conferencia con el médico director de un asilo de ancianas pobres, que ella había fundado hacía poco tiempo

en unión de otras varias señoras. Al levantarse la cortina y ver á su hijastra, sonrió con dulzura.

—¿Eres tú, Clementina? Pasa, hija mía, pasa.

Ésta sintió encogérsele el corazón al ver el rostro

pálido y marchito de su madre. Abalanzóse á ella y la besó con efusión.

—¿Te sientes bien, mamá? ¿Cómo has pasado la noche?

—Perfectamente... Tengo mala cara ¿verdad?

—¡No!—se apresuró á decir la dama.

—Sí, sí. Ya lo he visto al espejo. Me siento bien... Solamente la debilidad me atormenta... Y como he perdido enteramente el apetito, no puedo vencerla... Vamos á ver, Iradier,—dijo encarándose de nuevo con el médico que estaba de pie frente á ella,—de manera que V. se encargará de vigilar á las criadas y enfermeras para que nunca dejen de guardar las debidas consideraciones á las viejecitas ¿no es cierto?

El médico era un joven simpático, de fisonomía inteligente.

—Señora duquesa,—respondió con firmeza.—Yo haré cuanto esté de mi parte porque las asiladas no tengan motivo de queja. Sin embargo, debo repetirla que, á pesar de nuestros esfuerzos, es posible que siga V. recibiendo alguna. No puede V. comprender hasta qué punto son impertinentes y maliciosas ciertas mujeres. Sin motivo alguno, sólo por placer de herir lo mismo á mí que á mis compañeros, nos llenan á veces de insolencias. Cuanto más atentos nos mostramos con ellas, más se ensoberbecen. Yo pruebo el caldo y el chocolate todos los días y no he hallado hasta ahora lo que esa mujer le ha dicho. Las horas son siempre fijas; jamás he visto retraso alguno en las comidas. Procure usted enterarse y se convencerá de que quien tiene motivo á quejarse, son las pobres criadas á quienes las asiladas tratan groseramente...

El médico se había ido exaltando al pronunciar estas palabras con acento de sinceridad. La duquesa sonrió dulcemente.

—Lo creo, lo creo, Iradier... Las viejas solemos ser muy impertinentes...

—¡Oh, señora, eso es según...!

—Por regla general lo somos... Pero esta impertinencia ya es por sí una enfermedad y debe excitar compasión en los que no padecen de ella. A V. no necesito recomendársela, porque tiene un corazón muy caritativo. A los que no lo tengan tan bondadoso suplíqueles V., en mi nombre, la suavidad con las pobrecitas asiladas.

—Se hará, señora, se hará, —respondió el médico, ganado por la singular dulzura de la fundadora. El jueves la esperamos á V. ¿verdad?

—No sé si esta fatiga lo permitirá.

—Sí, sí, se lo garantizo yo.

Y comprendiendo que estaba ya de más, el joven cortó la conferencia, estrechando con afecto y respeto que se le traslucía en los ojos, la mano de la duquesa, y saludando ceremoniosamente á Clementina.

Luego que salió, ésta, que había estado contemplando con emoción reprimida el semblante descompuesto de su madrastra, conmovida por la bondad que respiraban todas sus palabras, se levantó del asiento y fué á arrodillarse delante de ella, y apoderándose de sus manos blancas y descarnadas las besó con efusivo transporte de cariño. Esta mujer tan altanera con todo el mundo, sentía un goce especial, semejante al de los místicos, en humillarse ante su madrastra. La voz de ésta removía como un conjuro mágico las débiles chispas de bondad y de ternura que ardían en su corazón y les prestaban

por un instante el aspecto de incendio. D.ª Carmen le quitó suavemente el sombrero, lo puso en un sillón contiguo y se inclinó para besarla amorosamente en la frente.

—Hace cuatro días justos que no has venido á verme, pícara.

—Ayer no he podido, mamá. Pasé casi todo el día arreglando mis cuentas, haciendo números. ¡Oh, qué horribles números!

—¿Y por qué los haces? ¿No está ahí tu marido?

—Pues, precisamente, por miedo á mi marido los hago. ¿Usted no sabe que se ha vuelto un miserable, un tacaño, lo mismo que su cuñado?

D.ª Carmen sabía que los negocios de Osorio no andaban muy bien, que recientemente había experimentado fuertes pérdidas en la Bolsa; pero no se atrevió á decir nada á su hija.

—¡Pobre hija mía! ¡Ocuparte tú en esas cosas cuando sólo has nacido para brillar como una estrella de los salones!

—Ya no le faltaba más que eso para hacerse del todo antipático, ¡odioso! ¡Si las cosas pudiesen hacerse dos veces!

Bruscamente, la expresión de ternura había desaparecido de sus ojos reemplazándola otra sombría y feroz. Una arruga profunda surcó su tersa frente de estatua. Y con voz sorda comenzó á exponer sus quejas, á descubrir los agravios que su marido le hacía diariamente. A nadie en el mundo, más que su madrastra, haría tales confidencias, que en ella no provocaban lágrima alguna. D.ª Carmen era quien las vertía una á una de sus ojos cansados.

—¡Hija de mi alma! ¡Yo que hubiera dado mi vida por verte feliz! ¡Qué ciegos hemos estado, lo mismo tu padre que yo, al entregarte á ese hombre!

—¡Mi padre! ¡Otro que tal! ¡Un hombre que no ha sabido jamás que tiene en casa una santa á quien debía adorar de rodillas! La verdad es que cuando pienso...

—¡Calla, calla: es tu padre!—exclamó la duquesa tapándole la boca con la mano.—Yo soy feliz: si tu padre tiene algunos defectos, yo tengo más aún: de modo, que no hay mérito en perdonárselos, si él me perdona en cambio los míos... No hablemos de tu padre, hablemos de ti misma... No sabes lo que me duelen esos apuros de dinero, á los cuales no estás acostumbrada. Yo, si pudiera, los remediaría al instante... Pero bien sabes que manejo muy poco dinero. Del que saco de la caja tengo que dar cuenta á Antonio, y á éste no se le engaña fácilmente. Algún puñadito de oro, sí, puedo poner aparte para ti: pero mis ahorros no te sacarán de pilancos. Sin embargo, confío en que tus apuros no durarán mucho tiempo...

Hizo una pausa la bondadosa señora, quedóse mirando al vacío tristemente, y luego, abrazando á su hijastra que aun permanecía de rodillas y acercando los labios á su oído, le dijo en voz baja:

—Mira, hija mía, yo no tardaré en morir y pienso dejarte todo cuanto tengo. La mitad de la fortuna de tu padre es mía, según me ha dicho el abogado de la casa.

Clementina sintió una vibración en el alma que á un psicólogo le costaría mucho trabajo definir: fué

una mezcla de dolor, de asombro, y acaso también, de un poquito de alegría. El dolor predominó, no obstante, y abrazó á su madrastra y la besó cariñosamente repetidas veces.

—¿Qué está V. diciendo ahí?... ¡Morirse! No: yo no quiero que V. se muera. Usted me hace mucha

más falta que su dinero. Sin V. yo hubiera sido una mujer muy perversa... y temo que el día en que V. me falte lo sea. Los únicos momentos en que siento un poco de blandura en el corazón son los

que paso á su lado: parece, mamá, como si V. me transmitiera algo de esa virtud tan grande que tiene...

—Basta, basta, aduladora, —dijo D.ª Carmen poniéndole otra vez la mano en la boca. —Tú te tienes por peor de lo que eres. Tu corazón es bueno. Lo que te hace parecer mala alguna vez es el orgullo ¡el orgullito! ¿no es verdad?

—Sí, mamá, sí, es cierto... Usted no sabe lo que es el orgullo y los tormentos que proporciona á quien lo siente tan vivo como yo. Estar pensando constantemente en que nos hieren. Ver enemigos en todas partes. Sentir una mirada como la hoja de un puñal en el corazón. Escuchar una palabra y darle un millón de vueltas en la cabeza hasta marearse y ponerse enferma. Vivir con el corazón ulcerado, con el alma inquieta... ¡Oh, cuántas veces he envidiado á las personas virtuosas y humildes como V.! ¡Qué feliz sería yo si no llevase á cuestas este carácter triste y receloso, esta soberbia que me consume!... ¡Y quién sabe,—añadió después de una pausa,—quién sabe si hubiera sido más dichosa en otra esfera! Tal vez si fuera una pobre y me hubiera casado con un joven modesto, trabajador, inteligente, sería mejor mi suerte. Obligada á ayudar á mi marido, á cuidar de la hacienda, á pensar en los pormenores de la casa como las demás mujeres que trabajan y luchan, no hubiera quizá llegado adonde llegué... Yo necesitaba un marido afectuoso, dulce, un hombre de talento que supiese dirigirme... Hoy mismo, mamá, acostumbrada como estoy al lujo y á la vida de sociedad, me retiraría con gusto de ella,

me iría á vivir á un rinconcito alegre, allá en el campo, lejos de Madrid. No me haría falta más que un poco de amor y tenerla á V. á mi lado para inspirarme buenos sentimientos.

El espíritu de Clementina, gratamente impresionado por la niñería de la calle de Serrano, por aquella inocente aventura de colegiala, se inclinaba á los sentimientos idílicos. Toda dama cursada y aun baqueteada en los encuentros amorosos guarda en el último rincón de su cerebro una égloga que de tarde en tarde sale á la superficie. La buena de D.ª Carmen la escuchaba y la animaba con su sonrisa cariñosa. Las confidencias de la hermosa dama se prolongaron largo rato. Recordaba sus tiempos de niña, cuando contaba á su madrastra las declaraciones de amor que le habían hecho en el baile de la noche anterior y le leía los billetitos que le remitían sus adoradores. Aquel retorno á los tiempos pasados la hacía feliz. Tentada estuvo de hablarla de Pepe Castro y de Raimundo y exponerle las emociones pueriles que agitaban su alma aquella mañana; pero un sentimiento de respeto la contuvo. La duquesa era tan excesivamente condescendiente que tocaba en los límites de la estupidez: es probable que si la hubiera hecho confidente de sus adulterios la hubiera escuchado sin escandalizarse. Almorzaron juntas y solas porque el duque lo hacía aquel día con un ministro. Por la tarde, después de aligerada y refrescada el alma con larga é íntima charla, ambas se trasladaron en coche á San Pascual, rezaron allí una estación al Santísimo, siempre expuesto en aquella iglesia, y se

trasladaron al paseo del Retiro. Antes de oscurecer, porque el relente de la noche no le convenía á la duquesa y Clementina necesitaba ir temprano á su casa, dieron orden al cochero de retirarse.

Era sábado, día de comida y tresillo en el hotel de Osorio. Antes de subir á vestirse, Clementina dió una vuelta por el comedor, contempló la mesa con detenimiento y ordenó algunos cambios en los canastillos de frutos que sobre ella habían colocado. Se hizo traer el paquete de los *menú* escrito en un papel imitación de pergamino con las iniciales doradas del dueño de la casa, llamó al secretario de su marido, le hizo escribir sobre cada uno el nombre de los invitados y luego fué por sí misma colocándolos sobre los platos. En el medio ella y su marido, uno frente á otro; á la derecha é izquierda de Osorio los dos puestos de honor para dos damas; á la derecha é izquierda de ella otros dos puestos para dos caballeros, y así sucesivamente según la categoría, la edad ó la afección particular que sentía por sus invitados. Habló luego algunos minutos con el *maître d'hôtel*, y después de dar algunas últimas disposiciones se fué. Al llegar á la puerta se volvió, echó una nueva mirada penetrante á la mesa, y dijo:

—Quite V. esas flores con perfume que están cerca del puesto de la señora marquesa de Alcudia y cámbielas por camelias ú otras que no lo tengan.

La devota marquesa no podía sufrir los aromas á causa de sus frecuentes neuralgias. Clementina, odiándola en el fondo del alma, le guardaba más consideraciones que á ninguna de sus amigas; la

alta nobleza de su título, su carácter severo, y hasta su fanatismo la hacían respetada en los salones, á los cuales prestaba realce su presencia.

Subió á su cuarto seguida de Estefanía, aquella doncellita tan enemiga del cocinero. Estrenaba un magnífico traje color crema, descotado. Ordinariamente se ponía para estas comidas de los sábados trajes de media etiqueta, esto es, con las mangas hasta el codo. Ahora quiso lucir su celebrado descote en honor de un diplomático extranjero que comía por vez primera en su casa. Mientras se dejaba arreglar el pelo, su espíritu vagaba distraído por los sucesos del día. No había acudido á la cita de Pepe: de seguro vendría furioso. Su labio inferior se alargó con displicencia y sus ojos brillaron maliciosamente como diciendo: «¿Y á mí qué?» Después se acordó del saludo á su juvenil ex perseguidor, de aquella inoportuna vuelta de cabeza. Un sentimiento de vergüenza volvió á acometerla: sus mejillas lo atestiguaron adquiriendo un poco más de color. Tornó á llamarse para su fuero interno, tonta, imprevisora, loca. Por fortuna, el chico parecía modesto y discreto. Otro cualquiera formaría castillos en el aire al instante. Pensó bastante en él y pensó con simpatía. La verdad es que tenía una presencia muy agradable y un modo de hablar suave y firme á la vez, que impresionaba. Luego aquel cariño entrañable á la memoria de su madre, su vida retirada, su extraña manía de las mariposas, todo le hacía muy interesante. Cuantas veces había pensado Clementina esto mismo desde hacía dos meses no podremos decirlo; pero sí que lo

había pensado un número bastante considerable. Su espíritu, embargado por una dulce somnolencia, volvió á inclinarse al idilio. Aquel cuarto tercero, aquel despacho alegre, aquella vida dulce y oscura. ¡Quién sabe! La felicidad se encuentra donde menos se piensa. Un puñado de trapos, otro de joyas, algunos platos más sobre la mesa no pueden darla á nadie. Pero un pensamiento lúgubre, que hacía algún tiempo amargaba todos sus sueños, le cruzó por la mente. Ella era ya una vieja; sí, una vieja; no había que hacerse ilusiones. A Estefanía le costaba cada vez más trabajo ocultar las hebras plateadas que en sus rubios cabellos aparecían. Aunque se resistía tenazmente á echar sobre su hermosa cabeza ningún producto químico, presentía que no iba á haber otro remedio. El amor candoroso, vivo, feliz con que la aventura del joven Alcázar le había hecho soñar, estaba vedado para ella. No le quedaba ya, y eso por poco tiempo, más que los devaneos vulgares, insulsos, de los tenorios aristócratas, iguales unos á otros en sus gustos, en sus palabras y en su inaguantable vanidad. ¿Qué relación podía ya existir entre aquel niño y ella, como no fuese la de madre á hijo? Algunas veces dudaba si el sentimiento de Raimundo por ella fuese enteramente el que él había manifestado en su entrevista: mas ahora veía con perfecta claridad que hablaba ingenuamente, que entre un chico de veinte años y una mujer de treinta y siete (porque tenía treinta y siete por más que se quitase dos) el amor era imposible, al menos el amor que ella apetecía en aquel momento. Estas reflexiones labraron una arruguita en su frente, la arruga

de los instantes fatales. Hizo un esfuerzo sobre sí misma para pensar en otra cosa.

Mirando á su doncella en el espejo observó que estaba densamente pálida. Volvióse para mejor cerciorarse, y la dijo:

—¿Te sientes mal, chica? Estás muy pálida.

—Sí, señora,—manifestó la doncellita algo confusa.

—¿Las náuseas de otras veces?

—Creo que sí.

—Pues, anda, vete y que suba Concha. ¡Es raro! Mañana avisaremos al médico á ver si te da algún remedio.

—No, señora, no,—se apresuró á contestar Estefanía.—Esto no es nada. Ya pasará.

Algunos minutos después bajaba la dama al salón, deslumbrante de belleza. Estaba ya en él Osorio paseando con su amigo y comensal, casi cotidiano, Bonifacio. Era un señor grave y rígido, de unos sesenta años de edad, calvo, de rostro amarillo y dientes negros. Había sido gobernador en varias provincias y últimamente desempeñaba el cargo de jefe de sección en un ministerio. Hablaba poco, nunca llevaba la contraria, primera é indispensable virtud de todo el que quiere comer bien sin gastar dinero, y ostentaba eternamente en el frac una cruz roja de Calatrava, de cuya orden era caballero. Por cierto que lo primero que se veía en la sala de su casa era un gran retrato del propio Bonifacio en traje de ceremonia, con una pluma muy alta en la gorra y un manto blanco de extraordinaria longitud sobre los hombros. Este caballero de Calatrava, personaje mis-

terioso del cual decía Fuentes (otro personaje más alegre del cual hablaremos) que era un hombre con vistas al patio, tenía una manía bastante original, la de coleccionar fotografías obscenas. Guardaba en su casa dos ó tres baúles llenos hasta arriba de ellas. Pero esta afición no la conocía nadie más que los libreros y fotógrafos, que tenían buen cuidado de pasarle recado así que llegaba de París, Londres ó Viena una remesa. En un rincón estaban sentadas Pascuala, una viuda sin recursos que servía á Clementina mitad de amiga, mitad de dama de compañía, y Pepa Frías que acababa de llegar. Al pasar por delante de los dos hombres para ir á saludar á Pepa, las miradas de los esposos se cruzaron rápidamente como relámpagos tristes y siniestros. El rostro de Osorio, ordinariamente sombrío, bilioso, estaba ahora imponente de ferocidad. No fué más que un instante. En cuanto las damas cambiaron algunas palabras, el banquero se acercó á ellas con Bonifacio y empezó á embromar con acento cariñoso á su esposa sobre el traje.

—¡Vaya un talle que me gasta mi mujer!... Chica, aunque tú no quieras oirlo te diré que te vas ajamonando á pasos de gigante.

—No diga V. eso, Osorio; si precisamente Clementina es una de las mujeres que tienen el cutis más terso en Madrid,—dijo Pascuala.

—¡Toma! Buen dinero me ha costado el estucado que se ha puesto en París esta primavera.

Clementina seguía también la broma; pero le costaba más trabajo fingir. Al través de las sonrisas nerviosas que iluminaban su rostro por momentos y

de las cortadas frases enigmáticas, se percibía bien el malestar, la inquietud y hasta un dejo de odio.

Sonó la campana de la verja repetidas veces. El salón se pobló en pocos minutos con las quince ó veinte personas que estaban invitadas. Llegó la marquesa de Alcudia sin ninguna de sus hijas. Rara vez las traía á casa de Osorio. Vino también la marquesa de Ujo, una mujer que había sido hermosa: ahora estaba demasiado marchita: lánguida como una americana, aunque era de Pamplona, algo romántica, presumiendo de incomprensible y con aficiones literarias. La acompañaba una hija bastante agraciada, más alta que ella y que debía tener lo menos quince años, á pesar de lo cual su madre la traía con las faldas á media pierna porque no la hiciese vieja. La pobre niña sufría esta vergüenza con resignación, poniéndose colorada cuando alguno dirigía la vista á sus pantorrillas.

Llegó el general Patiño, conde de Morillejo: no faltaba ningún sábado. Vinieron también el barón y la baronesa de Rag por primera vez. Clementina les dió la preferencia colmándoles de delicadas atenciones. El barón era plenipotenciario de una nación importante. El ministro de Fomento Jiménez Arbós, Pinedo, Pepe Castro y los condes de Cotorraso entraron casi á la vez. A última hora, cuando faltaban pocos minutos para las siete, llegó Lola Madariaga y su marido. Esta señora, mucho más joven que Clementina, era no obstante su íntima amiga, el confidente de sus secretos. Comía tres ó cuatro veces á la semana con ella, y raro era el día que no salían juntas á paseo. No podía llamársela

hermosa; pero su fisonomía tenía tal animación, sus ojos brillaban con tanta gracia y su boca se plegaba con tal malicia al sonreir dejando ver unos dientes de ratón blancos y menudos, que siempre había tenido muchos adoradores. De soltera fué una coquetuela redomada, trayendo al retortero los hombres, gozando en acapararlos todos, prodigando las mismas sonrisas insinuantes, idénticas miradas abrasadoras al hijo de un duque que á un empleadillo de ocho mil reales, al viejo de venerable calva y nariz arremolachada que al mancebo de veinte años gallardo y apuesto, al rico como al pobre, al noble como al plebeyo. Su coquetería, parecida en esto al amor de Jesucristo á la humanidad, igualaba todas las castas, todos los estados, uniendo á los hombres en santa fraternidad para participar del fuego admirable de sus ojos negros, de unos hoyitos muy lindos que formaban sus mejillas al reir y de otra multitud de dones y frutos con que la providencia de Dios la había dotado. Después de casada, seguía mostrando la misma entrañable benevolencia hacia el género humano, si bien de un modo más sucesivo, esto es, un hombre después de otro ó, á lo sumo, de dos en dos. Su marido era un mejicano rico con rasgos de indio en la fisonomía.

Poco después que éstos entró en el salón Fuentes, un hombrecillo vivaracho, feo, raquítico, bastante marcado por las viruelas. Nadie sabía de qué vivía: suponíansele algunas rentas. Frecuentaba todos los salones de algún viso de la corte y se sentaba á las mesas mejor provistas. Sus títulos para ello eran los de pasar por hombre de animada y chispeante

conversación, ingenioso y agradable. Más de veinte años hacía que Fuentes venía alegrando las comidas y los saraos de la capital, desempeñando en ellos el papel de primer actor cómico. Algunos de sus chistes habían llegado á ser proverbiales: repetíanse no sólo en los salones sino en las mesas de los cafés, y hasta llegaban á las provincias. Contra lo que suele suceder en esta clase de hombres no era maldiciente. Sus chistes no tendían á herir á las personas, sino á alegrar el concurso y obligarle á admirar lo fácil, lo vivo y lo sutil de su ingenio. Todo lo más que se autorizaba era apoderarse de las ridiculeces de algún amigo ausente y formar sobre ellas una frase graciosa; pero nunca ó casi nunca á costa de la honra. Estas cualidades le habían hecho el ídolo de las tertulias. Ninguna se consideraba completa si Fuentes no daba al menos una vueltecita por ella.

—¡Oh, Fuentes! ¡Oh, Fuentes! —gritaron todos viéndole aparecer.

Y una porción de manos se extendieron para saludarle. Apretando las primeras que llegaron á chocar con la suya, se dirigió desde luego á la señora de la casa, con voz cascada que ayudaba mucho al efecto cómico, diciendo:

—Perdone V., Clementina, si llego con un poco de retraso. Viniendo hacia acá me cogió por su cuenta Perales, ya sabe V. ¡Perales!, no tengo más que decir. Luego, cuando pude desprenderme de sus manos, ahí en la esquina del ministerio de la Guerra, caí en las del conde de Sotolargo, y ése ya sabe V. que es pesado con un cincuenta por ciento de recargo.

—¿Por qué?— se apresuró á preguntar Lola Madariaga.

—Porque es tartamudo, señora.

Los convidados rieron, algunos á carcajadas; otros más discretamente. La frase venía preparada: se conocía á la legua; pero así y todo produjo el efecto apetecido, parte porque en efecto había hecho gracia, parte también porque todo el mundo se creía en el deber de ponerse risueño en cuanto Fuentes abría la boca.

Un instante después un criado de librea abrió de par en par las puertas del salón, diciendo en alta voz:

—La señora está servida.

Osorio se apresuró á ofrecer el brazo á la baronesa de Rag y rompió la marcha hacia el comedor seguido de todos los convidados. Cerrando la comitiva iba el barón conduciendo á Clementina.

Los criados esperaban puestos en fila con la servilleta al brazo, capitaneados por el *maître*. Osorio fué designando á cada invitado su puesto: no tardaron en acomodarse todos. La mesa ofrecía un aspecto elegante, armonioso. La luz, que caía de dos grandes lámparas con reflectores, hacía resaltar los vivos colores de las flores y las frutas, la blancura del mantel, el brillo del cristal y la porcelana: pero esta luz, demasiado cruda, hace daño á la belleza de las damas, las desfigura como un aparato fotográfico. Para templarla y producir una iluminación suave y normal, Clementina hacía colocar dos candelabros con numerosas bujías á los extremos de la mesa. Todas las señoras estaban más ó menos des-

cotadas: alguna, como Pepa Frías, escandalosamente. Los caballeros, de frac y corbata blanca.

La conversación fué en los primeros momentos particular: cada cual hablaba con su vecino. La

baronesa de Rag, una belga de pelo castaño y ojos claros, bastante gruesa, preguntaba á Osorio los nombres de los objetos que había sobre la mesa. Hacía muy poco tiempo que estaba en España y apetecía con ansiedad conocer el castellano. Clemen-

tina y el barón hablaban en francés. Pepa Frías, que estaba entre Pepe Castro y Jiménez Arbós, le dijo al primero por lo bajo:

—¿Qué le parece á V. de la *jeta* del marido de Lola? ¿verdad que para gaucho no es del todo mala?

Castro sonrió con la superioridad que le caracterizaba.

—Sí, debió de haber *lazado* muchas vacas en la pampa.

—Hasta que al fin una vaca le *lazó* á él.

—Pero no fué en la pampa.

—Ya sé: en los jardinillos: no me diga V. nada.

El general Patiño, fiel á su naturaleza y á su tradición militar, se desplegó en guerrilla para atacar á la marquesa de Ujo, que tenía al lado.

—Marquesa, las perlas le sientan admirablemente. Un cutis suave y levemente bronceado como el de V., donde se transparenta toda la savia y todo el fuego del mediodía, exige el adorno oriental por excelencia.

—Usted tan lisonjero como siempre, general. Me pongo las perlas porque es lo mejor que tengo. Si tuviese unas esmeraldas tan hermosas como Clementina, dejaría las perlas en sus estuches, —respondió la dama, mostrando al sonreir unos dientes bastante desvencijados donde brillaba en algunos puntos el oro del dentista.

—Haría V. mal. Las mujeres hermosas están en la obligación de ponerse lo que les va mejor. Dios quiere que sus obras maestras se manifiesten en todo su esplendor. Las esmeraldas sientan bien á las linfáticas; pero V. es como la uva de Jerez, dora-

dita por fuera y guardando en el corazón un licor que marea y embriaga.

—¡Si dijera V. como una pasa!

—¡Oh, no, marquesa! ¡oh, no!...

Y el general rechazó con fuego la especie y empleó toda su elocuencia en desbaratarla como si tuviese delante un ejército enemigo.

Mientras tanto los criados comenzaban á dar vuelta á la mesa presentando los platos. Otros, con la botella en la mano, murmuraban al oído de los invitados: *Sauterne, Jerez, Margaux,* en un tono cavernoso semejante al que emplean los cartujos para recordarse mutuamente la muerte.

—Yo no bebo más que *champagne frappé* hasta el fin, —dijo Pepa Frías al que tenía detrás.

—¡Cuánto calor, Pepa, cuánto calor! —exclamó Castro.

—No lo sabe V. bien, —repuso la viuda con entonación maliciosa.

—Por desgracia.

—Ó por fortuna. ¿Está V. ya cansado de Clementina?

Fuentes no se encontraba bien con aquel cuchicheo. Le dolía desperdiciar su ingenio en conversación particular, para una sola persona. Asió la primera ocasión por los cabellos para levantar la voz y atraerse la atención de los comensales.

—Ayer le he visto á V. por la mañana en la carrera de San Jerónimo, Fuentes, —le dijo la condesa de Cotorraso que estaba tres ó cuatro puestos más allá.

—Según á lo que V. llame mañana, condesa.

— Serían las once, poco más ó menos.

— Entonces, permítame V. que lo dude, porque hasta las dos estoy siempre en la cama.

— ¡Oh, hasta las dos! — exclamaron varios.

— Eso ya es una exageración, Fuentes, — dijo la marquesa de Alcudia.

— Pero es una exageración aristocrática, marquesa. ¿Quién se levanta primero en Madrid? Los barrenderos, los mozos de cuerda, los pinches de cocina. Un poco más tarde encontrará V. á los horteras abriendo las tiendas, alguna vieja que va á oir misa, lacayos que salen á pasear los caballos, etcétera, etc. Luego empiezan á salir los empleaditos de las casas de comercio y los escribientes de las oficinas del Estado que llevan todo el peso de ellas, las modistillas, etc., etc. A las once ya hallará V. gente más distinguida, oficiales del ejército, estudiantes, empleados de tres mil pesetas, corredores de comercio, etc. A las doce comienzan á salir los peces gordos, los jefes de negociado, los banqueros, algunos propietarios; pero sólo después de las dos de la tarde podrá V. ver en la calle á los ministros, á los directores generales, á los títulos de Castilla, á los grandes literatos...

Los comensales escuchaban embelesados aquella ingeniosa defensa de la pereza y se creían en el caso de reirse y decirse unos á otros por lo bajo:

— ¡Este Fuentes! ¡oh! ¡este Fuentes tiene la gracia de Dios!

Y alguno, por el placer de oirle nada más, le llevaba la contraria.

— Pero hombre: ¿habrá nada más agradable que

levantarse por la mañana á respirar el aire puro y bañarse con la luz del sol?

—Prefiero bañarme en agua tibia con una botellita de Kananga.

—¿Me negará V. que el sol es hermoso?

—Es hermoso, pero un poco cursilón. Yo no digo que allá al principio del mundo no fuese una cosa asombrosa, digna de verse; pero Vds. comprenderán que ahora está anticuado. ¿Hay nada más ridículo en una época tan positivista como la presente que llamarse Febo y gastar cabellera de oro? Además, el sol no tiene mérito alguno intrínseco: está ahí ardiendo porque Dios lo ha puesto; pero la luz del gas, la luz eléctrica representan el esfuerzo de un hombre de genio, es el triunfo de la inteligencia, hace recordar nuestro poder sobre la materia, la soberanía del espíritu en todo el Universo... Luego —añadió bajando un poco la voz,— al sol se le puede ver sin que cueste dinero, y yo siempre he aborrecido los espectáculos gratis.

Los comensales no cesaban de reir. Fuentes, animado por aquellas risas, se desbordaba en paradojas, en frases ingeniosas y sutiles, cayendo á ojos vistas en el amaneramiento. Le pasaba lo que á los grandes actores demasiado aplaudidos: no sabía contenerse á tiempo y entraba al fin en el terreno de la extravagancia. De aquí á lo insulso no hay más que un paso, y Fuentes lo daba con frecuencia.

El conde de Cotorraso persistía en defender al astro del día para excitar el ingenio de su detractor. El sol era quien animaba la Naturaleza, quien calentaba nuestro cuerpo aterido, etc.

—Eso de que el sol produzca animación, lo niego, —replicaba Fuentes; —Madrid está mucho más animado por la noche que por el día, y para calentarme prefiero el cok, que no ocasiona tabardillos... Vamos á ver, conde, fíjese bien: ¿qué mérito puede tener una cosa que á la fuerza ha de ver siempre su lacayo primero que usted?

Como alguien dijera riendo que Fuentes tenía buena sombra, éste replicó vivamente:

—¿Lo ve V., conde? Hasta para decir que un hombre tiene gracia se dice que tiene buena sombra. A nadie se le ocurre decir que tiene buen sol.

Y con motivo de las sombras se habló de la del manzanillo. La marquesa de Ujo preguntó al mejicano, marido de Lola, si en su país había manzanillos. Ballesteros, que así se llamaba, replicó que no, pero que había visto muchos en el Brasil. La marquesa se informó con viva curiosidad de las particularidades del árbol; pero quedó sumamente disgustada cuando el mejicano le dijo que la sombra no mataba y que sólo su fruto desprendía un agua corrosiva.

—¿De modo que durmiendo debajo de él no se muere?

—Señora, yo no he dormido ¿sabe?; pero he almorsado con varios amigo debaho de uno y no nos ha pasao ná.

—Entonces, ¿cómo se suicida Sélika en *La Africana* acostándose á la sombra de ese árbol?

—Eso es una patraña, una invensión de los poeta ¿sabe? Será una cosa bonita, pero no tiene nada de verdá.

La marquesa, desencantada por aquel dato realista, no quiso salir de su poética creencia y arguyó que tal vez los manzanillos de la India fuesen distintos de los del Brasil.

Hablóse de las producciones de Méjico.

—¿Es verdad que V. posee ochocientas mil vacas, Ballesteros?—preguntó Clementina.

—¡Oh, señora; eso es una exagerasión! A lo sumo que llegará mi rebaño es á tresientas mil.

—Si fuesen mías,—dijo Fuentes,—construiría un estanque mayor que el del Retiro, lo llenaría de leche y navegaría por él.

—Nosotro no utilisamo la leche, señor, ni la manteca tampoco. La carne alguna vese la convertimo en tasaho ¿sabe? y la esportamo. Mas por lo regulá solo sacamo partido de las piele ¿sabe? Los cuerno también los vendemo para la fabricasión de los objeto de asta.

—¡Que te quemas! ¡que te quemas!—exclamó Pepe Castro por lo bajo.

Pero no tanto que no lo oyese Jiménez Arbós, que estaba del otro lado de Pepa Frías, y no le acometiese un acceso de risa que procuró con todas sus fuerzas sofocar.

—Anda, barbiana, alárgame ese frasquito de mostaza,—dijo Pepa Frías dirigiéndose á Clementina para disimular también la risa que le había acometido.

—Bajbiana, bajbiana... ¿Qué es que bajbiana?—preguntó la baronesa de Rag á Osorio en su afán de aprender pronto el español.

Éste se apresuró á explicárselo como pudo.

Pepa hablaba de vez en cuando por lo bajo con Jiménez Arbós: solían ser algunas frases rápidas que probaban la inteligencia en que estaban y al mismo tiempo el deseo de mostrarse prudentes. La conversación con Pepe Castro, que tenía á su izquierda, era más animada.

—¿Por qué no aconseja V. á Arbós que coma más carne? —le preguntaba el lechuguino al oído.

—¿Para qué?

—Para lo que se come carne generalmente; para nutrirse y adquirir fuerzas con que soportar las fatigas que nuestros deberes nos imponen.

—¡Ya! —exclamó la viuda con entonación irónica.—Mire V. por sí y deje á los demás arreglar sus cuentas como Dios les dé á entender.

—Ya ve V. que procuro nutrirme.

—Sí, pero que vaya un poco también al cerebro, porque el día menos pensado se cae V. en la calle de tonto.

—¿Se ha ofendido V.?—preguntó riendo el elegante como si hubiese dicho la cosa más descabellada del mundo.

—No, hombre, no: es que lo creo así. No entiendo cómo Clementina puede sufrir semejante narciso.

—¡Chis, chis! ¡Prudencia, Pepa, prudencia!—exclamó Castro con susto, levantando los ojos hacia su querida.

—¿Sabe V. que disimula muy bien? No la he visto dirigirle á V. una sola mirada hasta ahora.

Castro, que hacía días estaba un poco despechado por la frialdad de su dueño, sonrió forzadamente

frunciendo en seguida el entrecejo. A Pepa no le pasó inadvertido este gesto.

—Mire V. qué cara tan nublada tiene en este momento Osorio. ¡Inspira horror! Y toda la culpa la tiene V., pícaro.

—¡Yo! Nada de eso: deben de ser cuestiones de guita las que le ponen tan amarillo. Me han dicho que está arruinado ó muy próximo á arruinarse.

Pepa se estremeció visiblemente.

—¿Qué dice V.? ¿Por dónde ha sabido V. eso?

—Pues me lo han dicho ya varios.

La viuda se volvió bruscamente hacia Jiménez Arbós sin ocultar su agitación y le preguntó en voz baja y alterada:

—¿Ha oído V. algo de que Osorio esté arruinado?

—Sí, lo he oído. Osorio viene jugando á la baja hace tiempo y los fondos se empeñan en subir,—respondió el estadista levantando la cabeza con un gesto petulante propio del pavo real.

En el tono con que pronunció estas palabras se advertía satisfacción. Para un ministro, jugar á la baja es siempre un crimen digno de castigo.

—Yo no sé lo que tendrá comprometido en esta liquidación; pero si es mucho está perdido, porque el consolidado ha subido un entero; y si se empeña en no liquidar inmediatamente, á fin de mes puede tener muy bien dos enteros de alza.

Todo el buen humor de Pepa había desaparecido de repente. Bajó la cabeza y dejó caer el tenedor sin ánimo para concluir el trozo de jamón de York que se había puesto. El ministro, observando su silencio y su tristeza, le preguntó:

—¿Tendría V., por casualidad, fondos en su poder?

—Por casualidad, no... ¡por estupidez mía! Tiene en su mano casi toda mi fortuna.

—¡Oh diablo, diablo!

—Se me está haciendo rejalgar en el cuerpo lo que he comido. Creo que me voy á poner mala,—dijo la viuda poniéndose realmente pálida.

Arbós hizo esfuerzos por tranquilizarla. Tal vez no fuese cierto todo. En las ruinas como en las fortunas improvisadas se exagera siempre mucho. Además, si algún compromiso había sagrado para Osorio debía de ser el de ella, una dama que le confía su dinero por pura amistad.

Aunque hablaban en falsete, sus fisonomías graves y sus ademanes decididos llamaron la atención del general Patiño, el cual, con admirable penetración, dijo á la marquesa de Ujo:

—Mire V. á Pepa y á Arbós: hay nube de verano

entre ellos. ¡Qué hermoso es el amor hasta en sus fugaces tormentas!

Mientras tanto los condes de Cotorraso, Lola Madariaga, Clementina y los barones de Rag hablaban del arsénico como medicamento para engordar y poner terso y brillante el cutis. Lola Madariaga era la primera vez que lo oía y se mostraba llena de júbilo, y anunciaba que iba inmediatamente á ensayar la virtud milagrosa del veneno.

—¡Dios mío, Lolita!—exclamó Fuentes.—Si usted, como es ahora, causa tales estragos en los corazones masculinos, ¡qué va á suceder cuando lleve cuatro ó cinco meses con un régimen de arsénico! Señor Ballesteros, no consienta V. que lo tome: es tratarnos con demasiada crueldad.

—Vamos, amigo Fuentes,—repuso la graciosa morena dirigiendo una mirada insinuante á Castro, porque se le había metido en la cabeza arrancárselo á Clementina,—¿me quiere V. tomar el pelo?

—¡Tomaj el pelo!... ¿qué es que tomaj el pelo?—preguntó la baronesa de Rag á Osorio.

A esta baronesa la estaba desvistiendo con la imaginación Bonifacio, contemplándola desde lejos sin pestañear. Hacía días que había comprado entre otras fotografías obscenas la de una mujer desnuda meciéndose en una hamaca. Se le antojaba que la baronesa se parecía mucho á aquella mujer y trataba de averiguar, por medio de un prolijo examen exterior, si interiormente guardaría la misma semejanza.

Terminó al fin la comida no sin dedicar, por supuesto, un buen rato de conversación al teatro Real,

á Gayarre y á la Tosti. No la hubieran digerido bien si les faltase. El café, como era costumbre en casa de Osorio, se sirvió en el mismo comedor. Luego, las señoras con algunos hombres se fueron al salón; otros se quedaron fumando, pero no tardaron en ir á reunirse con los demás. Hacía allí un calor insufrible.

Pepe Castro aprovechó la confusión de la salida para preguntar á Clementina:

—¿Cómo no has ido esta mañana?

Clementina detuvo el paso, le miró con sonrisa protectora.

—¿Esta mañana?... No sé.

—¿Cómo no sabes? — dijo frunciendo su augusta frente el real mozo.

—No sé; no sé, — y dió un paso para alejarse sin dejar de sonreir con un leve matiz de burla.

—¿Y mañana irás?

—Veremos, — respondió alejándose.

Castro sintió aquella sonrisa como un golpe en medio del pecho. Se mordió el labio inferior y murmuró: — ¿Coqueteamos, eh? ¡Ya me las pagarás, hermosa!

En el salón había ya algunas personas, entre ellas Ramón Maldonado y la hija de Pepa Frías con su marido. En otro saloncito contiguo estaban preparadas hasta seis mesas de tresillo. Algunos se sentaron desde luego á jugar. Otros esperaron á que llegasen los compañeros de costumbre. No tardaron, en efecto, en poblarse entrambos salones. Llegó don Julián Calderón con Mariana y Esperancita, Cobo Ramírez con León Guzmán y otros tres ó cuatro

pollastres, el general Pallarés, los marqueses de Veneros y otras varias personas, entre las cuales predominaban los banqueros y hombres de negocios.

Uno de los últimos en llegar fué el duque de Requena, á quien se hizo la misma acogida ruidosa y lisonjera que en todas partes. Entró jadeando, fumando, escupiendo, con la seguridad insolente de ser respetado que su inmensa fortuna le había hecho adquirir. Hablaba poco, reía menos; emitía sus opiniones con rudeza y se dejaba adorar del corro de señoras que le rodeaba. Tenía las mejillas más amoratadas que nunca, los ojos sanguinolentos, los labios negros; estaba tan feo, que Fuentes dijo á Pinedo y á Jiménez Arbós señalándole:

— Ahí tienen ustedes al diablo recibiendo á sus brujas en el aquelarre de los sábados.

Se le invitó á jugar al tresillo como siempre; pero rehusó. Había visto á dos banqueros á quienes quería pescar para su negocio de la mina de Riosa. Además le convenía hacer la corte á Jiménez Arbós algunos momentos. Ya había conse-

guido que la mina saliese á subasta con todos sus accesorios de montes y pertenencias. En la *Gaceta* había salido el anuncio. La compañía para comprarla estaba ya formada; pero entre los socios había desavenencia, porque unos pretendían comprarla al contado (entre ellos estaba Salabert) y otros querían aprovechar los diez plazos que el Gobierno concedía. La diferencia en la tasación de una á otra forma, era enorme.

El duque se acercó á Biggs, el representante de una casa inglesa que entraba con una parte muy considerable en la compañía y que capitaneaba el partido de la compra á plazos; le echó familiarmente el brazo sobre el hombro y le llevó al hueco de un balcón, diciéndole con rudeza:

—¿Conque ustedes empeñados en que nos arruinemos?

Y comenzó á tratar el asunto con una franqueza que desconcertó al inglés. Éste respondía á las salidas brutales del duque con razonamientos corteses y suaves, sonriendo siempre benévolamente. El duque acentuaba su rudeza, que en el fondo era muy diplomática.

—Yo no tengo gana de tirar mi dinero. Me ha costado mucho trabajo adquirirlo, ¿sabe V.? Probablemente, al fin y al cabo, me veré obligado á cortar por lo sano, separándome del negocio.

—Señor duque, yo no tengo culpa,—respondía Biggs con marcado acento inglés.—He recibido instrucciones.

—Las instrucciones son dadas según los consejos de un zorro viejo que hay en Madrid.

—¡Oh, señor duque!—exclamó Biggs riendo,—no hay *sorro vieco,* no.

Y la discusión continuó sin que el banquero español pudiese obtener nada del inglés, pero dejándole bastante preocupado.

Pepa Frías, vivamente agitada, hablaba aparte con Jiménez Arbós, después de haberse enterado, preguntando á algunos banqueros, de que los negocios de Osorio no marchaban bien. No obstante, todos le suponían con medios de hacer frente á sus compromisos: su capital era grande, y, aunque en las últimas liquidaciones de Bolsa había experimentado pérdidas fuertes, no creían que eran lo bastante para producir una quiebra. Hay que advertir que ninguno de aquellos señores operaba sobre diferencias como Osorio. Éste se había enviciado, y, á pesar de las advertencias de sus amigos y compañeros, no podía vencer aquella pasión del juego, que tarde ó temprano había de conducirle á la ruina. Pepa le observaba disimuladamente, y con la penetración maravillosa de las mujeres adivinaba debajo de su exterior frío, tranquilo, mucha mar de fondo. Mientras Arbós procuraba tranquilizarla con frase correcta, atildada (ni aun hablando á su querida prescindía de las formas oratorias), la viuda meditaba un plan salvador. Este plan consistía en dar la voz de alarma á Clementina y arrancarla la promesa de librar sus fondos de la quema, si es que la había, apelando á su propio dote. Fiando mucho en su diplomacia y en el temperamento desprendido de su amiga, serenóse un poco. Arbós tuvo ocasión una vez más, viendo acudir la calma á su rostro, de pe-

netrarse de las excepcionales dotes persuasivas con que la providencia de Dios le había favorecido.

Pepa tuvo ánimos para sentarse á jugar al tresillo con Clementina, Pinedo y Arbós. Al cruzar el salón grande vió sentados en un rincón á su hija y á su yerno en la actitud de dos tórtolas enamoradas. Acercóse á ellos, y, como no había logrado barrer de su espíritu la preocupación, hablóles con cierta aspereza.

—¡Ayer os mandabais cartitas y hoy hay que traer agua caliente para despegaros! Por lo visto, hijos, tomáis el matrimonio á turno impar... Vamos, vamos, separaos que no está bien aparecer tan sobones delante de gente.

Emilio se sintió herido por aquel tono autoritario, y con las mejillas encendidas iba á contestar una descantada á su suegra; pero ésta pasó de largo entrando en la sala de tresillo. Así y todo, quedó murmurando pestes, diciendo que él no había aguantado jamás ancas de nadie y que menos las aguantaría ahora de su suegra, con otra porción de frases igualmente enérgicas que derramaron la tristeza por el rostro de Irenita y hubieran concluído por hacerla llorar, si él, volviendo en su acuerdo, no le hubiera regalado un pellizquito en el brazo muy sentido y amoroso, rogándole al propio tiempo que le diese la mitad de la pastilla de menta que su linda mujercita tenía en la boca. Con esto volvieron á arrullarse como si estuvieran en una selva virgen y no en el hotel de Osorio.

Un grupo de cinco ó seis niñas, entre las cuales estaba Esperancita, hablaba animadamente con al-

gunos pollastres. Cobo Ramírez y nuestro inteligente amigo Ramoncito Maldonado, eran dos de ellos. Difícil es exponer las ideas que entre aquella florida juventud se cambiaban. Todas debían de ser muy finas, muy alegres, muy intencionadas, á juzgar por la algazara que producían. Sin embargo, aplicando el oído, se observaba pronto que los gestos de las niñas, aquel levantar de ojos, aquel agitar la cabeza, aquel mirar picaresco, aquel romper en sonoras carcajadas, no correspondían exactamente á las palabras que se pronunciaban. Decía un pollo verbigracia:

—Manolita; ayer la he visto á V. en San José confesando con el padre Ortega.

La interesada reía con un gozo extremado.

—¡No es verdad, Paco, no me ha visto V.!

Decía otro:

—Pilar, ¿dónde compra V. esos abanicos tan monísimos?

Pilar prorrumpía en carcajadas.

—¡Qué guasón! Y ¿dónde ha comprado V. aquel perro tan feo que llevaba V. hoy en el paseo?

—Feo, sí; pero gracioso. Confiéselo V.

Tales frases hacían desbordar la alegría de aquellos pechos juveniles. Se hablaba recio, se reía más aún, se gesticulaba. Las niñas, sobre todo, parecía que tenían azogue, mostrando sin cesar las dos filas de sus dientes cuando los tenían bonitos ó tapándoselos con el abanico cuando no eran presentables. Pero, sobre todo, lo que alborotó el grupo y levantó más tempestad de carcajadas, fué una contestación de León Guzmán. Manolita, una chatilla de ojos

negros y boca grande con dientes preciosos, preguntó á León qué hora era. Éste, sacando el reloj, respondió que las diez y cuarto. El reloj del conde estaba parado: eran ya cerca de las doce. Esta equivocación hizo gozar vivamente á las niñas. Manolita, sobre todo, quería desvestirse de risa: cuanto más hacía para reprimir el flujo de sus carcajadas, con más ímpetu salían á su boca fresca y húmeda.

Indudablemente, en las frases, en la apariencia vulgares y hasta estúpidas de los pollos, debe de existir un fondo de humorismo tan profundo como vivo, que sólo las jóvenes de quince á veinte años son capaces de recoger y gustar.

Pero León Guzmán, una vez sosegada la risa, pudo con maña retirarse un poco y entablar conversación aparte con Esperancita. Esto llenó de dolor y sobresalto á Ramón. Hacía días que venía observando que el conde de Agreda miraba con buenos ojos á su dueño adorado. Considérabale más temible que á Cobo, por ser hombre de brillante posición. Cobo, según lo que veía, no adelantaba un paso, lo cual le tranquilizaba. Pero el asunto cambiaba ahora de aspecto. Por eso ya no tomaba parte en la alegría del grupo y dirigía á la pareja unos ojos de carnero que despertaban lástima. Sin embargo, la niña, á su gran satisfacción, no se mostraba demasiado amable con el conde; parecía preocupada, triste, y dirigía frecuentes y rápidas miradas hacia el sitio donde el propio Ramón estaba. Verdad que detrás de él, en un diván, se hallaban sentados Pepe Castro y Lola Madariaga, charlando con gran animación; pero el concejal no se hizo cargo de esto.

Cuando León se levantó, Ramoncito le llevó aparte á un rincón y le dió con frase sentida sus quejas. Debía de saber que él, Maldonado, hacía tiempo que obsequiaba á Esperanza, que estaba enamorado de ella perdidamente. Sentía en el alma que un amigo tan íntimo le viniese á hacer daño. Recordóle con enternecimiento la infancia, sus juegos, el colegio: concluyó por suplicarle con voz entrecortada por la emoción que si no tenía un gran interés por Esperancita dejase de darle celos. León le escuchó entre impaciente y confuso: por librarse de él prometió todo lo que quiso. Luego, cuando se vió entre los amigos, contó la ridícula conferencia y se rió en grande á costa del desdichado concejal.

El duque de Requena, después que dijo á Biggs lo que se proponía, se sentó á jugar al tresillo con la condesa de Cotorraso, el mejicano, marido de Lola, y el general Pallarés. Poco después bufaba lleno de furia porque le venían malas cartas. A pesar de su opulencia jugaba siempre con el mismo afán que si le importase mucho la pérdida ó la ganancia de unos cuantos duros. Si la suerte le era adversa se ponía de un humor endiablado, murmuraba y hasta llegaba á decir frases inconvenientes á los compañeros. Su hija se veía muchas veces obligada á templarle y á quitarle las cartas de la mano para ponerse ella en su lugar.

Ahora Clementina estaba de buen talante jugando en la mesa próxima, y se reía de Pepa Frías porque se mostraba silenciosa y preocupada.

—Oiga V., Pinedo, no me acordaba ya,—dijo arreglando el abanico de cartas que tenía en la

mano, — ¿por qué tenía V. interés esta mañana en hacer pasar por un santo delante de su hija al perdido de Alcántara?

— Es un secreto, — respondió el gran vividor.

— ¡Que se diga, que se diga! — exclamaron á un tiempo Pepa y Clementina.

Se hizo de rogar un poco. Al fin, obligándoles á prometer antes que lo guardarían fielmente, les dijo que, habiendo observado en las niñas tendencia señalada á enamorarse de los calaveras, de los vagos, de los malvados, y á rechazar á los hombres laboriosos y formales, para que su hija no cayera en poder de alguno de aquéllos invertía las referencias que le hacía de cada cual. Cuando pasaba á su lado un chico honrado y trabajador, le ponía de loco y de perdido que no había por donde cogerlo; si, por el contrario, pasaba uno que mereciese en realidad tales dictados, como Alcántara, se hacía lenguas de él.

Pepa, Clementina y Arbós suspendieron el juego para escuchar sonrientes aquel singular relato.

— ¿Y produce efecto el procedimiento? — preguntó el ministro.

— Hasta ahora admirable. Jamás se le ocurre á mi hija mentar en la conversación á los que yo le doy por buenos muchachos. En cambio, ¡cuántas veces me dice muy risueña!: «¿Sabes, papá, que hoy he visto á aquel amigo tuyo tan *perdis?* No se puede negar que tiene cierta gracia en la cara y que parece un chico fino. ¡Es lástima que no formalice!»

En aquel momento, Cobo Ramírez, que andaba por allí resoplando como un buey cansado, se acercó á la mesa y quiso saber de qué se reían. No le fué

posible arrancarles el secreto. Pinedo les hizo una seña prohibitiva porque tenía mucho miedo á su lengua. También Pepe Castro, harto de dar celos á Clementina con su amiga Lola, sin que aquélla pareciese siquiera advertirlo, se levantó y se fué aproximando silenciosamente afectando melancolía. Se puso detrás de Pepa Frías y apoyó los brazos en el respaldo de la silla. La viuda estaba tan escandalosamente descotada que en aquella actitud se podía ver más de lo que la decencia permite.

—¡No vale mirar, Pepe!—exclamó Cobo con maligna sonrisa.

—Miro las cartas,—respondió aquél.

—¡Vamos, no sea V. desvergonzado, Cobo!—dijo Pepa dándole con ellas en las narices y volviéndose á Castro:

—Quítese de ahí, Pepe. No quiero que se me contemple á vista de pájaro.

Fuentes se acercó para despedirse.

—¿No toma chocolate?—le preguntó Clementina dándole la mano.

—¿Cómo quiere V. que tome chocolate un hombre á quien le acaban de descerrajar un soneto á quema ropa?

—¿Mariscal?

—El mismo. En el comedor y á traición.

Mariscal era un joven poeta, empleado en el Ministerio de Ultramar, que hacía sonetos á la Virgen y odas á las duquesas.

—Pero ya me he vengado como un marroquí,—siguió.—Le he presentado al conde de Cotorraso que le está dando una conferencia sobre los acei-

tes. Miren ustedes qué cara de sufrimiento tiene el pobre.

Los tresillistas volvieron la cabeza. Allá en un rincón estaban, en efecto, los dos. El conde hablaba con calor y le tenía cogido por la solapa según su costumbre. El desgraciado poeta, con el rostro contraído, echando miradas de socorro á todas partes, se dejaba sacudir como un hombre á quien conducen á la cárcel.

—Arbós, ¿no cree V. que he llevado mi venganza demasiado lejos?

Para no destruir el efecto de su frase se marchó bruscamente. Todas las noches recorría dos ó tres tertulias, donde se celebraban su gracia y sus ingeniosidades.

Los criados entraban con bandejas de chocolates y de helados. Cobo Ramírez cogió una mesilla japonesa, la llevó á un rincón, sentóse frente á ella y se apercibió á engullir.

Pepa Frías echó una mirada en torno, y, viendo al general Patiño acercarse, le dijo:

—General, tome V. estas cartas: estoy cansada de jugar. Dáselas tú á Pepe, Clementina, vamos un poco al salón.

El general y Castro ocuparon el sitio de las damas. Estas se fueron al salón grande: mas antes de llegar á él, dijo Pepa:

—Mira, tengo que hablarte de un asunto importante. Vamos á otro sitio.

Clementina la miró con sorpresa.

—¿Quieres que vayamos al comedor?

—No; mejor es que subamos á tu cuarto.

Volvió á mirarla con más sorpresa aún, y, alzando los hombros, dijo:

—Como tú quieras. ¡Cosa grave debe de ser!

Mientras subían la escalera, Clementina imaginaba que su amiga iba á hablarle de Pepe Castro, de sus amores. Y como en realidad el asunto no le interesaba como antes, marchaba con cierta indiferencia no exenta de aburrimiento. Cuando se encontraron frente á frente en el *boudoir,* le dijo Pepa cogiéndola por las muñecas y mirándola fijamente:

—Vamos á ver, Clementina, ¿tú sabes cómo andan los negocios de tu marido?

Fué un golpe en medio del pecho. Clementina, aunque sin precisión, tenía noticia de las pérdidas de Osorio, de su creciente y febril afán de jugar. Él mismo, en una explicación que con ella tuvo, la había amedrentado para arrancarle la firma. Además le veía cada día más delgado y más sombrío. Pero aunque se preocupaba un instante de estas cosas, el tren complicado de su vida de mujer elegante, ayudado por el deseo de no pensar en asuntos enfadosos, se las apartaban pronto de la memoria. Nunca se le pasó por la imaginación que tales pérdidas pudiesen afectar seriamente á sus comodidades, á su ostentación, ni aun á sus caprichos. La conducta de Osorio, que nada le había dicho de restringir los gastos, daba pretexto á perseverar en esta creencia. Pero el gusano permanecía vivo allá en el fondo: no había más que hostigarle como hizo Pepa, para que royese lindamente.

—¿Los negocios de mi marido?—dijo balbu-

ciendo, como si no entendiese.—Yo nunca me entero... ni le pregunto.

—Pues me han dicho que ha tenido grandes pérdidas en estos últimos tiempos...

—Allá él,—exclamó la dama reponiéndose y alzando los hombros con supremo desdén.

—Es que á ti también te puede chamuscar el pelo, hija mía... ¿Tienes asegurada tu dote?

—No sé lo que es eso... ¿No te he dicho que no entiendo de negocios?

—Pues en este asunto debieras procurar enterarte.

—Pues yo te digo que no me preocupa nada y te ruego que hablemos de otra cosa.

Clementina se mostraba más altanera y desdeñosa cuanta más insistencia veía en Pepa. Su orgullo, siempre alerta, le hacía suponer que ésta había preparado aquella conferencia para mortificarla.

—Es que... querida mía, debo advertirte que tu marido no especula solamente con su capital,—dijo la viuda picada ya.

—¡Ah! ¡Ya pareció aquello! Vamos, tú tienes algunos ochavos en poder de Osorio y temes perderlos, ¿verdad?—dijo Clementina con sonrisa sarcástica, reprimiendo su cólera con trabajo.

Pepa se puso pálida. Una ola de ira le subió también del corazón á los labios y estuvo á punto de echarlo todo á rodar y ponerse á reñir como una verdulera, para lo cual tenía dotes especialísimas; pero un pensamiento interesado, un pensamiento de conservación la contuvo. Si rompía con su amiga, si la irritaba, las probabilidades de salvar su capi-

tal disminuían. Comprendió que el mejor partido era no excitar su naturaleza indómita y esperar que la amistad ó su mismo orgullo la impulsasen á la generosidad. Hizo un esfuerzo para reprimir sus ímpetus ante la mirada altiva y provocativa de su amiga y dijo con abatimiento:

—Pues sí, Clementina, te lo confieso. Tu marido tiene en su poder lo poco que poseo. Si lo pierdo me quedo sin una peseta. No sé qué será de mí... Antes que depender de mi yerno, prefiero pedir limosna.

—Pedir limosna, no: te traeré á casa para acompañarme en lugar de Pascuala, —dijo con desdén la dama, en quien la soberbia aun no se había apaciguado.

Pepa sintió más este flechazo que el anterior, pero logró contenerse también.

—Vamos, chica, —dijo volviendo á cogerla por las muñecas cariñosamente, —no me eches á la cara los millones. Si he venido á aburrirte con estas cosas es porque te tengo por mi mejor amiga. Ya sé yo que se exagera mucho, y que la envidia anda suelta por el mundo. La mayor parte de lo que cuentan de las pérdidas de Osorio, probablemente no será verdad...

—Y si lo fuese, la cosa tiene muy poca importancia para mí. Figúrate que hoy mismo me ha dicho mi madrastra que me deja por heredera de toda su fortuna.

Pepa abrió los ojos con sorpresa.

—¿La duquesa? ¡Oh, pues no son más que cincuenta millones de pesetas!... Creo que la pobre está muy enferma...

— Bastante.

La soberbia se sobreponía en aquel instante á todo sentimiento afectuoso en el corazón de Clementina. Pronunció aquel bastante en un tono que daba frío.

Las dos amigas, al cabo de unos minutos, se entendían perfectamente. Pepa, afectando siempre desenfado, adulaba de todos los modos posibles á su amiga, como hermosa, como rica, como elegante. Clementina se dejaba adular, respiraba con delicia aquel tufillo de incienso. En cambio prometía que ni un céntimo perdería Pepa de su capital.

Bajaron la escalera cogidas por la cintura, charlando como cotorras. Al llegar á la puerta del salón, antes de soltarse se dieron un apretado y cariñoso beso. Ninguna de las dos pensó que lo que las tenía enlazadas no eran sus propios brazos, sino los de un cadáver: el cadáver de una santa y generosa señora.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

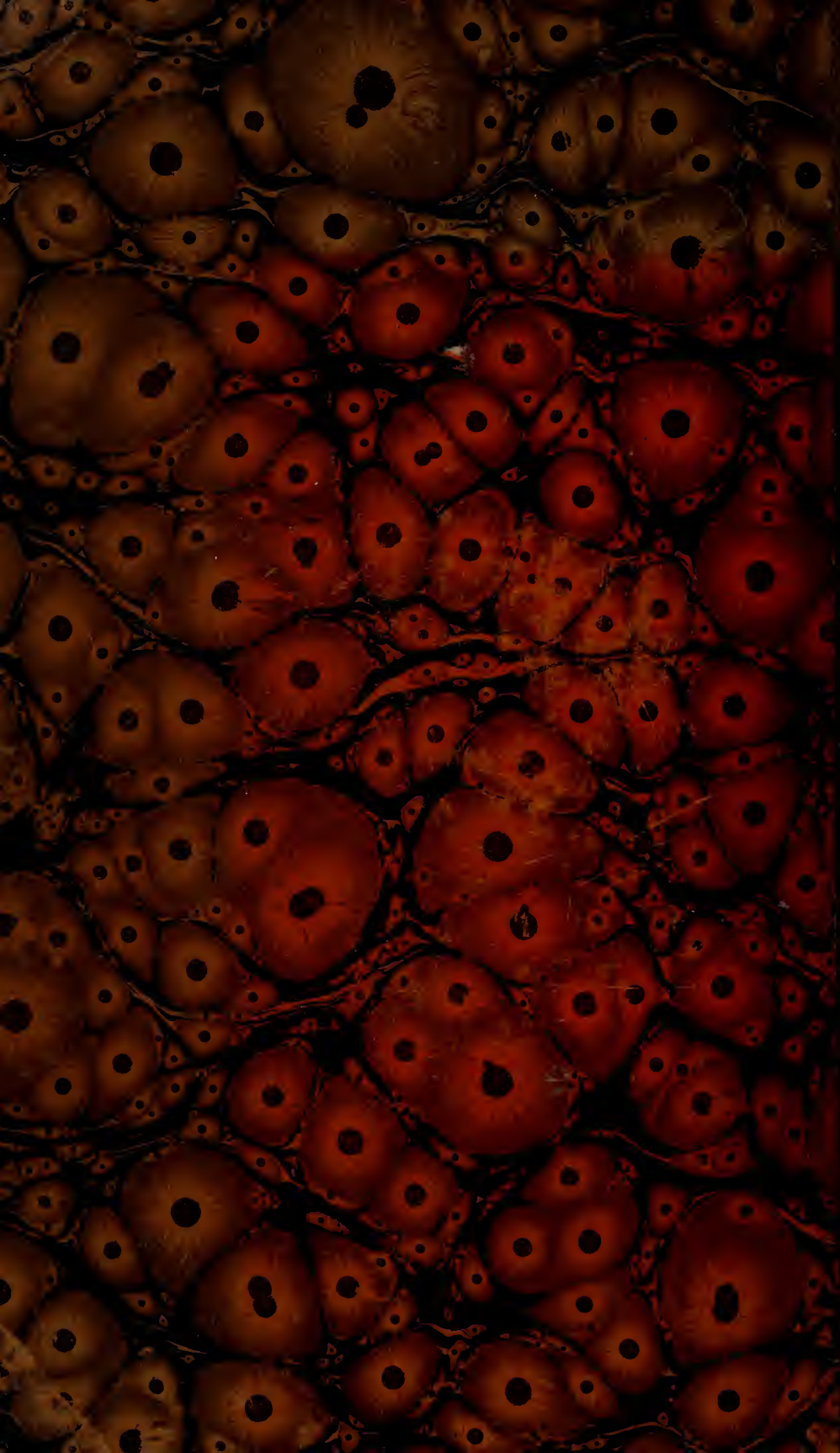
		PÁGS.
I. . .	— Presentación de la farándula.	5
II. .	— Más personajes..	39
III..	— La hija de Salabert.	73
IV..	— Cómo alentaba á la virtud el señor duque de Requena..	123
V.. .	— Precipitación	165
VI..	— Desde el Club de los Salvajes á casa de Calderón..	193
VII.	— Comida y tresillo en casa de Osorio.	241

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

37864 LS.
P1536c.

Author Palacio Valdés, Armando

Title La Espuma. Vol. 1